

EL OBRERO EBANISTA

Órgano del Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

ADHERIDO A LA UNION SINDICAL ARGENTINA Y U. O. L. DE BUENOS AIRES

REDACCION: RIOJA 835 113 — BUENOS AIRES, JULIO DE 1922 — AÑO XIII — NÚM. 113.

Aspectos morales de la Unidad

El problema de la unidad orgánica de los trabajadores, no despierta en todos ellos el intenso interés que debiera inspirar.

La idea de mantenerse disgregados materialmente, gozando de una libertad perjudicial para la obtención de los fines fundamentales del movimiento obrero, y solo vinculados por una simpatía espiritual, precaria y de circunstancia, se mantiene victoriosa en ciertos grupos proletarios.

En vano ha sido difundida en toda forma la tesis de la necesidad indispensable de encauzar la acción y la mentalidad de los productores hacia un propósito unitario que condiga con el progreso cuantitativo del movimiento y acelere así la realización del objetivo final perseguido. Siempre, aun en aquellos instantes en que la reacción burguesa fué más presionante y deprimente para la causa obrera, y en que las difíciles circunstancias lanzaban a las fracciones en brazos unas de otras, el cisma reaparecía nuevamente justificado en el absurdismo de los dogmas y de las ideologías, o frondosamente recubierta su testa despreciable por las sierpes airadas de la calumnia y la difamación.

La masa, a veces incapaz de elevarse sobre su inferior condición, y de apreciar con recto juicio y discernimiento las posibilidades de éxito de su propia acción contra el capitalismo, o sea la relatividad de su aptitud para una lucha decisiva, sin un concepto claro de los métodos y de las filosofías predominantes en la organización de los productores, ha facilitado en ocasiones las maniobras separatistas que, con móviles inconfesados y respondiendo a intereses y propósitos adversos a los verdaderos e históricos del proletariado, han dado por tierra con muchas iniciativas de unidad.

Falta en los trabajadores—si no totalmente en gran parte todavía,—la conciencia de su situación real dentro de la economía y de la sociedad; y se resisten porfiadamente a imponer de un modo definitivo su personalidad en la lucha y en la labor revolucionarias que imperfectamente van cumpliendo. Los grandes grupos en que se dividen en el campo ideológico no siempre tienen una clara comprensión de sus reales intereses, sean ellos inmediatos o ulteriores; mejorativos o revolucionarios. Sienten la necesidad de ser orientados, por indolencia o impreparación; de ejecutar órdenes, o de servir inspiraciones de dirigentes de toda índole y calidad, sin preocuparse para nada de analizar serena, fría y ecuánimemente si aquéllos interpretan en todo instante las verdaderas necesidades de la acción, o se ajustan a las finalidades perseguidas. Existe en ellos fuertemente arraigado el espíritu de intransigencia y partidismo sectario.

Todo esto induce a pensar en las deficiencias mentales y morales que aquejan aún a esos trabajadores, y que les dificulta la resolución acertada de los grandes problemas que les plantea diariamente el desarrollo paulatino de su organización. No son ellos, en tales condiciones, quienes pueden avocarse el estudio de su propia situación, ni tampoco dar su opinión acertada en cuanto a las fallas de los conductores de los grupos respectivos; se ven inclinados a solidarizarse con las más absurdas contradicciones, o tratar de justificar u ocultar las más torpes inmoralidades, destruyendo así dolorosamente la suprema pureza de sus nobles ideales, como acontece con harta y penosa frecuencia.

De esta condición inferior hay que llegar para el éxito final, a la concepción de clase; o sea a la convicción absoluta de que para transformar de manera definitiva el régimen actual es forzoso que el proletariado conquiste la filosofía de la unidad; es decir, que se plantee a sí mismo, en forma imperativa, el problema de su unificación material, primero; ideológica después, a fin de que, en un momento dado sea capaz de realizar sin esfuerzo, conscientemente, la substitución del régimen burgués por una sociedad de productores libres, técnica y moralmente preparados para satisfacer con toda amplitud y eficiencia las necesidades colectivas.

Del éxito de esta tarea de perfeccionamiento moral depende el triunfo del ideal unionista. Se impone, pues, la necesidad de hacer un esfuerzo poderoso para dominar con energía los impulsos sectarios, de impedir se inoculen en nuestras almas los odios mortales contra los compañeros que con nosotros disienten; de sofocar los impulsos de nuestra arbitrariedad partidista, para reemplazarlos con el respeto y consideración deferente, mediante los cuales podamos iniciar con perspectivas de duración la convivencia con aquellos grupos de camaradas que pertenecen a fracciones de distinta orientación; en fin, tomar con entusiasmo sobre sí la tarea de aproximarnos al pretendido adversario; de disipar las desconfianzas más o menos injustificadas; de substituir la negrura del odio con las claridades reconfortantes del afecto hacia el hermano que piensa en disidencia con nosotros, pero a quien se está lealmente ligado por el bien y por la libertad, por los lazos indestructibles.

Algunos elementos, en su mayoría no trabajadores, pertenecientes a grupos heterogéneos no miran con simpatía la conducta de sus correligionarios obreros sinceramente unionistas en el seno de los sindicatos. Ven en ella un peligro para el futuro predominio de sus concepciones respectivas, y pretenden establecer entonces normas y restricciones a la actividad de esos compañeros. En primer término, pretenden que el movimiento obrero ha de subordinarse incondicionalmente a las inspiraciones de los grupos externos que ellos constituyen. La obra sindical aparece entonces para ellos como de índole e importancia secundarias. Es una acción subsidiaria, incapaz por sí misma de conseguir la emancipación total del trabajo. Los obreros, por la impreparación de que adolecen bajo el régimen actual, no son supuestos aún con las aptitudes requeridas para dirigirse a sí mismos o realizar su propia liberación. Es necesario, pues, una orientación que provenga del exterior, que emane del partido o de los grupos, constituídos por elementos preparados en las universidades o individuos intelectualizados o por la "élite" de los trabajadores. Considerando así en conjunto a los obreros que integran las organizaciones, se infiere que el movimiento que desarrollan adolece de muchas deficiencias, y es incompleto. Se hallan ellos casi en las mismas condiciones que el niño que comienza a ejercer de por sí su actividad, y que reclama la vigilancia tutelar de los mayores. Con esta concepción inexacta, hasta hace poco se ha tratado de justificar con mayor o menor fundamento la necesidad de lo que se quiere llamar acción integralista del proletariado, consistente en actuar en el campo económico, con relativa independencia contra el patronato, en un sentido de simple mejoramiento, y por otra de agruparse electoralmente, bajo un programa de reformas sociales, a fin de actuar en el parlamento con propósitos de gobierno.

La acción partidista y electoral ha pretendido supeditar a la acción sindical, tratando de restringirla en todo sentido, para impedir su amplificación que la conduce fatalmente a su autonomía total; es decir, a su independencia de los grupos ideológicos y de los partidos políticos.

Este concepto de la acción sindical mantenido durante largo tiempo por muchos camaradas afiliados a grupos y partidos ha impedido la buena inteligencia de los elementos disidentes en el seno de los sindicatos. El absorcionismo hace imposible necesariamente el acuerdo entre los trabajadores. La idea o el propósito de utilizar la labor sindical en beneficio de un determinado partido o grupo es de por sí causa suficiente para hacer fracasar toda iniciativa unionista.

Fué, pues, necesario que los camaradas de superior moralidad afrontaran este problema con un criterio más razonable y equitativo, el de la prescindencia de la organización obrera frente a los partidos políticos y grupos ideológicos. Tal es la situación del presente, más o menos alentadora; pero indiscutiblemente mejor que la de hace una decena de años, cuando por el apasionamiento partidista era una locura pretender la unificación de las fuerzas proletarias.

Ahora bien, es un hecho comprobado que el movimiento de los trabajadores organizados no es un movimiento automático, inconsciente o mecánico. El tiene la gran particularidad de crear, con su historia tan accidentada y aleccionadora, toda una nueva filosofía, que recepciona y depura las concepciones más elevadas y atrevidas del socialismo y anarquismo tradicionales. No tiene preferencia por determinados métodos, ni se encierra en exclusivismos ortodoxos, sino que recorre su camino ascensional con un solo propósito, una sola intención: derrumbar el capitalismo para reemplazarlo, con beneficio para la humanidad, por un régimen de producción superior. La naturaleza del movimiento obrero no le permite ajustarse a determinados procedimientos, ni a métodos prejuzgados. El es enteramente libre, natural y espontáneo, y se completa y perfecciona por la simple razón de que dura, de que vive, como fruto de su propia experiencia. Y mientras que los partidos políticos y los grupos ideológicos se cristalizan en programas y doctrinas de realización más o menos ilusoria,—superados por el progreso social—el movimiento de los trabajadores va creando su propia filosofía, en la acción y en la lucha, y lejos de encerrarse en los moldes estrechos de determinadas tácticas y métodos tiende a aprovecharse de todos aquellos factores y circunstancias que le permitan realizar un progreso efectivo en su posición de combatiente, aminorando el prestigio moral de la burguesía o detrimentando su poder.

Así ha podido superar de un modo decisivo las viejas concepciones del socialismo y anarquismo, reemplazándolas por una acción permanente, firme y progresiva antiestatal y anticapitalista. A tal punto ha logrado adelantarse prácticamente en la lucha contra el adversario de clase que ha merecido ya la excomunión de los partidos socialistas gubernativos y se ha atraído el odio de los grupos ideológicos, meramente espectadores de su acción, y críticos habituales y sistemáticos de la misma.

No se le inculpa ya la innocuidad de sus actitudes y de su obra anticapitalista, sino la temeridad con que las ejecuta. No se le desprecia ya por ajustar sus acciones al sentimiento corporativo y conservador de sus primeros años, sino que se le critica y se le calumnia por la amplitud y universalidad de su concepción igualitaria y la solidaridad de clase con que inviste todos sus actos. No se le alecciona ya en los procedimientos a emplearse en la lucha contra el capitalismo y el Estado, porque él rechaza toda insinuación a este respecto; sino que por el contrario, se le apostrofa en todos los términos por el exceso de su audacia y su voluntad franca de realizar totalmente la transformación social.

El socialismo y el anarquismo fundamentales han pasado al Sindicato; están en él; viven en él y por él. El milagro se ha operado por la acción natural y espontánea de la clase, verificándose las profecías de los precursores que significaron que ambas doctrinas no podrían hallar su realización sino por la voluntad esclarecida de los trabajadores organizados.

La gran conquista

El XXVI aniversario del Sindicato de Ebanistas, hecho de por sí importante en el orden corporativo, tiene, en la relación de nuestra vida sindical con el resto de las organizaciones obreras del país un significado altamente satisfactorio.

Hace un año, nuestras aspiraciones unionistas no habían tenido aún realización. Conmemorábamos nuestro aniversario alejados de un gran número de sindicatos que nos consideraban como a entidades de otro país, en virtud de un estado de división cada vez menos explicable.

Por fortuna esa situación separatista ha terminado desde que los trabajadores de la república, constituídos en congreso, dieron origen a la Unión Sindical Argentina, la entidad central a la que se han acogido todos los proletarios que sinceramente anhelaban su emancipación.

Nuestros esfuerzos unionistas, manifestados en el transcurso de nuestra larga vida, en forma tan sistemática que lograron darnos un carácter bien determinado en pro de la unidad, podemos al fin recogerlos como un glorioso fruto y ofrecerlo en nuestro XXVI adiversario a todos nuestros camaradas como un alto ejemplo de lo que vale la acción persistente al servicio de una buena causa.

La unión del proletariado, por la que tanto bregó sin desmayos nuestra organización, es hoy una realidad en la Unión Sindical Argentina.

No importa que a su alrededor pululen los restos de un pasado bochornoso que se esfuerzan por enarbolar el pendón de las luchas fratricidas. El pasado está bien enterrado, y los deseosos de revivirlo no lograrán extraer de bajo la tierra otra cosa que momias repugnantes.

La división proletaria tiene más de ficticia que de real. Prácticamente no existe. La división es una ilusión enferma, alimentada por unos cuantos cerebros empequeñecidos por el odio y substraídos a los más generosos ideales de emancipación por los bajos intereses de grupos o de partidos que con los trabajadores no tienen nada de común.

Los hechos no se juzgan por las excepciones. Nadie deduce de un suicidio que la especie humana desaparece de la faz de la tierra. Lo mismo ocurre con respecto a la unificación de los trabajadores. La circunstancia de que existan cincuenta sellos sindicales al margen de la Unión Sindical Argentina y dos o tres sindicatos bajo la dirección de un grupo de adocenados, no abona ningún razonamiento contra la gran verdad que venimos afirmando.

Y a esa verdad ha contribuído y sigue contribuyendo para que ella perdure el Sindicato de Obreros Ebanistas. Es su orgullo, y mal haríamos en ocultarlo al conmemorar este aniversario que representa la culminación de una labor que hoy ofrecemos—modestia aparte—a todos los trabajadores del país como un ejemplo a imitar en cuantas conquistas se propongan llevar a cabo.

La acción sindical

Cualquiera que sea—¡oh historiadores!—la anterioridad que la cronología concede al partido político o a la organización sindical como armas empleadas en la iniciación de la lucha que libran los explotados contra los explotadores, o la lucha por la libertad contra la tiranía, el hecho será de una simple constatación o antecedente para el caso que nos dispusiéramos observar tan sólo la acción o el rol bien distinto jugado por uno y por la otra.

¿Socialismo parlamentario y Sindicalismo, en realidad: partido y organización sindical que se identifican? Antes al contrario la experiencia nos demuestra que ambos realizan y desempeñan una misión bien distinta.

Se puede afirmar, sin temor de caer en la exageración, sino por el contrario sostener un hecho indiscutible, que son movimientos paralelos en la acepción geométrica, pero que nunca, como dos líneas tendidas, llegan a encontrarse. Por el contrario parecen líneas divergentes que en su trayectoria, la distancia, cada vez más las separa.

Concretando: En los propósitos revolucionarios puede existir una concepción igual, pero en la práctica son cosas opuestas. La acción del partido es estatista y por lo tanto conservadora.

La organización sindical, en cambio, es revolucionaria e históricamente antiestatista.

Ambas consecuencias son el producto de los distintos medios en que actúan y de los recursos de que se valen. Acción directa y sufragio universal son dos cosas antitéticas, que están en abierta oposición. La primera demuele, no tiene sanción legal; el segundo, por el contrario, respeta todo el orden existente.

Veamos: Un movimiento que como resultado final conserve las formas actuales de los órganos que dirigen la sociedad es un movimiento conservador.

Uno movimiento que, por el contrario, se apoye en órganos que son la antítesis en su forma y en su modo de regirse a los actuales, ese movimiento es esencialmente revolucionario y lo es también en la absoluta acepción del vocablo.

Empero, es nuestro propósito fundamental descender a los hechos que salten a la vista y que sean de una innegable verdad, para demos-

MUY IMPORTANTE: Se advierte a los compañeros que la función en el Teatro Nuevo, que se había anunciado en nuestros programas para las 15, comenzará recién a las 16.30.

trar el aspecto conservador de los partidos y el revolucionario de la organización sindical.

Con motivo de un importante triunfo electoral, alcanzado en uno de los países de Europa, por un partido sedicente social revolucionario, sus jefes temblaron de espanto ante la incertidumbre de que, después de la victoria, el instrumento que los había llevado a obtener tan "magnífico" triunfo, el sufragio universal fuese suprimido. Tal cosa hizo exclamar a un sagaz publicista, enemigo declarado entonces de ese medio de conquista, que la finalidad titulada revolucionaria era una burda paradoja, ya que la meta anhelada era cada vez más imposible a medida que el partido triunfaba...

Es, por otra parte, un hecho evidentísimo que no es un triunfo revolucionario una mayoría de representantes en un parlamento o en un concejo municipal. No puede serlo porque las causas que mantienen en un estado de esclavitud y de sujeción económica a la clase trabajadora radican en las fábricas, talleres, minas y medios de transportes.

En cambio, la organización sindical realiza su misión histórica haciendo que la clase obrera actúe bajo otro aspecto y con otros métodos.

La organización sindical conquista los lugares de producción paralelamente y a medida que triunfa se afianza dando nacimiento a una nueva fuerza, fuerza que irradia su poder de acción más allá del lugar donde empieza para hacer sentir su dominio.

Pero nunca después de una victoria la organización sindical ve más alejado su propósito ulterior, sino que, por el contrario, el propósito de emancipación integral no puede ser otro que la medida de la capacidad y conciencia alcanzada por los trabajadores mediante sus órganos naturales: los sindicatos.

Esa es la gran diferencia existente entre el partido político y el Sindicalismo.

Observado que el propósito de emancipación de la clase obrera es el resultado de un proceso orgánico, necesario es desechar al partido, cuya característica es igual en todos los países en cada uno de los cuales una honda crisis lo sacudió, habiéndose podido comprobar la contradicción existente entre su teoría y su acción práctica.

La clase trabajadora abraza al Sindicalismo porque reune toda la fuerza de sus ideales, cosa que no encontró en los partidos políticos y agrupaciones ideológicas.

P.

Todo el poder a los sindicatos

La clase trabajadora, en la ascensión perenne que realiza, en el trajinar incesante de la lucha de clases, a medida que va adquiriendo conciencia de su misión histórica como clase útil e indispensable, se va también despojando de todos los prejuicios inculcados por la sociedad capitalista, y que constituyen una tara formidable para el progreso de nuestros anhelos de liberación.

A medida que avanzamos vemos que la clase trabajadora va adaptándose a los métodos de acción y de lucha que informa el Sindicalismo revolucionario. Innumerables son los obstáculos que la clase trabajadora encuentra en su camino; y no nos debe extrañar que afirmemos que los mayores y más formidables obstáculos para el libre juego de los sindicatos obreros ha sido la influencia de teorías y doctrinas que viven al margen de la acción sindical.

Se ha pretendido confundir, se pretende confundir aun hoy mismo, intereses y aspiraciones de grupos, con los intereses y aspiraciones de la clase obrera. Por eso hemos contemplado permanentemente que hombres que no tienen nada que ver con la clase obrera, han hablado en nombre de los intereses de la misma, y peor aún, han pretendido y pretenden utilizarla para satisfacer apetitos que no tienen nada de común con nuestros intereses y anhelos de clase.

Durante muchos años ha reinado una enorme confusión en el seno de la clase obrera. Los trabajadores, inconscientemente, han ido en pos de las promesas, llevados por un instinto de rebeldía se han confundido con hombres que son una rémora permanente para la revolución proletaria; y es que la inmensa mayoría anhela la revolución y no sabe cómo hacerla. Hoy va con este partido, mañana con aquel, pasado mañana con el grupo de más allá; en fin, va tras de aquel que más promete; y así, en esta perenne confusión, malgastando grandiosas energías, inutilizando cuantiosos entusiasmos, va en busca de la revolución, ansía su emancipación y cree que ella ha de ser fruto del esfuerzo y actividad de hombres "iluminados", de hombres aparentemente "desinteresados".

¡Vana esperanza!

En medio de tanta confusión e incertidumbre ha surgido potente y amenazadora la nueva concepción histórica de la gran revolución que se prepara: el Sindicalismo; y ha surgido como un poder, como un movimiento grandioso, que ilumina la conciencia de clase y retempla los corazones obreros.

El Sindicalismo nada promete. Todo el porvenir lo deja librado a la acción directa de los productores.

El considera al productor como el único hombre dotado con los atributos indispensables para realizar una obra franca y abiertamente revolucionaria; y dice que es él, organizado como clase, el artífice del nuevo mundo que se avecina: el mundo de los productores libres e iguales. Afirma que aquél nada puede esperar de las promesas o de los halagos y que sólo sindicalizado, luchando directa y tesoneramente, logrará destruir las clases.

El Sindicalismo no se aparta de la producción porque juzga que es allí donde se debe construir el nuevo edificio de igualdad y de justicia. Es decir: destruyendo el capitalismo y anulando las bases de todas las desigualdades e injusticias.

Es en el taller, en la fábrica, en la mina o en el transporte donde se han de dignificar los seres humanos, y es de allí donde ha de surgir el nuevo hogar proletario, alentado por la seguridad de recoger "el pan nuestro de cada día".

La burguesía realizó su revolución desde las "comunas", destruyendo un sistema económico y social bárbaro. Los proletarios realizan su revolución atacando el sistema bárbaro y cruel que caracteriza a la sociedad presente: las desigualdades de clases.

Anulando las clases, destruyendo el sistema en el cual se basa la sociedad presente y la explotación del hombre por el hombre que es su carácter distintivo, habremos logrado emancipar a la clase obrera, habremos destruído las clases y habremos conquistado la libertad y la justicia que hoy no existe.

No ha de ser substituyendo un poder por otro, no ha de ser el cambio de un gobierno por otro ni lograremos hacer la revolución si pretendemos cambiar el Estado burgués por un Estado "obrero" erigido en patrón; sino anulando la estructura de la sociedad burguesa: la explotación del hombre por el hombre y, por consiguiente, haciendo desaparecer la superestructura de la sociedad actual: el Estado con todas sus dependencias.

Y esa obra será realizada por los trabajadores unidos e iluminados por sus intereses y derechos de productores. Esa obra de transformación de la sociedad la realizan los sindicatos, hoy órganos de coordinación y de combate de la clase obrera, mañana los órganos de coordinación y distribución de la producción.

Por eso cuando nosotros hacemos la afirmación sindicalista: "Todo el poder a los sindicatos" no creemos que signifique substituir el Estado dictador y déspota del capitalismo por un poder de dominación y de despotismo más refinado de los trabajadores.

"¡Todo el poder a los sindicatos!", he ahí la grandiosa y bella realidad del futuro que nos ofrece el Sindicalismo.

¿Una utopía? ¿Que es ilusorio? ¿Puede suponerse paradógico que el porvenir pertenezca a los sindicatos obreros?

¡No es ni una utopía, ni una ilusión y ni tampoco una paradoja! ¡Es la gran idealidad de justicia y de bienestar que lleva en potencia el Sindicalismo!

¡Es el fruto del grandioso, y sublime esfuerzo que realizan los trabajadores en el seno de los sindicatos; es el fruto incontrastable de la acción directa; es la más valiente reacción contra los hombres "iluminados"; es la negación de todas las teorías artificiosas que tanto mal han hecho a la revolución; es la culminación de nuestras ansias de liberación y justicia. "¡Todo el poder a los sindicatos!"

Es esta la concepción sindicalista que no se separa de la producción. Los trabajadores avanzamos; el progreso que realizamos es doloroso pero incesante. Los trabajadores ya no confiamos en las panaceas de los politicantes; hacemos nuestro el gran axioma de que la emancipación de los trabajadores será obra de los mismos trabajadores; y nadie mejor que el Sindicalismo resume en sí esa verdad lapidaria.

El mundo pertenece a los productores y han de ser ellos los que han de conquistarlo, con su acción, con su esfuerzo y con su entusiasmo.

En la industria, en la fábrica y en los talleres se realizará la revolución. El Sindicalismo es el gran movimiento industrialista que con su perenne batallar va disputando el dominio de la sociedad a la burguesía que detenta el instrumento de producción.

¡El Sindicalismo ha de culminar la gran revolución que se está realizando!

¡Todo el poder, pues, a los sindicatos obreros!

Aurelio A. HERNANDEZ.

Ei Sindicalismo revolucionario

¿Se puede prestar a distintas interpretaciones el Sindicalismo? A mi entender no.

Según parece los perros conservan por instinto hereditario la costumbre de querer ocultar los excrementos para borrar sus huellas. Por eso se les ve rasgar aunque sea el asfalto. Se sabe que el perro desciende del lobo.

Así muchos hombres. No pueden despojarse de sus prejuicios ancestrales. A cada paso salta el religioso, el fanático, el político. Ni más ni menos que como el perro imitando al lobo.

Y así es cómo se desprestigia un ideal, con la adhesión de individuos de estas condiciones.

El Sindicalismo no puede prestarse a experimentaciones dudosas y aventuradas. Todo concepto catastrófico está descartado en él. No puede torcer el curso progresivo de su propia historia. Tampoco debe convertirse en instrumento de retroceso.

En el presente, según se ve, no hay otro propósito que el de conducir al Sindicalismo a servir de comparsa en acciones que lo desnaturalizan.

El Sindicalismo, en su esencia, rechaza toda idea de dictadura de predominio de una clase. Su fin básico es la destrucción de las clases y la instauración de la igualdad económica.

El Sindicalismo no reconoce períodos de transiciones especiales. Ni cree en la bondad de los aceleramientos. La transformación la va haciendo al propio tiempo que actúa en la sociedad. Cuando la clase trabajadora organizada sindicalmente dé prueba de haber alcanzado el más alto grado de desarrollo de su capacidad la revolución que vive habrá llegado a su culminación.

Pero para esto es preciso que los obreros se despojen de toda influencia que tienda a desviarlos de los problemas de orden económico. Del dominio técnico y de la producción depende su salvación.

¿Moralmente se debe extender la confianza y la lealtad? ¿Quién duda que el que traiciona a sus amigos no es capaz de traicionar a toda la clase obrera? Nadie.

El Sindicalismo no es un ideal destructor sino creador. Su valor consiste en que se expande en los lugares de trabajo y que destruye paulatinamente todo lo inservible, los privilegios de la clase dominante. Su acción se acrecienta de modo que todo el orden constituído se va amoldando a las exigencias cada vez mayores de los trabajadores. Es obligando a todo el sistema jurídico a ceder en sus posiciones cómo él va rompiendo sus marcos.

El Sindicalismo ha de ser como una planta que después de germinar termina en una flor. Es una obra de abajo para arriba.

¿Ignoran, acaso, los que desnaturalizan al Sindicalismo que el sistema capitalista es una máquina tan complicada que requiere para dirigirla aptitudes muy desarrolladas? No lo ignoran. Y si es así, ¿qué argumento convincente tienen esos para justificar que es preciso destruir la máquina para luego ponerla en movimiento?

El Sindicalismo no se erige en cultor de la barbarie, de la fuerza ciega y brutal. No pueden hacer suya, la bandera del Sindicalismo, los aventureros. Ni puede imponerse entronizando la ignorancia como pretenden los proxenetas del movimiento obrero que hoy día forman legión.

El Sindicalismo tiene su cuna en el progreso técnico del industrialismo y su triunfo reside en el saber compenetrarse de todos los valores morales y materiales útiles de la actual civilización.

Las revoluciones catastróficas no pueden más que agravar la situación de los parias. Ellas son resabios del militarismo y del caudillismo bárbaro y político.

Para el Sindicalismo la revolución social es la revolución industrial. Esta es la única interpretación del Sindicalismo revolucionario.

Pedro DONAMARIA.

Desde la torre de la impotencia

No siempre el espíritu de destruir emana de una voluntad templada en la fuerza. Algunas veces es fruto de una impotencia, que, orgullosa de considerarse imaginariamente fuerte, concibe una completa destrucción de lo que él nunca fué capaz de hacer ni de imitar. La vida se cierra a sus pasos. No concibe que como hombre pueda ser tan inferior en energía. Y los contempla. Se imagina erguirse como una columna inmensamente soberana para contemplar desde lo alto la enorme pequeñez de sus semejantes. Su imaginación llega hasta la cúspide del paroxismo, pero después cae... Se contempla y recién descubre que es pequeño, muy pequeño, para ser lo que hacía un instante se imaginaba vivir.

Pero no es posible consentir a la triste realidad. Es muy amarga para creerla. Es necesario no ceder a sus dictados porque sería suicidarse..., dejar de "vivir" una "vida" de de las tantas... que pueden "vivirse"...

De ese modo intenta levantarse, desea marchar por el amplio camino del triunfo, que todo aparezca ante él cual un cuadro viviente de la realidad..., pero no llega a completar su figura y se rinde a su impotencia que, como una masa enorme, contrae sus miembros.

En la intermitencia de sus espasmos llega a pensar en la soledad, en el desierto, en el fin, aun, de la propia vida. Y entre la sombra de su pequeñez, cuando se declara vencido por la realidad malvada y cruel, cruza por su mente una apocalipsis: desea ver derrumbarse, aniquilarse el mundo; que todo lo cubra la nada...

—¡Destruir! ¡Destruir!—grita.

Eso es lo único que puede crear su inteligencia...

Nos figuramos, entonces, que se acierta cuando se afirma que un anormal está fuera de la realidad.

—¡Destruir, destruir!—sigue gritando, mientras su vista contempla el horizonte...

Luis BARTOLO.

Orientación Sindical

¿Reformismo o revolucionarismo?

El Sindicato supera en la práctica las acerbas críticas que las dos fracciones, revolucionaria y reformista, hacen una contra otra a menudo con furia canina.

Por exigencias prácticas repudia aquel "cretinismo legalitario" hacia el cual, por temperamento, propende el reformismo, pero inspirándose en la dura escuela de la experiencia diaria, reflejo de la realidad fluídica y variada, adquiere aquel sentido de gradualidad y de concreción que, inoportunamente, el revolucionarismo amanerado pretende descalificar.

Así el sentido de las conquistas inmediatas, a través de la lucha de clase de los asalariados contra el patronato y el Estado capitalista, sirvió al mejorar el sistema salarial, horarial e higiénico para hacer del asalariado un hombre orgánicamente fuerte y apto para comprender la misión social de la propia clase en la evolución del mundo.

Ligado como está por la índole antagonística de la relación que ata hoy el trabajador a la empresa, sea ésta privada o estatal, el Sindicato, obteniendo los frutos de los mejoramientos reales sobre el terreno de la producción —que el reformismo político se ilusionaba poder alcanzar por medio de leyes en el terreno parlamentario—hace de éstas el índice y el acicate de la capacidad revolucionaria. Escapa él, así, a la principal acusación que el revolucionarismo hacía a las conquistas inmediatas, cuando la señalaba como un medio de conciliación con una sociedad capitalista que continuamente se adapta y reforma para librarse de la condena de muerte.

El Sindicato, por la forma cómo las conquista y las encuadra en el plano de su actividad anticapitalista y antiestatal, no podría jamás hacer de ellas el plato de lentejas de la traición o de la renuncia a su propio porvenir.

En una palabra: revolucionarismo y reformismo como estados de ánimo y como ideologías antagónicas viven obstinadas en el propio preconcepto. El Sindicato, en cambio, que inspira sólo en los hechos la propia orientación, se apercibe de poseer una intuición sindical que sabe dictar, en cada caso, los recursos audaces o calculados necesarios para vencer las más difíciles situaciones. Esta *intuición sindical*, expresada por las cosas y no por las subjetivas preferencias de los teorizadores, inspira una lógica que llega a conclusiones suficientemente amplias como para evitar dogmatizar desdeñosamente y el coqueteo con el espíritu de capilla. El Sindicato tiene su "lógica", que es terriblemente hostil al espíritu dominante: ella ha guiado—con éxito feliz—los pasos más difíciles del movimiento sindical.

Preparación innovadora

Hoy nadie pretende que el Sindicalismo debe encerrarse en las luchas *corporativas*, abandonando a un partido obrero (en realidad la política hace surgir siempre varios en áspera concurrencia electoral entre ellos) la lucha revolucionaria contra el régimen. La importancia sobresaliente de los Sindicatos en la economía social que suprime el capitalismo ha sido reconocida por la experiencia rusa; de ahí que todos reconocen que es preciso mantener muy

Problemas de ayer y de hoy

Por SEBASTIAN MAROTTA

Cuando la Asociación Internacional de los Trabajadores editó su famoso manifiesto inaugural invitando a los trabajadores del mundo a formar con sus fuerzas dispersas un solo haz, la palabra de unión entre los obreros tuvo por primera vez un profundo significado revolucionario. En la unión e inteligencia obreras fincaba la gloriosa Asociación el éxito de las aspiraciones inmediatas y futuras de la clase productora. No era solamente la unificación de los trabajadores de un oficio, de una industria, de una localidad o de un país lo que aquélla perseguía. Era la unidad de todos los obreros, cualesquiera fueran sus profesiones, tendencias o nacionalidades; era, en fin, la alianza del Trabajo, por encima de las categorías profesionales, con abstracción de los prejuicios políticos e ideológicos y por sobre los reducidos marcos locales, regionales o nacionales.

Sesenta años después que esta invocación calurosa resonara por el mundo ella conserva aún toda la frescura de sus primeros tiempos. Y es que la "recíproca y fraternal cooperación" que la Asociación Internacional de los Trabajadores alentaba en el proletariado como medio de libertarse de la dura explotación y tiranía capitalista constituye siempre una palpitante necesidad. Durante el transcurso de los largos años que nos separa de entonces ha sido perennemente dificultada.

Los grupos ideológicos y partidos políticos, erigidos en ángeles tutelares de la clase obrera, pueden exhibir hoy la gloria misérrima de haber sido los factores principales de discordia y la causa inmediata de enconadas luchas fratricidas, que se han venido sucediendo entre los trabajadores después del fracaso de aquel primer intento de unión internacional de los obreros.

Refiriéndose a las perturbaciones que las sectas han llevado al seno de la organización de los trabajadores, Marx decía que si ellas habían sido en los comienzos del movimiento proletario una especie de levadura, conforme fueron superadas por éste se convirtieron o en un obstáculo reaccionario o en vulgares instrumentos policiales.

Las amargas comprobaciones que hiciera Marx entonces son hoy día de una actualidad rigurosa. Parecería que el movimiento obrero estuviera aún en la primera fase de su desenvolvimiento, y que, no obstante el extraordinario desarrollo que ha alcanzado, y a pesar del rol importantísimo que le ha tocado desempeñar en los acontecimientos sociales de los últimos cincuenta años, fuese incapaz todavía de determinar por sí mismo la dirección de sus destinos.

La clase obrera se halla en presencia de una situación angustiosa. Si verdaderamente quiere asegurar el éxito de su destino histórico deberá previamente expurgar hasta el más insignificante resabio las deletéreas concepciones doctrinaristas que pugnan por mantenerla atada al pasado.

A nadie como a la clase obrera le resulta más gravoso el "sacrificio" de las sacerdotisas obstinadas en cuidar la pureza de doctrinas que se cultivan en los templos de las nuevas religiones, en las cuales, por santificar una abstracción se destruye la vida y la realidad del movimiento sindical.

Para el proletariado la doctrina y la concepción de su lucha no es una elaboración de conciliábulos ni menos el producto mental de tantos profesores de teología "revolucionaria"; es, por el contrario, la resultante de los esfuerzos de sus propios organismos, inspirados en las necesidades de sus miembros y en el trabajo ciclópeo en que están empeñados frente al poderoso enemigo de clase.

Ante el extraordinario y complejo mecanismo de la sociedad capitalista y la poderosa organización defensiva que la acompaña, la clase obrera no puede oponer doctrinas ni principios teóricos. La estupenda creación de la burguesía le revela elocuentemente que para realizar un movimiento de las proyecciones como las que persigue, y que consiste en librar al trabajo y al mundo de la dirección jerárquica y feudal que aquélla ejerce, debe oponer una realidad, condensada en una robusta y bien amalgamada organización de clase.

Para esto está obligada a salir de la odiosa y repugnante situación de eterna "protegida" a que la quieren tener sujeta tantos "redentores" incubados en las distintas capillas políticas, doctrinarias y filosóficas que aparecen empeñadas en iluminarle el camino que ha de seguir o como preocupadas en salvarla de los posibles desvíos a que pueda verse expuesta en el transcurso de su lucha. Debe afirmar—con olímpica grandeza—su conciencia colectiva de bastarse a sí misma, porque tiene la sensación de cuanto vale y porque sabe que en su situación social y en la coordinación de sus núcleos sindicales reside el secreto de sus virtudes revolucionarias y se hallan contenidas sus aptitudes de artífice de un mundo nuevo.

Ninguna clase social ha tenido reservado en la historia un porvenir más grandioso y brillante que la clase obrera. La finalidad que con el diario batallar de sus fuerzas persigue no se limita a una simple transmutación de posiciones, ni a un cambio de hombres en la dirección del mundo, ni tampoco en la falaz toma del poder político, para realizar desde él—previa la creación de una frondosa burocracia—la felicidad del género humano. Al gobierno de los hombres, que constituye la esencia jerárquica de la sociedad capitalista y de toda sociedad fundada en un sistema de diferenciaciones y de privilegios, la clase obrera va instituyendo la administración de las cosas.

Mucho más vasta y compleja de lo que a simple vista parece, esta labor obliga a descartar todas aquellas ideas superficiales unas, arcaicas otras, que atribuyen a los grupos de pretendidos revolucionarios o a hombres que se suponen "audaces" y "arrojados" la tarea de renovarlo todo. Para la clase obrera—que es la única revolucionaria—su libertad no es obra de demiurgos llamados a sí mismos minorías "conscientes" y "revolucionarias" sobre las cuales pesa el encargo de ser depositarias del fuego sagrado de sus aspiraciones. Estas minorías no son nada y nada valen ante sus ojos. Sólo la falta de un profundo sentimiento de independencia moral pudo permitir su entronizamiento e impedídole descubrir hasta dónde ha sido perturbada su mentalidad de clase.

El movimiento sindical se ve atado hoy día universalmente a este mal. Declarado en los albores de su acción anticapitalista, en la vieja Europa, el mal ha ido extendiéndose por todas partes. Cuando por virtud del mayor poder sindical de la clase y de su pujante y vigorosa personalidad de otrora había motivos para esperar que esa robustez fuera un preservativo y un medio eficaz para expelerlo definitivamente, aquél aparece de nuevo, bajo matices distintos, con más furia que nunca. La gangrena divisionista ha logrado, por de pronto, paralizar por todas partes el crecimiento del poder revolucionario de la clase obrera que se iniciara inmediatamente después del desastroso ejemplo de la guerra. Doquier dirijamos ahora nuestra mirada observamos la misma enfermedad corroyente del alma obrera.

Por canales distintos, los teólogos y sacerdotes escudados en una posición de "lumbreras" de los trabajadores llevan al seno de éstos, con sus doctrinarismos enfermizos y con sus dogmas mil motivos de nuevas divisiones. Y éstas se ahondan aún más con la osadía de que dan muestras aquéllos por supeditar a los organismos naturales y espontáneo de la clase obrera —los sindicatos—a las estrechas y particularistas concepciones oficiales de sus sectas.

Es que no se resignan a desaparecer ni ante el desarrollo de un movimiento obrero vasto y poderoso. Antes bien diríase que en presencia de éste se sintieran como atraídos para centuplicar sus esfuerzos y aumentar todavía más el número de sus capillas. Se hallan como poseídos de una devoradora fiebre de autoridad, más aguda cuanto mayores son los empeños de la organización obrera para librarse de ella.

Abriguemos, sin embargo, la esperanza de que la organización sindical, aunque lenta y dificultosamente, pueda substraerse a esas influencias en el fondo reaccionarias y logre materializar la vieja y siempre renovada exhortación de la Asociación Internacional de los Trabajadores: *"¡Proletarios del mundo, uníos!"*

La realización de este anhelo significará la solución definitiva de uno de los más importantes y fundamentales problemas que tiene entremanos. Y revelará también hast aqué grado se han desarrollado sus aptitudes y conciencia revolucionaria, anticipo necesario para dar fin al conflicto histórico que sostiene con el enemigo tradicional: el capitalismo.

---

viva la conciencia de la misión y la fuerza de los sentimientos contrarios al actual método de producción mercantil, privado y capitalista.

El Sindicato no puede precisar los propios cánones revolucionarios como los partidos políticos: vale más una onza de su acción—diremos parafraseando a Marx—que toneladas de programas de partidos.

El está pronto a arrojarse sobre todos los acontecimientos que la realidad social le ofrezca y no pretende que la revolución sepa ya, de una manera precisa y categórica, los pasos duros o fáciles, heroicos o pasivos que será llamada del destino histórico a atravesar. El *apriorismo* no puede lisonjearlo. Por esto no debiera objetar nada a las diversas tácticas (escogitadas por los partidos que se refieren a las varias doctrinas sobre el proletariado) del modo de conducir la revolución, porque tiene la intuición y el presentimiento de que la revolución, que no es artificial complotación de agitadores y conjurados de melodramas, hará a sí misma la propia ley y se lanzará por la vía que un complejo de condiciones imponderables le proyectarán ante sí. Al límite de su desarrollo el Sindicato ve el traspaso jurídico entre las manos de la sociedad de los productores de toda la riqueza instrumental y la gestión económica dirigida por ella entre las propias manos. Se valdrá, entonces, de esta situación para derrumbar la superestructura opresiva de las instituciones estatales que la burguesía forjó en garantía de su propio dominio, y convertirá en realidad triunfal "el traspaso del reino de la necesidad al de la libertad". Este proceso es más laborioso y complejo de aquel que consiste en poner entre las manos de un partido socialista revolucionario la máquina estatal para ejercitar, según la elocución tan afortunadamente acogida, la *dictadura proletaria*, en espera de la instauración de la economía socializada. A esta *táctica de la dictadura*, que encuentra en las filas socialistas de Europa asertores muy tenaces, no hay ninguna razón para adherir de una manera que aleja de aquella sana visión sindicalista que piensa en el Sindicato como el órgano natural y más adecuado para la revolución social.

Si las circunstancias históricas, tan enmarañadas y poco dóciles a nuestros deseos, han de empujar antes que la madurez de la autoconciencia sindical sea un hecho cumplido a la *dictadura* con la toma de posesión del poder político, la misión sindicalista no cesará, y favorecida por condiciones políticas más respetuosas y deseosas de la emancipación obrera, se intensificará de modo tal que se vea en esta táctica apoyada por masas fieles a la causa proletaria, no un obstáculo y sí un factor de aceleración en el alcance de su meta final. Ella queda ahora como siempre: la terminación de toda jerarquía opresiva, la eliminación de las clases, la fundación de la sociedad sobre la armónica separación de los deberes en la jubilosa producción de los medios de la más elevada vida material y espiritual de todos los seers y de todas las naciones repacificadas.

E. LEONE.

Mala práctica

Pasado el período embrionario de nuestra organización, fortalecidos y ampliados los cuadros sindicales, cabe dedicarse de lleno a la obra de análisis y estudio que el mismo crecimiento de la organización impone.

Y para ello nada mejor que empezar por hacer inútiles esa serie de agrupaciones y comités extrasindicales que pretenden arrogarse el derecho de tomar a su cargo tareas que incumben sólo y exclusivamente atender a los trabajadores, desde sus organismos específicos, los cuales se bastan y se sobran para llenar cumplidamente la misión para que han sido creados.

Nos sugiere este tema el hecho por demás frecuente de la creación de un sinnúmero de comités pro amnistía, pro presos, etc., todos los cuales para llenar su cometido recurren como primera y última medida a hacer insistentes y clamorosos llamados a los sindicatos obreros, incitándolos a mandar delegados a las muchas asambleas que ellos patrocinan, cuando a tomar medidas que implican de hecho actos puramente obreros, y, por tanto, propios de ser resueltos en las Uniones locales o Federaciones regionales; es decir: en organismos plenamente autorizados a esos efectos.

Y si a esto agregamos la falta absoluta de responsabilidad de los que generalmente se encargan de las tales campañas, llegamos a la conclusión que es harto peligroso para las organizaciones obreras prestar su colaboración a comités o agrupaciones que, en el mejor de los casos, existen en la imaginación de un par de individuos que, para el caso, están munidos de un sello, lo cual representa todo el bagaje revolucionario. Todo lo demás debe ser hecho por los sindicatos que, equivocadamente, contribuyen con su personalidad—cuando la tienen, se entiende—a dar esos comités una beligerancia y prestigio que habla muy poco en favor de los obreros organizados.

Es hora ya de cortar este mal que tiende a desvirtuar el verdadero rol de la organización proletaria.

Si nos organizamos en nuestros sindicatos, los que a su vez se organizan en Uniones locales y regionales, nada más lógico y sensato que llevar al seno de ellos las iniciativas que creamos conveniente en beneficio de nuestra causa.

Y con ello habremos dado mayor personalidad a nuestros organismos de clase y, en consecuencia, le restaremos beligerancia a ese sinnúmero de comités y agrupaciones extrañas al Sindicato, tanto por su composición como por su esencia.

DON PEPE.

Recurriendo a la calumnia

El doctor Juan B. Justo, financista, diputado, burgués y por añadidura líder del partido político que por ironía se denomina socialista, se ha permitido afirmar en una conferencia que dió con propósitos francamente divisionistas, que la ex F. O. R. A. había sido convertida últimamente en una dependencia de la jefatura de policía...

No acertamos a comprender cómo el doctor Justo ha podido proferir semejantes palabras sin que se le anudara el zoquete de carne que guarda en su cochina boca; y nos asombra mucho más que encontrándose presentes en dicho acto algunos socialistas que actuaron en el Consejo Federal de la ex F. O. R. A. se hayan llamado a silencio, siendo que la calumniosa imputación les afectaba mayormente por haber sido consejeros.

Los obreros socialistas que actuaron conjuntamente con los trabajadores sindicalistas al frente de la ex F. O. R. A., ni aun en circunstancias en que los choques de tendencias se manifestaron en toda su crudeza osaron afirmar que la ex F. O. R. A. era una dependencia del jefe de policía; y si no lo han hecho, a pesar de tener la mejor disposición para servir al partido, es porque, estando perfectamente interiorizados de la forma en que se desenvolvía la institución central, no encontraron motivos para formular tan idiota como miserable acusación.

Por ende, si se tiene en cuenta que más autoridad para opinar sobre la ex F. O. R. A. la tienen los obreros socialistas que formaron parte de la misma y mucho más aún los que actuaron a su frente como miembros del Consejo Federal, las manifestaciones del doctor Justo, burgués, terrateniente, financista y diputado, deben interpretarse como el desahogo sectario de un caudillo político en decadencia que ve esfumarse el dorado sueño de dirigir a los trabajadores, cual si fueran títeres.

Por otra parte, un hombre como el doctor Justo, infatuado por la reputación e influencia que ha conquistado en el estéril campo de la política, en donde actúa invocando por cuenta propia la representación de los trabajadores, no puede olvidar tan fácilmente el imperdonable "error" en que incurrió uno de los consejos federales de la ex F. O. R. A. al rechazar en forma irreverente sus "buenos oficios" en pro del "saneamiento de la moneda".

En aquellas circunstancias el doctor Justo evidenció palmariamente ante los elementos alocados que en más de una ocasión se habían permitido la ligereza de poner en tela de juicio "su" socialismo, el desinterés, la abnegación y el espíritu de sacrificio que caracterizan su acción en pro de los trabajadores, llevando al seno del Consejo Federal de la ex F. O. R. A. la encomiable iniciativa de que el proletariado organizado se aprestara a librar una acción de conjunto, a fin de conseguir la reapertura de la Caja de Conversión, para "sanear" de este modo la abundante moneda que posee en sus arcas el doctor de referencia.

Pero está visto que en el orden sindical las "grandes" iniciativas que en bien de los trabajadores formulan diputados, financistas, terratenientes, doctores, burgueses, o personas que reunen en sí todas estas condiciones, están condenadas irremisiblemente al fracaso.

El Consejo Federal de la ex F. O. R. A., no previendo quizás los incalculables perjuicios que su actitud irrogaría a la clase que produce... la desgracia de los trabajadores, se pronunció en contra de la magnánima proposición del doctor Justo que luego, para colmo, fué aprobada aquella resolución del Consejo Federal por el Congreso de La Plata.

Sin embargo, tal cosa no hubiera ocurrido si el doctor Justo, en vez de recurrir a la institución central de los trabajadores para que se preocupara de "sanear" la moneda se hubiese dirigido al Departamento Nacional de Higiene, institución que entiende exclusivamente en cuestiones de "saneamiento".

Pero, para su mal, el diputado Justo formuló su proposición a un Consejo Federal que lo que menos le interesaba saber era si la moneda estaba o no "infectada", y, después de haber transcurrido algún tiempo, conservando aún en su alma de político todo el rencor que puede concentrar un hombre cuyo amor propio

ha sido profundamente herido por la irreverencia de rústicos obreros, aprovechando la oportunidad de desempeñar por parte de la fracción política a que pertenece una delegación de carácter "gremial" con fines escisionistas, el doctor Justo ha dicho que la F. O. R. A. estaba convertida en una dependencia de la jefatura de policía.

—¡Que mueran los conspiradores de la organización sindical—exclamó el borreguil auditorio que escuchaba la fulminante requisitoria del ventrudo burgués y feliz terrateniente diputado y financista Justo. Pero a pesar de estas exclamaciones, ¡"el pata santa" salió con vida y muy satisfecho de haber conspirado impunemente contra la autonomía y dignidad de la organización obrera!

Señor Justo: Un modesto obrero que se interesa tanto por su salud, como usted por el bienestar de los trabajadores, se permite recomendarle que consulte usted a un alienista. Su calabaza está tanto o más "infectada" que la abundante moneda que usted posee, y, para bien de los trabajadores, es necesario que usted se interese por su "saneamiento"...

Juan ABELARDO.

Consideraciones sobre "acción directa"

El "callejerismo" y la obra creadora de los sindicatos obreros

La acción directa, manifestación de la fuerza y de la voluntad obrera, se materializa—según las circunstancias y el medio—, por actos que pueden ser muy anodinos o muy violentos. Es simplemente una cuestión de necesidad.

No hay forma específica de acción directa. Algunos, demasiado superficialmente informados, la explican como una copiosa ruptura de vidrios. Satisfacerse con semejante definición —regocijante para los vidrieros—importaría considerar esa manifestación de la fuerza obrera bajo un aspecto verdaderamente estrecho; implicaría limitar la acción directa a un gesto más o menos impulsivo, desdeñar de ella lo que constituye su gran valor, y sería, además, olvidar que ella es la expresión simbólica de la revuelta obrera.

La acción directa es la fuerza obrera realizando un trabajo creador: es la fuerza en disposición de crear el nuevo derecho, el derecho social.

La fuerza es el origen de todo movimiento y, necesariamente, es también el coronamiento. La vida es el desarrollo de la fuerza; donde ésta no existe, sólo hay la nada. No se manifiesta ni se materializa nada donde la fuerza está ausente.

Para mejor engañarnos y mantenernos sometidos a su yugo, nuestros enemigos de clase nos han repetido hasta el cansancio que la justicia inmanente que tiene que hacer con la fuerza. ¡Tonterías! Sin la fuerza, la justicia no es más que engaño y mentira. De esto es un elocuente testimonio el martirologio de los trabajadores a través de los siglos: a pesar de que su causa fuese justa, la fuerza, al servicio de las potencias religiosas o de los amos, aplastó a aquéllos. Y esto en nombre de una pretendida justicia que no era sino una monstruosa injusticia. ¡Y el martirologio continúa!—E. POUGET.

No hay que confundir la acción directa con los espasmos, que pueden ser impresionantes, ruidosos, bullangueros, que terminan allí mismo donde comenzaron y se olvidan al extinguirse sus últimos ecos. La acción directa, propiamente hablando, sólo tiene una relación de concomitancia con la violencia, pero ésta no es forzosamente acción directa. Cuando uno se refiere a la acción directa entiende aludir a la acción que los trabajadores sindicados desarrollan por sí mismos, por propia inspiración y con medios también propios. Acción directa realizan los trabajadores que para mejorar su situación material y elevar su nivel moral se valen de los medios y elementos por ellos mismos creados; realizan asimismo acción directa cuando se defienden del capitalismo o sus fuerzas de coerción poniendo en actividad aquellos mismos medios y elementos y se muestran dispuestos a llevar su acción hasta los últimos extremos, ya sea para impedir que el capitalismo desconozca derechos y libertades por ellos conquistados o bien para oponerse vigorosamente a cualquier tentativa de aquél tendiente a desmejorar su situación material, ésta de anteriores reivindicaciones victoriosas.

De lo expuesto sintéticamente, se infiere que acción directa es toda aquella que la clase trabajadora realiza independientemente de influencias extrañas, mediante sus propios militantes y contando, en última instancia, con la acción decisiva de sus organismos característicos, esto es, los sindicatos de oficio y las entidades de industria o nacionales que, al mancomunar la acción de clase, la completan y la destacan, señalándola como un agente activo de transformación económico-social.

La ruptura de vidrios, la vocinglería callejera y otros modos de "meter ruido", considerados por ciertos ingenuos o desequilibrados como exteriorizaciones de acción directa, son actos que no tienen clasificación desde el punto de vista revolucionario de clase; por otra parte, carecen en absoluto de carácter concreto, pues lo mismo pueden realizarlos obreros como individuos de las más diversas categorías sociales y con fines, naturalmente, opuestos o distintos.

Hay diferencia fundamental, según se ve, entre esta "actividad exterior" y la acción profunda, interior, de renovación y transformación social que efectúan los trabajadores organizados como clase, acción ésta cuya intensidad o eficacia no radica ni se mide por el ruido detonante—tan detonante como vacuo y estéril—de las manifestaciones callejeras, las "salidas a la calle", para "llenar las plazas", "desparramarse por las calles" y hacer una original San Bartolomé con los vidrios de las casas de comercio u otros... Esto será un "bochinche", pero dista mucho de ser acción directa. Y aparte de esto, cualquiera comprende que unos gritos más o unos gritos menos, unos vidrios más o unos vidrios menos, nada influyen en la caída del régimen capitalista ni tienen la virtud—no podrían tenerla—de conmoverlo en sus bases económicas y políticas: el punto sensible, verdadero talón de Aquiles del capitalismo, es el taller, y es en él donde los trabajadores deben librar sus más rudas y tenaces batallas para transformarlo y convertirlo en la fuente del bienestar humano substrayéndolo al predominio y a la dirección de una clase determinada que funda su existencia en el sometimiento de la clase obrera. Como lo dijera Proudhom, con una visión genial: *"El taller hará desaparecer al gobierno"*, por lo mismo que éste es la víscera más esencial de la vida económico-social. Y lo hará desaparecer cuando los trabajadores adquieran la capacidad de autogobernarse y hacer funcionar el taller—el mundo económico-social—inteligentemente y de modo que satisfaga ampliamente todas las necesidades humanas.

Nuestra acción directa está contenida y se manifiesta en todo cuanto nosotros, como trabajadores organizados sindicalmente, realizamos por nosotros mismos con vistas a la realización completa de nuestros anhelos de emancipación.

Acción directa es nuestra obra cotidiana, el afán siempre acrecentado y la voluntad siempre más firme de elevar nuestra personalidad de clase y constituirnos en los elementos conscientes y capaces de emanciparnos sin correr el riesgo de caer en una dominación más odiosa que la ejercida actualmente por el capitalismo: la dominación llamada "dictadura del proletariado", dictadura que acapararían, como ocurre actualmente en Rusia, intelectuales demagogos con muy pocos escrúpulos y en quienes la idea fija es la de mantenerse en el poder, cualesquiera que sean las alternativas, mas simulando siempre—*pour l'exportation* — que "todo el poder lo detenta el proletariado".

Pensemos cuerdamente, como hombres normales, sin fiebre ni inquietudes, y hagámonos cargo de la enorme tarea que nos incumbe para llevar a feliz término la construcción social que esperamos hará desaparecer las clases y con ella las diferenciaciones económicas y sociales de los seres humanos, a fin de no incurrir en ingenuidades o torpezas que en vez de hacernos avanzar en nuestro camino nos hagan desandar parte del camino recorrido. Y, sobre todo, tengamos bien en cuenta que acción directa significa capacidad y aptitudes superiores—y también deseo de dirigirse a sí mismo—en la clase obrera. Mas no para "romper vidrios" y "vociferar en las calles", sino para construir, sobre los sólidos cimientos de nuestros sindicatos, la sociedad sin clases, el mundo sin esclavos asalariados.

Luis LAUZET.

El gremio, el sindicato y la técnica

Sabido es que el gremio, en sus primeras manifestaciones, tuvo un carácter vago e indefinido.

Se creyó conveniente agremiarse pero no se sintió la necesidad de organizarse.

Recuerdo que en España, en una parte de Andalucía, el gremio de sombreros se constituyó únicamente con el propósito de hacer *juerga*, no huelga, cada vez que los fondos se lo permitían. Naturalmente esta situación fué modificándose a medida que la explotación capitalista se intensificaba. No obstante, debido a circunstancias varias, las agremiaciones, a pesar de tener que estudiar el problema que planteaba la clase capitalista con su cada vez menor consideración hacia los explotados, éstos delegaron a elementos ajenos las cuestiones fundamentales y sólo conservaron como función exclusiva del gremio los asuntos de segundo orden.

El Sindicato, al crearse, establece una agrupación de clase, le imprime un carácter eminentemente rebelde, repele las concomitancias neutralizadoras y reivindica lo que la agremiación había entregado a los elementos "inteligentes". El Sindicato imprime al gremio un rumbo nuevo y crea a su vez los elementos necesarios para desempeñar su función transformadora.

¿Estos elementos son dueños de ellos los trabajadores? En parte, sí; empero, aun faltan muchos. Nuestro Sindicato posee un admirable espíritu de disciplina, pero en parte ella es impuesta por conveniencia general; en cambio, ésta debe ser libre y espontánea, dando así la seguridad de que en todo momento hay una organización más fuerte que la militar, cuya unidad se mantiene por la amenaza de un código.

Otro de los elementos que aún no dominamos es el de la moral bien entendida. Cuando el sujeto está poseído de una moral epicureana, recién comprende que *sólo sabe que nada sabe* y de ahí que en su fuero interno no tenga asidero la pedantería, la jactancia o la fatuidad.

Entonces tenemos el verdadero compañero, que se considera igual que su hermano de clase, y de ahí el amalgamiento de la familia proletaria, única forma de crear la solidaridad de clase.

¿Posee el elemento fundamental para el funcionamiento normal del trabajo? En mínima parte. La técnica es un elemento el cual se impone que los sindicatos lo posean.

No es posible pretender un traspaso del mecanismo económico-social capitalista sin tener asegurado su funcionamiento en manos de los productores. Esto no debe interpretarse en el sentido de que para hacer la revolución haya que preparar y educar a los trabajadores como sostienen los políticos; no. Lo que yo creo es que el problema de la técnica es un elemento que debe pertenecer al Sindicato, y entonces es lógico que éste lo imponga; pues un desarrollo de ésta entre los sindicatos tendría la virtud de que los técnicos que surgiesen del mismo llevarían ya impreso el concepto de clase. Al mismo tiempo se provocaría una revolución entre el elemento técnico actual, el cual, por educación y conveniencia, forma parte de las huestes capitalistas; y no olvidemos que uno de los mayores peligros que amenazó a la revolución de Oriente fué en gran parte el factor técnico que, por su educación patriota-burguesa estuvo de parte de la burguesía y, en consecuencia, contra la clase explotada.

M. PLAZAS.

Un mal y un remedio

En el rudo batallar contra la clase capitalista; en el esfuerzo que diariamente se realiza para propulsar hacia adelante a las organizaciones sindicales, así como en medio del combate, en los períodos que la lucha de clases se agudiza, no podemos substraernos a las amargas reflexiones que provoca en nosotros la traición de los malos compañeros, la obra contraproducente de los elementos díscolos que actúan a nuestro lado, y la indiferencia que demuestran muchos trabajadores que adoptan siempre una actitud contemplativa y expectante para gozar a la postre de los beneficios que se hubieren obtenido por la acción de los obreros más conscientes.

Nada ha atemorizado aun a los militantes obreros y todos han afrontado con valentía sin igual las luchas contra el enemigo común; supieron reir desdeñosos ante la obra de la Asociación del "trabajo", desafiaron en cien ocasiones la metralla del ejército, esquivaron el puñal traidor esgrimido por un brazo armado por la Liga patriótica argentina y estuvieron en las mázmorras policiales sin que ni por un momento sufriera la menor mella su moral revolucionaria y su entereza de soldados de una noble causa.

Todas las redes fueron rotas y todas las artimañas descubiertas.

De los enemigos se espera lo más malo, y a nadie sorprende sus felonías; pero esos espíritus flaquean, la moral decae y los ánimos se amilanan cuando el ataque artero surge a nuestro lado, la ponzoña se expande a nuestro alrededor y entra en acción la lengua viperina de los calumniadores que divulgan las más burdas historias, crean los más estúpidos chismes que, después, bocas de inútiles y charlatanes han de propalar a todos los vientos.

Y esta arma hace más claros en el movimiento obrero que todas las reacciones del capitalismo.

La lucha enconada, la ofensiva del enemigo nos impulsa, nos obliga a unirnos; pero la calumnia, la insidia, nos hace a unos enemigos del otro, localiza la lucha en cuestiones mezquinas de grupo o de personas y se esterilizan todos los esfuerzos, mientras las fuerzas sindicales decrecen, los efectivos se alejan y el único instrumento de lucha con que cuenta la clase obrera se reduce a la impotencia.

Duras lecciones existen en nuestro país y el hecho de que los ataques del enemigo hayan podido tener un excelente éxito, en ocasiones distintas, tiene su explicación en la existencia del virus criminal que previamente había minado los cimientos de las organizaciones sindicales, haciendo perder la cohesión y disciplina de las fuerzas del trabajo.

Y lo que no pudieron obtener los capitalistas en las luchas, lo obtuvieron y lo obtienen por medio de algunos agentes que aprovechan de la inconsciencia de muchos productores para hacer de ellos los portadores del veneno.

Así como las moscas, mosquitos, etc., son los agentes de los contagios, los charlatanes y chismosos son los transmisores de todas las porquerías que han de dañar a la organización obrera.

¿Qué hay en nuestro medio que favorece esa acción deletérea? Para mí, además de otros factores que no es necesario ni oportuno enumerar, lo que más perjudica es la credulidad ambiente, la falta de un serio contralor sobre los hombres y pseudo instituciones y la impunidad con que "operan" los traidores: los agentes del capitalismo y los que inconscientemente se prestan a esa tarea ruin y bajuna.

Y de este mal se adolece en todos los sectores, en todas las fracciones.

Muchos elementos no se sabe de dónde vienen, qué actuación han tenido, ni dónde van, pero "hablan bien", o escriben mejor, y se les abren las puertas de par en par. Cuando el mal está hecho todos lo lamentan y el canalla goza impunemente de la obra realizada.

Otros llegan a una localidad del interior, propalan los chismes que les parecen y se van muy fresquitos después de haber sembrado la duda en todos los que le escucharon.

¿Será que estamos propensos a creer en todo lo malo?

¿Seremos tan perversos que únicamente estamos satisfechos corroyendo reputaciones ajenas?

¿O somos unos ingenuos que en nombre de una libertad mal entendida toleramos que la acción disolvente del capitalismo derrame en nuestras propias filas sus babas?

De cualquier manera que sea, el hecho concreto y real es ese y nuestro movimiento obrero no se desarrollará en una forma eficaz hasta tanto no extirpe de raíz este mal que no sólo pone en peligro la unidad orgánica regional, sino que hace difícil la existencia de organizaciones poderosas en el orden corporativo y obstaculiza la unidad de acción que constituye el secreto de todas las victorias obreras.

Pero es de esperar que los militantes obreros han de dedicar atención a este problema, puesto que su solución implica la salud del movimiento obrero, y, por consiguiente, el avance de la clase obrera hacia su emancipación.

A esta altura creo oportuno señalar la digna actitud de los ferroviarios de La Plata, cuyo procedimiento, si fuera puesto en práctica por todos los sindicatos obreros, realizaría el milagro de terminar con todos los chismes e imponer más seriedad a los que se dejan llevar por bajas pasiones.

Este hecho se produjo hace dos años.

Domingo Marino, secretario del "Comité socialista de información gremial" dió una conferencia en el local de los ferroviarios, y lejos de encarar cualquier tema de interés para los obreros, no hizo más que denigrar a la ex F. O. R. A. y calumniar a los militantes sindicalistas. Los compañeros tomaron nota de todas sus afirmaciones y citaron a Marino y las partes afectadas para otro acto. Grande fué la sorpresa de Marino cuando vió el objeto del llamado y más grande fué la vergüenza que debió pasar al no poder probar las acusaciones que hiciera, que no pasaban de ser burdas mistificaciones, y a las 4 de la mañana—después de siete horas de haberse iniciado el acto—los obreros de La Plata, abandonaban el local convencidos de la falsía del secretario del famoso "Comité", mientras éste bajaba la cabeza por no poder soportar las miradas de desprecio y de asco con que los obreros lo premiaban.

Marino se cuidó muy bien de calumniar en lo sucesivo.

La lección fué provechosa.

Es indiscutible que ese procedimiento debe adoptarse por todas las organizaciones, colocando en el index de la conciencia obrera a los que rinden culto a la calumnia y la difamación.

La salud del movimiento obrero impone la intervención quirúrgica, y debemos introducir el bisturí lo suficientemente adentro para extirpar hasta sus raíces este mal que le afecta.

Fortunato MARINELLI.

La Burocracia Sindical

El surgimiento de la Unión Sindical Argentina, entidad que constituye el exponente más digno de los esfuerzos realizados por el proletariado regional para materializar la concentración de sus fuerzas, ha dado margen para que los elementos divisionistas, que no desperdician oportunidad que se les ofrezca para acrecentar la discordia entre los trabajadores, trajeran al tapete de la discusión el debatido asunto de "la burocracia sindical", a objeto de desprestigiar a la nueva institución central.

La propaganda efectuada con tales fines, se extiende desde la Capital a todos los rincones del país, y si bien es cierto que aquí no surte mayor efecto, por ser demasiado conocido de los trabajadores los holgazanes que viven ejerciendo tan inoble tarea, en el interior, en cambio, no escasean los ingenuos obreros que creen a pie juntillas las falsedades vulgarizadas por los elementos que han hecho del divisionismo una profesión.

El hecho que corrobora esta última afirmación nos lo ofrece el Sindicato de Estibadores de Arteaga, el cual, obedeciendo a indicaciones de un asociado que en una asamblea general se había permitido afirmar que la U. S. Argentina invertía mensualmente 16.000 pesos en sueldos, requirió del Comité Central una explicación a este respecto.

La manifestación del obrero que motivó la nota de referencia revela claramente que los enemigos de la unidad obrera—y por ende de la U. S. A.—no reparan en apelar a la mentira para la consecución de sus miserables propósitos, evidenciando de tal forma una absoluta ausencia de moralidad, una ignorancia supina y una irresponsabilidad propia tan sólo de elementos anormales.

No está de más, pues, emitir algunas opiniones acerca del zarandeado asunto de la "burocracia sindical", ya que este tópico constituye el caballo de batalla de los divisionistas, por ser el que mejor se presta para confundir a los trabajadores.

———

Teóricamente ningún obrero que posea una relativa capacidad puede sostener como una cuestión de principios que los empleos "rentados" en el seno de las organizaciones obreras deben mantenerse necesariamente. Por muy divergentes que sean las diversas tendencias que se manifiestan en la organización sindical, así en la parte doctrinaria como en lo que respecta a las tácticas que deben emplear los trabajadores en la lucha anticapitalista, ninguna admite como parte integrante de las mismas lo que se ha dado en llamar "burocracia sindical".

En consecuencia, doctrinariamente, en lo que concierne a esta cuestión, anarquistas, comunistas, sindicalistas, socialistas, etc., están completamente de acuerdo.

Pero el hecho de que algunas organizaciones importantes, y máxime tratándose de una central obrera, tengan empleados a su servicio, no está determinado por una cuestión de principios, sino simplemente por motivos de necesidad, y esto podría ser objeto de censura sólo en el caso de que se invirtieran en cargos rentados, mayor cantidad de dinero de lo que en realidad es necesario.

A este respecto, la norma establecida por las organizaciones obreras determina que la remuneración a los empleados que se encuentran a su servicio debe fijarse de acuerdo con el salario que éstos perciban en el ejercicio de sus respectivos oficios, y a nadie que no tenga alma de explotador se le ocurrirá pensar que los empleados sindicales, por esta condición, deben percibir menos salario que el que ganarían en el taller. No obstante, hay de esto precedentes muy elocuentes en el movimiento sindical.

Se objetará a todo esto con el eterno estribillo de que los trabajos de la organización deben quedar librados a la buena voluntad de los militantes, sin estipendiarlos; y esto se hace en aquellos organismos de escasa importancia.

En las organizaciones importantes que congregan en su seno un gran número de trabajadores, el método aconsejado por los "principistas" ha fracasado hace ya mucho tiempo, al punto que los mismos sindicatos, en los cuales el elemento a que nos referimos ejerce su funesta influencia, cuenta también con su "burocracia".

Y no puede ocurrir de otra manera.

La experiencia ha demostrado inconcusamente que la buena voluntad tiene sus límites y no bastan la integridad de convicciones, ni las normas doctrinarias establecidas sobre este particular para que la actividad de los militantes sobrepase dicha limitación.

A este respecto nada mejor para comprobar nuestro aserto que establecer una comparación entre algunos sindicatos en cuyas asambleas y respectivos periódicos se acusa frecuentemente a la U. S. A. de sostener una gran "burocracia", (y dicha institución central), lo cual demostrará también la inconsecuencia e insensatez que revelan los pseudos anarquistas divisionistas.

La Unión Sindical Argentina cuenta actualmente con algo más de 600 sindicatos adheridos en su seno, que agrupan alrededor de 100.000 trabajadores.

La cantidad de cotizantes ascendía en el mes de junio a 33.000; pero es menester tener en cuenta que las secciones ferroviarias de Tráfico y Talleres no han cotizado como asimismo un buen porcentaje de sindicatos, dada la situación caótica por que atraviesan unos y por distintos motivos otros.

Los empleados rentados de la U. S. A. son solamente tres, a saber: el Secretario General, el Contador y un dactilógrafo, que perciben, globalmente, 580 pesos en concepto de sueldos.

Veamos ahora cuál es la situación, en lo que concierne a este particular, de uno de los tantos sindicatos en los cuales despliegan sus funestas actividades los elementos que despotrican contra la U. S. A. por ser ésta—según dicen—un vivero de "burócratas".

Nos bastará para el caso citar solamente uno: el que más se destaca por su fobia contra la U. S. A. y el que más empeño pone en desprestigiarlo. Nos referimos al Sindicato de Carpinteros, Aserradores y Anexos.

Tenemos a nuestra vista, en el instante que trazamos estas líneas, *El Obrero Carpintero y Aserrador*, órgano del sindicato del mismo nombre, correspondiente al mes de abril, y en el cual se consigna el balance del mes de febrero del corriente año.

Según dicho balance, las estampillas cobradas por cotizaciones ascienden a 1.900; por nuestra parte vamos a suponer que el promedio de cotizantes con que cuenta esta organización sea de 2.000, y la cantidad de asociados 4.000, aunque significa abundar grandemente en su favor.

Pues bien: el Sindicato de Carpinteros, Aserradores y Anexos que, comparado con la U. S. A., representa lo que una gota de agua en un océano, sostiene dos "burócratas", a saber: un cobardor y un empleado, los que perciben 180 y 150 pesos, respectivamente.

Aparte de esto figuran en el balance que tomamos como punto de referencia 60 pesos abonados en concepto de jornales por trabajos de secretaría, 21.30 pesos por varias delegaciones, todo lo cual suman pesos 411.30.

Cualquiera que haya seguido atentamente el relato de estos hechos, que no se prestan a interpretaciones equívocas, ni se pueden desvirtuar con teorizaciones que no sirven sino para embrollar las cuestiones más sencillas no podrá a menos que exclamar asombrado: ¡Cómo! ¿La U. S. A., con 33.000 cotizantes tiene tan sólo tres empleados rentados con pesos 580 de gastos mensuales por tal concepto, y el Sindicato de Carpinteros, Aserradores y Anexos, cuyos más "destacados" militantes se dedican a denostar a la aludida entidad central por un imaginario burocratismo, invirte en sostener su "burocracia" pesos 411.30?

Y sin embargo es así, encontrándose con muy poca diferencia en las mismas condiciones que el sindicato de referencia en lo que respecta a "burocracia" los pocos organismos obreros que congregan en su seno un gran número de trabajadores.

Esto no puede sorprender a nadie, por cuanto, como lo hicimos constar al principio de este artículo, los cargos "rentados" en la organización están determinados no por una cuestión de principios sino por los imperativos de las necesidades.

Si la buena marcha de la organización exige que algunos compañeros tengan que abandonar el taller para dedicar sus actividades permanentemente al servicio de la organización, percibiendo la remuneración correspondiente por dichos servicios, o menos que la que correspondía a su salario de obreros del taller como ocurría en la ex F. O. R. A., bien hace la U. S. A., el Sindicato de Carpinteros y todos los organismos obreros para cuyo buen funcionamiento necesitan de empleados "rentados" en tenerlos para atender a sus distintos servicios.

Pero mal hacen quienes aduciendo cuestión de principios combaten a la U. S. A. por tener tres empleados "rentados" (que por cierto están recargados de trabajo), siendo que los sindicatos a que pertenecen sostienen una "burocracia" proporcionalmente mucho más numerosa.

Por otra parte, no es de adversarios honestos y leales apelar a la mentira para favorecer los propósitos divisionistas que persiguen los "burócratas" antiburócratas.

Ello da una idea de la indigencia intelectual y moral que los caracteriza, como asimismo de la desdichada causa que defienden.

Y conste que como cuadra a esta hoja nos hemos mantenido estrictamente en el terreno sindical, pues si nos permitiéramos la libertad de efectuar una incursión por el campo ideológico, ya demostraríamos cómo en nombre de un ideal... se mantiene una abundante burocracia, en la que no escasean los burócratas crónicos, algunos de los cuales jamás han sido obreros ni han reunido nunca condiciones para ello.

R. P.

Lucubraciones al vuelo

Cuando los anhelos toman contornos definidos y se vuelven deseos vehementemente sentidos, por lo general llevan a un aumento inusitado y asombroso de la voluntad tanto en los individuos como en las multitudes.

Discurriremos de los anhelos colectivos ya que de logrerías individuales está materializada la historia. Además, esos anhelos del logrerismo individualista, por los sufrimientos que originan, por los odios que perpetúan; en fin: por la sangre que cuestan no necesitan presentación alguna.

En cuanto a los anhelos colectivos cabría primeramente precisarlos. Tarea enorme para nuestro modesto propósito. Pero que los anhelos de las multitudes sean tan antiguos como las mismas injusticias sociales,no cabe duda. Y estas injusticias con el tiempo parecieron tan naturales, que muy raras veces la multitud de los oprimidos llegó a rebelarse contra ellas. Rebeldías por otra parte fácilmente reprimidas. El hecho de no haber los oprimidos en el pasado llegado a tener conciencia sobre la causa de sus sufrimientos morales y materiales apena dió para vagas aspiraciones.

Lo cual nos da la clave del éxito inmediato —y de bastante larga duración—obtenido por la naciente iglesia cristiana, relegando los anhelos de justicia colectiva en el absurdo y fantástico más allá.

De vez en cuando aparecen pensadores—aunque muy contados—audaces al punto de afrontar las iras de las castas privilegiadas, acusándolas sin eufemismos de la miseria y de la inferioridad jurídica proletaria. Mas nadie tuvo intuición siquiera aproximativa sobre la manera de obviar las injusticias sociales.

El siglo pasado proporcionó aquel genio que al desentrañar la causa de los males que agobian a los trabajadores incitó a éstos a unirse y disciplinar sus fuerzas a fin de conseguir con ellos su emancipación económica, sin la cual no podrían elevarse jurídicamente.

Así, pues, no por inteligencia propia los trabajadores llegamos a conocer la naturaleza del factor de nuestras miserias, de nuestra degradación moral y a descubrir en nosotros mismos la fuerza instrumental llamada a redimirnos cuando lo quiéramos.

Luego de tantear diferentes formas de vinculación proletaria se llegó al fin a dar con la más práctica: el Sindicato.

Medio siglo de vida y su prodigioso desarrollo son el mejor título para su propagación universal. Merced a la solidaridad efectiva del Sindicato el obrero sintió sacudirse todo su sér envilecido por la miseria y deformado por milenaria sumisión.

Unas cuantas escaramuzas coronadas prontamente de sucesos nos dieron un poco más de pan, un principio de consideración y, sobre todo, la reducción de las horas, consideradas cual inapreciable conquista para la economía vital de los organismos obreros. Sin embargo no paran aquí los anhelos de la clase obrera sindicalmente organizada. Su ideal, como se sabe, es la supresión lisa y llana del inicuo régimen capitalista. Mas, para llegar a esto habrá que pasar por encima del mundo reducido a escombros. Mundo formado de prejuicios complejos y complicados.

Desarraigar por completo todo lo que queda de prejuicios ancestrales en la mentalidad obrera; reavivarles constantemente el fuego de sus anhelos hoy claramente definidos; mantenerlos en una atmósfera de exaltación de sí mismos y de la misión llamada a desempeñar.

Con esto no haríamos más que imitar a la clase enemiga, cuya predominante situación se debe a la exaltación del fanatismo patriótico.

Para terminar. No basta con hacer vislumbrar a los obreros organizados su porvenir de redención: es necesario determinarlos al empuje heroico. El único capaz de acometer con probabilidades de éxito la Revolución Social. O sea: la destrucción de la infame organización capitalista.

RADEMAL.

Los "latosos"

Cualquiera que con espíritu desapasionado concurra a nuestras asambleas, reuniones de delegados obreros o congresos ídem, por poco que observe se dará cuenta de un mal que día a día está haciendo estragos en las filas de los trabajadores. Nos referimos a la manía oratoria que ya ha hecho presa a infinidad de compañeros.

Nunca hemos sido contrarios a la discusión y muchas veces, en nuestra ya larga vida de militantes, hemos propagado que las asambleas no fueran reuniones donde uno o dos camaradas discutían y los demás sólo hacían acto de presencia, cumpliendo, a lo sumo, con el consabido levantamiento de manos. Pero de esto a lo que actualmente sucede media un trecho tan grande que, por salir de un mal, hemos caído en otro quizás mil veces peor.

Sucede a menudo que por un asunto baladí en que todos estamos de acuerdo perdemos horas tras horas oyendo peroratas de camaradas muy bien intencionados, sin duda, pero que les parece que no concurren a una reunión si no hacen víctimas a los demás concurrentes con su afán de hablar. También es común el caso de que uno repita a otro sílaba por sílaba, no dándose cuenta que adhiriéndose a lo dicho por el orador anterior había bastado para enunciar su pensamiento, habiendo ganado con esto una ventaja, y que sería la de no haber roto los tímpanos a los demás camaradas.

Siempre hemos pensado y dicho que es necesario que cuando hablemos o escribamos nos dirijamos al cerebro y no al corazón, y desde luego, para lograr esto es necesario razonar, exponer argumentos, demostrar con conceptos y verdades y no hacer obra de sentimentalistas y plañideros, usando para ello frases más o menos bien dichas pero que no encierran otra cosa que los lugares comunes que ya estamos hartos de escuchar. No somos enemigos de una buena voz, pero para esto preferimos ir a un teatro a oir cantantes de profesión, los que ponen todo su arte para no desafinar.

He podido comprobar que muchos que tienen la manía de la oratoria creen después de haber dado una buena "lata" han hecho obra revolucionaria y están lo más orondo y satisfechos; pero si nosotros analizamos bien veremos que las más de las veces no son los que más hablan los que más hacen, sino todo lo contrario.

También nosotros algunas veces hemos sido *lateros*, de lo que hoy nos arrepentimos y avergonzamos, pues eso está bien en los politiceastros que van a la pesca de incautos y tontos de capirote que admiren sus dotes parlachinescas, pero no a nosotros, que todas nuestras acciones debemos hacerlas con la mayor sobriedad, circunspección y seriedad posibles.

P. P.

Ni partidos ni grupos

En los hombres suele reinar el instinto de la maldad y la petulancia en querer ser unos más que otro así como también un deseo enfermizo de destacarse de lo común.

Hay que decirlo con toda franqueza: En el Sindicato obrero no es posible, no se consigue de buenas a primeras exhibirse. Hay que luchar sin cansancio como obreros, ser honestos, saber sacrificarse y tener una alta moralidad. Con todo eso no es fácil obtener que figure la personalidad de ninguno. Es una labor anónima, de constancia y de fe la que debe realizarse en su seno, pues se trata de construir con él un mundo nuevo frente al mundo burgués.

El Sindicato exige de los obreros todo su tiempo, todo su entusiasmo y toda su vida para afrontar la lucha no solamente contra la clase enemiga sino también en sus propias filas, contra los elementos adversos a él.

Los capitalistas, con todos los recursos de que disponen hacen una activa porpaganda contra los obreros que se distinguen dentro del Sindicato, pues saben que el único que daña su bolsillo es el obrero que lucha en la organización de su clase, con sus armas propias y que no se deja desviar por ninguna ideología o influencia extraña al Sindicato.

Muy a menudo oímos en las filas burguesas, cuando sus intereses se ven perjudicados por

algún mal negocio, hacer estas exclamaciones: "¡Tienen razón los anarquistas y socialistas!" Lo mismo protestan cuando algún impuesto diminuye sus ganancias. Por lo general esos pequeños burgueses, pequeños comerciantes e improductivos en general se alistan en esos grupos extrasindicales porque saben que allí les será fácil figurar. ¡Como que no es necesario ser asalariados para formar parte de dichas agrupaciones! ¡Con ser ciudadanos, manifestarse de acuerdo con el programa del partido, ser un caradura y reunir las condiciones de un refinado calumniador les basta para entrar a formar parte de los grupos y partidos y salir victoriosos en sus propósitos!

En la práctica observamos que toda esa gente tiene un marcado interés en crear la discordia en el seno de la familia proletaria, única manera para poder ellos sostenerse.

No hay que olvidar que los pocos obreros que militan en los grupos o en los partidos son, en su casi totalidad, unos equivocados que no han podido emanciparse de la tutela de los amos intelectuales.

Los obreros que militan esos semilleros de discordia y de chismes no han llegado aún a compenetrarse de lo qué es el Sindicato.

Trabajadores: El Sindicato obrero es el llamado a cumplir en la vida con la misión de construir un mundo nuevo. La acción del Sindicato es amplísima; ella tiende a preparar a los obreros para instaurar la sociedad de los productores libres e iguales.

El Sindicato orienta, capacita, solidariza y hace más fuertes a los obreros. A medida que construye va mejorando sus condiciones de vida, hace del obrero una personalidad descollante y le infunde confianza en sí mismo. En una palabra: El Sindicato desarrolla la capacidad necesaria entre los productores para que sepan dirigir y administrar la sociedad de mañana sin la tutela de los "sabios" y "filósofos" que se consideran predestinados para tales emprendimientos.

Es por eso que se le combate al Sindicato obrero; pues no escapa a nadie que a medida que se impone y afirma su personalidad él resta toda importancia a los partidos y grupos y pone en evidencia sus aptitudes para orientar a la clase obrera.

Es por esas razones que toda esa gente no obrera y los obreros que les siguen y no tienen fé en sí mismos que combaten al Sindicato. ¡Como que para ellos es una cuestión de vida o muerte el no poder continuar teniendo un concepto desgraciado de los obreros! ¡Ellos que los creen unos inútiles e incapaces de emanciparse!

No tienen en cuenta que en la vida, en los hogares, cada uno se las arregla como puede y que lo que les sobra son consejos.

No nos hagan reír con su pretensión de orientadores. La organización se basta por sí sola para llenar su cometido. ¡En ella tienen mucho que aprender y a ella nada pueden enseñar los que se pretenden llamados a orientar su acción desde afuera!

Los obreros deben tener fe en el Sindicato, pues es el órgano de clase que la práctica aconseja para que confiemos en él, en sus fuerzas y en sus armas genuinas y específicamente obreras.

La lucha es una cuestión de fuerza. Cuanto mejor organizado se está tanto más respeto se impone a la clase enemiga. Cuando una delegación del Sindicato, por ejemplo, se presenta ante un patrón para hacer una reclamación determinada o para imponer condiciones nuevas de trabajo dentro de la fábrica, éste la recibe y discute con ella de acuerdo con la fuerza de que es capaz de presentar el Sindicato que la designa. Lo mismo podemos decir cuando se trata de la institución nacional de los obreros. Si ésta es fuerte, impone respeto y consideración en cualquier parte que se presente y se ve atendida en todos sus actos.

Por lo general, los políticos de partido "estrilan" porque no se les utiliza para hacer el ridículo papel de mentores. ¡No saben que los obreros no necesitan de nadie para hacer delegaciones y para resolver sus propios asuntos; que consideran vergonzoso hacer depender sus actos de las gestiones que pretenden realizar en su nombre la gente extraña a su clase y a su propia organización!

Es por eso—repetimos—que el Sindicato capacita a los obreros y los hace más diestros para encarar sus problemas.

Los grupos nada tienen que hacer ante la organización sindical. Ellos ya han cumplido con su misión. El Sindicato obrero ha dado por tierra con esos organismos que, para lo único que han servido, ha sido para distanciar a los obreros y hacer de que se odien entre sí.

El Sindicato debe avocarse al estudio, y muy seriamente, de los grupos de oficios que se forman por todas partes a su margen, atentando de este modo contra su integridad moral y contra su armonía.

Hay un marcado interés, sea de los políticos de profesión o de los ideólogos anarquistas, para que éstos sean creados. Ambos se dan la mano en su obra sectaria y de conspiración contra los intereses obreros, con lo cual favorecen a la clase enemiga.

La obra que pretenden realizar con esos grupos de oficio es ya muy conocida. Es la de calumniar y hacer de los obreros mentalidades serviles a fin de que el Sindicato no sea una fuerza autónoma y sirva, en cambio, a los intereses y aspiraciones que no son propiamente suyos.

Obreros: Tengamos en cuenta las enseñanzas de la vida para hacer de una buena vez lo que hace mucho no hemos hecho. Mirémosnos con cariño; extendámosnos la mano con todo corazón; no tratemos de dividirnos; formemos un solo bloque; no hagamos caso de los que están interesados por todos los medios que nos odiemos; entendámosnos; alistémosnos todos en el Sindicato y luchemos todos en él con ardiente y fraternal entusiasmo. Sólo de esta forma haremos que llegue la hora en que la clase enemiga tenga que preparar su maleta.

En el Sindicato hay campo para todos los obreros bien intencionados y dispuestos a luchar por la emancipación de su clase.

Los que no tienen fe en su propia obra son unos vencidos y permanecerán libres de actuar en los partidos o en los grupos; pero los obreros honestos, los que tienen dignidad y que de verdad quieren emanciparse no deben formar grupos de oficio.

Con eso no harán más que traicionar sus propios intereses y conspirar contra el Sindicato, que debe ser para ellos una cosa sagrada.

Los obreros deben, pues, estudiar muy seriamente este problema para evitar que el mal avance y que resulten únicos perjudicados los mismos trabajadores.

¡Todos a la obra, a defender el Sindicato amenazado por los divisionistas!

Si tal cosa no hacemos las consecuencias que hemos de sufrir todos serán muy graves y dolorosas.

Juan CUOMO.

El concepto de solidaridad

La acción sindical de la clase obrera, para que adquiera toda su virtualidad como exponente de su identidad de propósitos y anhelos, debe ser determinada por la apreciación clara e inequívoca del concepto de la solidaridad de clases.

En todos los órdenes de la actividad sindical, la acción solidaria de los trabajadores prevalece como único e insubstituíble medio de ataque y defensa en la lucha en pro de la restitución de sus derechos.

Todos los actos colectivos de los trabajadores están basados fundamentalmente en el principio de la solidaridad como factor imprescindible del éxito.

Realizar una acción de solidaridad significa para los trabajadores cumplir con un ineludible deber, impuesto en razón de la reciprocidad de intereses derivada de su condición igualitaria como productores asalariados.

En base de tal concepto, el principio de la solidaridad de clase es un axioma incontrovertible; materializarlo prácticamente, cooperando en toda acción emprendida por la consecución de un propósito concordante con la finalidad sustentada por la organización obrera, es propender al triunfo de los ideales emancipadores.

En las luchas entabladas con el capitalismo, ya sea para emprender una acción de conquista de orden parcial o general, como para contrarrestar un abuso o arbitrariedad cometida por el patronato, con el repudiable fin de avasallar a los trabajadores, la exacta interpretación del concepto, en lo referente al cumplimiento del deber de solidaridad, debe ser evidenciada en todos los actos del proletariado durante las alternativas de la lucha.

De la precisa apreciación del principio de la solidaridad de clase depende el enaltecimiento de la acción que de ella se deriva, en el sentido de corresponder a los fines a que está destinada, manteniendo invulnerables los principios fundamentales de la organización obrera.

La acción solidaria de los trabajadores, si bien no puede ajustarse a normas fijas, en virtud de las múltiples fases que ofrece la lucha anticapitalista debe concordar necesariamente con lo establecido por el principio invariable de la responsabilidad de quienes necesitan practicarla como único medio de combate.

Al avalorar en todo su alcance la responsabilidad contraída al practicar una acción de solidaridad se colocan los trabajadores en condiciones de dar mayor firmeza a sus determinaciones, demostrando con ello una mayor comprensión de sus deberes y derechos, lo que contribuye al acrecentamiento del espíritu combativo indispensable para luchar con entusiasmo por la justa causa que defienden.

El noble postulado de la solidaridad debe ser enaltecido, consagrándolo prácticamente en toda acción conducente a imponer el reconocimiento del derecho obrero y el respeto a que son acreedores los productores en su condición de tales.

Apreciado en tal manera el concepto, en lo referente a la solidaridad, corresponde a los trabajadores procurar que él no sea subvertido en virtud de erróneas o antojadizas interpretaciones.

La acción solidaria de los trabajadores está destinada a fines más elevados que el de subordinarse a intereses de orden subalternos ni a conveniencias particulares.

Se interpreta erróneamente el principio de la solidaridad cuando se utiliza la acción solidaria de unos trabajadores para suplir la ineptitud o carencia de propósitos de lucha de los otros.

Procedimientos de esta índole sólo conducen a fomentar el espíritu utilitario de los que se substraen al cumplimiento de su deber, de cooperar con su esfuerzo en la obra común, esperándolo todo de la acción de los demás.

Se evidencia aun más la inconsecuencia con las buenas prácticas sindicales cuando se toman resoluciones que implican imponer condiciones a los capitalistas, confiando exclusivamente en una fuerza que no es la propia.

Debemos, pues, los trabajadores, obrar en concordancia con el alto principio de la solidaridad, que implica igualdad de deberes y de derechos, practicando la acción solidaria con toda amplitud, cuando la defensa del derecho obrero así lo requiera, orientando nuestros actos sin ofuscarnos con falsos espejismos, avalorando nuestra propia responsabliidad en todo acto solidario y reconfortando nuestras convicciones con la exacta interpretación de nuestra misión al cumplir con un deber de solidaridad.

ASTERICO.

Cómo somos y cómo nos creen

La clase dominante, ante el incremento que los valores anticapitalistas toman entre los trabajadores, recurre frecuentemente a la propaganda calumniosa a fin de desprestigiarles y poder prolongar su dominación.

Todos los órganos que directa o indirectamente responden al privilegio, se encargan de distintas maneras de llenar esta función, que en mayor o menor grado ejercen una influencia nociva entre aquellos obreros impresionables.

Demás está decir que no pretendemos tal cosa, y nos resistimos a soportar pasivamente las formas de convivencia social que rigen actualmente la vida de los seres humanos, es porque las reputamos antisociales

No criticamos ni combatimos el régimen capitalista simplemente por placer.

Los hechos evidencian claramente que el actual orden de cosas no responde a las necesidades y aspiraciones colectivas, ni consulta los intereses generales; y si bien es cierto que una minoría insignificante, en relación con el conjunto, disfruta de un relativo bienestar, no es menos cierto que una inmensa mayoría se encuentra en condiciones morales y materiales sumamente deprimentes, a pesar de ser ella la que produce todo lo necesario para llenar los fines de la vida.

Y es esa desigualdad irritante que genera innumerables males, la que nos impulsa a combatir incansablemente el actual régimen, sabiendo que es imposible que el relativo bienestar de que actualmente gozan unos pocos puede ser disfrutado por todos.

Por otra parte, conceptuamos que esa minoría no juega un papel activo necesario en el campo de la producción, y aprovecha la mejor y mayor parte de lo que producen los trabajadores, sólo porque detenta injustamente los medios necesarios para producir.

De esta manera ella regula y determina las condiciones en que debe efectuarse la producción de acuerdo con sus intereses, y anteponiendo siempre éstos a las necesidades colectivas

El productor, que crea toda la riqueza social, se encuentra sometido a la férula de la minoría parasitaria, que retribuye su trabajo con un escaso salario que apenas le basta para satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida.

En tales condiciones, los trabajadores se ven precisados a someterse a la voluntad del amo sin perspectivas de que su situación económica varíe y les permita recobrar su independencia.

La crisis de trabajo que condena a millones de seres útiles a toda clase de privaciones; las guerras con todos los males que de ellas derivan; la degeneración predominante entre los seres humanos y las enfermedades producidas mayormente por anemia y las malas condiciones en que se efectúa la producción; el agotamiento y la decadencia de la raza se deben exclusivamente a la viciosa conformación económica actual.

Todas estas taras y lacras inherentes al régimen, nos dan la sensación de que el orden capitalista ha conducido al género humano a un completo caos y por ende es necesario suplantarle por otras normas de convivencia social cimentadas sobre principios de equidad y de jusicia.

Lejos de constituir nuestros propósitos un anhelo arbitrario de suplantar el orden por el caos, pretendemos transformar el desorden que actualmente se manifiesta en toda su intensidad, en un estado social organizado sobre un plano consensual.

Para la consecución de este magno propósito, preconizamos y trabajamos por la Revolución social, y esto no puede asombrar al capitalismo, que sólo pudo independizarse del feudalismo mediante un movimiento revolucionario.

Si fuera posible conseguir esto sin necesidad de verter sangre, tanto mejor; pero la historia nos demuestra elocuentemente que las revoluciones efectuadas para introducir innovaciones o meras reformas en la estructura de las sociedades se han producido porque las clases dominantes se resistieron a abandonar sus posiciones por los medios pacíficos.

No otra cosa sucederá con la clase capitalista.

Si los patrones oponen una resistencia desesperada para conceder unas mejoras a los trabajadores, apelando a los procedimientos y recursos más indignos para reducirlos a una extrema miseria, mayor oposición y empeño pondrán para no dejarse arrebatar los privilegios que desde tantos años disfrutan en su exclusivo provecho.

No se trata tampoco de efectuar una revolución tendiente a convertir a los poseedores en desposeídos o viceversa.

A pesar de todos los males que ha originado y origina el régimen capitalista, los trabajadores pretenden noblemente, mediante sus instituciones de clase, abolir las clases a fin de que no se repitan en la sociedad del futuro, las injusticias que desde hace XX siglos se vienen cometiendo con la mayor y mejor parte del género humano.

Si el proletariado, en la lucha que sostiene contra la clase dominante se propusiera arrebatarle al capitalismo sus privilegios para convertirse en privilegiado, se asemejaría a esos ambiciosos que provocan movimientos subversivos para encaramarse en las alturas del poder, sin otro propósito que el de beneficiarse a si mismo.

La significación social del movimiento innovador que propulsan los trabajadores, sólo pueden comprenderlo los que experimentan en carne propia todas las injusticias del presente.

¡Qué nadie viva a expensa de nadie! ¡Qué cada cual contribuya en la medida de su fuerza y capacidad a producir lo necesario para vivir!

¡Todos libres dentro de la igualdad económica! Este es el lema de combate del proletariado sindicalmente organizado.

J. A. P.

RECOMENDAMOS
a los Delegados no permitan trabajar a ningún compañero sin tarjeta.

LA POLÍTICA
O EL CUENTO DEL TIO

Por JUAN PALLAS

—¿De modo que te vas a dedicar a la política? ¡Qué ocasión se ha perdido con su muerte, tu padre, de calentarte las orejas, como él sabía hacerlo! Me parece verlo cuando los domingos de elecciones, preparaba el aparejo y los anzuelos para irlos a echar en el muelle de las Catalinas, llevándote consigo para picarle la ceba. "Es el mejor día de pesca—decía—; el muelle está libre de pelandrunes. Se van a votar".

—Pero éstos son otros tiempos, tío Nicanor; se acabaron aquellas elecciones a base de caña y taba. Hoy reina la democracia, el pueblo tiene educación política, hay mucha cultura.

—Hay mucho miedo, dirás. Antes los partidos se disputaban el triunfo a tiros y puñaladas, como debe ser entre los hombres, y hoy lo disputan con chismes y desvergüenzas como mujeres de mala vida. Fuera de este progreso nada ha cambiado.

—¡Qué v'a comparar, tío Nicanor, aquellos días en que usted y el finado viejo entraban a la imprenta apenas amanecía y sin tiempo para almorzar salían a la noche; trabajando con lámparas a querosén clavadas en las cajas de tipos!

—¿Y qué tiene que ver esto con la política? La muchachada de mi oficio en ese tiempo concurría a los atrios y más de uno pagó con su cuero su adhesión a Alem o al gringo Pellegrini. Dejando esas macanas y asociándose contra los patrones fué cómo consiguió mejorar su suerte. Metiéndoles una huelga hoy y otra mañana... Y si no fuese porque esa maldita politiquería a muchos todavía los marea, pondríamos nosotros la ley sin necesidad del Congreso, como decía tu padre.

—Eso estaría bien tratándose de un congreso de burgueses, que son unos corrompidos; pero la buena política tiende a llevar allí hombres sanos que comprenden las necesidades del pueblo laborioso, obreros si es posible, para que dicten buenas leyes y con su crítica despiadada a la burguesía purifiquen ese ambiente.

—No macaneés, Canuto. Eso es lo mismo que si los trabajadores, reconociendo como es justo, que los prostíbulos son lugares de corrupción, lleváramos a ellos a nuestras mujeres y a nuestras hijas para purificarlos.

—¡No diga barbaridades, tío Nicanor!

—A vos te parecerá una barbaridad, pero no lo es. Mirá, te voy a relatar una historieta... Una vez había...

—Un rey...

—No; los reyes ya habían sido destronados porque no servían sino de estorbo. Había un hombre muy rico que se llamaba Ogronio y era dueño de tierras, fábricas y minas, sus barcos llenaban los puertos y cruzaban los mares llevando cargamentos de su propiedad de una parte a otra del mundo.

Los hombres que trabajaban para él eran innumerables y para tenerlos en orden y disciplina y velar por que nadie le substrajera una partícula de lo suyo, había establecido una policía como un ejército. De entre aquéllos apartó una cantidad de los más inteligentes para la administración y dirección de sus negocios unos, y otros para jefes de su ejército, para establecer leyes y reglamentos, para aplicarlas y castigar a los contraventores, en fin, para todos los hilos y resortes directivos de los negocios de Ogronio, que tenía más poderío que cualquier rey de los destronados y de los que aún parecen no estarlo. Todo dentro de ajustadas jerarquías, pagando a cada uno con generosidad, aunque no de acuerdo con su trabajo, sino con la extensión del mando que le asignaba.

Para que esta gente fuese cada vez más provechosa, estableció colegios y universidades donde se instruyeran sus hijos que habían de remplazarlos.

En cuanto a la muchedumbre que labraba sus tierras, cuidaba de sus ganados, horadaba sus minas, llenaba sus fábricas, conducía sus productos, movía sus barcos; que amasaba con sus manos laboriosas la colosal riqueza de Ogronio, formaba un mundo aparte. Allí no había alegría ni reposo; para éstos el sol de cada madrugada era el verdugo que volvía a apretarles las correas. Dura la vida y duro el pan que comían, del que recibían sólo la cantidad necesaria para que no se cayeran en el trabajo. Y no había modo de huir de esta situación, porque donde quiera que fuesen se encontraban en las propiedades de Ogronio y sujetos a su dura reglamentación, a no ser que se internasen en las breñas donde los exterminaban el hambre y las alimañanas.

—¡Qué tío Nicanor! Ya hizo la división de las clases. Y diga, ¿esa gente, desesperada, no se levantaba?

—Es claro que sí. Ya en una parte, ya en otra, se producían algunos bochinches que a veces revestían gravedad, por lo que Ogronio, viendo que los rigores no bastaban, recurrió a los medios persuasivos aunque colegía que a la larga le iban a resultar funestos.

—Trajo curas.

—No, los curas ya estaban; pero no era suficiente porque sus macanas eran muy manyadas. Estableció colegios para enseñarles a leer y ordenó a los intelectuales de sus universidades que escribieran para ellos, haciéndoles ver a los pobres cinchadores que no era conveniente indisponerse con Ogronio, quien siendo dueño de todo les permitía sin embargo trabajar y ganarse la vida, porque si no, ¿dónde diablos irían? Estos intelectuales eran una especie de curas de un orden superior.

—No será ésta una indirecta para profesores y políticos.

—No, es directamente que me refiero a ellos.

—Pero habría muchos en desacuerdo con el régimen de ese Ogronio.

—Ya verás de qué manera. Con el tiempo toda esa gente de la clase que formaba el estado mayor había aumentado en mucho más de lo que Ogronio necesitaba y el descontento y la intriga comenzó a cundir entre los que no tenían prebendas. Decían que Ogronio se arruinaría porque estaba mal servido por una cantidad de ineptos. Estas quejas fueron tomando cuerpo y sus rumores llegaban a los que sudaban el quilo en el trabajo bruto, haciéndoles conocer que entre los que mandaban había también muchos animales por las cosas que se decían.

Ogronio, que era un tipo práctico, viendo esta inconveniencia optó por cortar la discusión creando una gran junta donde cupieran todos los revoltosos, a la que denominó congreso, para que allí elaboraran las leyes que todos esos inteligentes serviciales juzgaran necesarias para la mejor marcha de sus negocios. Además, para no pasar por injusto, dispuso que la designación de esos individuos fuese hecha por ellos mismos; es decir, por toda la camada que vivía de los provechos que él sacaba del trabajo de los otros pobres diablos.

Así se arregló por algún tiempo; pero siendo el hombre un animal prolífico, pronto volvió a haber más gente de la necesaria para mandar y nuevas dificultades se le suscitaron a Ogronio, aunque sus dominios se habían extendido mucho por el mundo.

—Y diga, tío Nicanor: ¿Ogronio no era mortal?

—Sí; pero como estaba hecho de oro, que no se oxida, tenía la vida larga.

Los nuevos inconvenientes se hacían cada vez más difíciles de salvar, porque como lo había previsto, los que vivían para trabajar, habiendo aprendido a leer por cuenta ajena, aprendían ahora a discernir por cuena propia. Se hacían cargo de que toda la riqueza que extraían y elaboraban era la obra exclusiva y directa de sus manos en la que se agotaban sin descanso hasta morir, en tanto que Ogronio y los suyos no hacían otra cosa que organizar el reparto de esta riqueza entre ellos y consumirla en medio de las comodidades que hacen feliz la existencia. Este contraste, tan resaltante ahora que lo miraban con ojos más inteligentes, les certificaba de la existencia de una injusticia exasperante, la que aparecía aumentada al observar que ella no era accidental o fortuita, debida a los inexcrutables designios del Todopoderoso, como enseñaban los maestros de Ogronio. Estaba establecido con toda premeditación y cálculo por éste y sus familiares, quienes los juzgaban tan serviles, que con ellos mismos formaban los cuerpos de sayones para castigar, con rigor por sus propias manos, cualesquiera veleidades de libertad que quisiera romper esta abyección.

Despierta ya la inteligencia de estos esclavos del trabajo, no cesaron de ensayar toda clase de expedientes para escapar de aquel estado, hasta que hallaron al fin el modo práctico de combatir con eficacia. Dieron con un procedimiento muy original, que hizo temblar de miedo al inexorable Ogronio y a sus innumerables satélites al conocerlo. Aquella arma temible de guerra que habían hallado en sí mismos los hacía invencibles si la usaban con acierto.

La experiencia y la observación les había dado el conocimiento de que su trabajo era la fuerza motora de todo el enorme mecanismo que arrojaba a raudales el maná, para el festín interminable de la corte de Ogronio. Si ellos detenían su impulso con sólo no mover las manos esta corriente cesaba. La superficie rugosa de la tierra recuperaba su estado anterior. Toda la vida inteligente se anonadaba con sus obras. El instinto y la bestialidad recuperaban nuevamente su dominio a través del terror y de la necesidad. Con ojos atónitos, pues, vieron que tenían en sus manos la llave de aquel mundo; que de ellos dependía su existencia o su desaparición.

Vos, Canuto, nunca estuviste condenado a muerte; ni yo tampoco. Pero podemos imaginarnos algo de lo que pasará en el alma del reo que, ya en el banquillo y con los ojos vendados, sólo oye los latidos de su corazón contando los segundos que le separan de una muerte injusta; y que en vez de la vida le arrancan la venda y le dicen: está libre, puede irse donde quiera. No sabe dónde irá, pero el amor a la vida y la esperanza lo inundan y fortalecen.

Igual cosa pasó por el espíritu de aquella gente atribulada. Los rayos de la luz de su conciencia naciente, más cálidos que los del sol, le alumbraron un inesperado y seguro camino por el que su esperanza se preciptó. Durante mucho tiempo habían trabajado para otros sin saberlo; ahora lo sabían y debían sin embargo continuar, pero sólo por el espacio necesario para preparar el gran día del Paro general del trabajo, en el que por todo el imperio de Ogronio se oiría el fragor de sus voces diciendo: ¡el sol sale para todos o no sale para ninguno!

—Me parece, tío Nicanor, que el enterarse de esto ese Ogronio y su pandilla se revolverían como las hormigas cuando uno da una patada a su hormiguero. ¿No ha visto usted cómo se revuelven azorados esos bichitos? Se atropellan saltando unos sobre otros, van y vienen en confuso tropel y ciegos de furor se atacan feroces unos a otros.

—Así mismo pasó, muchacho. Pero también como las hormigas, que muy luego se apaciguan y orientan para hacer frente a la catástrofe, la que así llamaste pandilla formó alrededor de Ogronio aguzando el ingenio para capear aquel peligro. Pero éste, del modo como pintaba amenazaba ser irremediable, y resolvieron hacer lo que dicen que hace el viajero acosado por los lobos: irlos entreteniendo, para lo cual les va arrojando uno a uno los trastos que lleva y que para los hambrientos animales no valen nada; pero se detienen a olfatearlos cada vez que caen, con lo que el perseguido va ganando el poblado al mismo tiempo que dispara sus armas contra los perseguidores.

Era premioso para Ogronio detener y estorbar las nuevas actividades de los trabajadores que conducían a reventarlo rápidamente. En todos los sitios por ellos habitados, que eran los de trabajo, acompañaba al fragor de las tareas el rumor alado de la obra espiritual de aquellos hombres que se sentían renacer. En breve tiempo habían modificado sus costumbres, ajustándolas a determinaciones propias tomadas por ellos como dueños de sus acciones en contra de las antiguas prácticas dictadas por los otros. Organizándose en tantas asociaciones como formas de trabajo había y ligándolas luego estrechamente sobre un pie de igualdad y bajo una dirección común, avanzaban rápidamente hacia el destino propuesto. No admitían ya órdenes directas de Ogronio, sino que debían venir por conducto de delegados designados al efecto para ser discutidas previamente por todos; después se cumplían si convenía o se rechazaban si estaban en contra de su interés.

—¿Y por qué no lo mandaban al diablo, dándole una pateadura?

—No les faltaba este deseo a una gran parte, pero lo contenían en vista de que el trabajo preliminar para el golpe decisivo que preparaban daban muestras de no estar aún terminado.

Muchas escaramuzas se realizaban en todas partes, aun las más distantes, que si los halagaba por la amplitud que tomaba el espíritu de rebelión, les indicaba también por sus resultados que la duda se albergaba todavía en el corazón de aquellos hombres sometidos a larga esclavitud. La formación del carácter guerrero que requería aquel anhelo final, sólo podía forjarse en la práctica de la guerra y en la tenacidad por la victoria. La voluntad y el entusiasmo deber ser guiados por la conciencia, sino no valen nada.

Después del primer desconcierto, en el que unos y otros se culparon del desastre, Ogronio y los suyos encontraron la calma y entraron a reflexionar.

—"No hay cosa como el peligro—pa refrescar un mamao."

—En efecto. Y como eran astutos e instruídos en el engaño, pronto encontraron, sino remedio, lenitivo a su males: Aflojarles la soga retórica. Arrojar trebejos a los lobos para entrenerlos en tanto discurrían cosas más eficaces. Con gran aspamento se reunieron diciendo que los preocupaba mucho la suerte de los trabajadores; que les daba gran pena verlos hambrientos y zaparrastrosos, por lo que estaban dispuestos a darles sus ropas viejas y los sobrantes de sus comidas; que establecerían hospitales para los enfermos graves y asilos para los viejos que no se resolvieran a matarse; que para cortar los disgustos conyugales que amargan la vida les darían una ley de divorcio por poca plata, así como otra prohibiendo aumentar las horas que actualmente trabajaban en tanto no fuese necesario.

Además, y para exteriorizar el espíritu de justicia que los animaba, prometiéronles dejarles gozar, en cuanto demosrasen un poco de "capacidad política" organizándose al efecto, del mismo derecho que ellos tenían de elegir hombres inteligentes que los representasen en las juntas. Y que si hubiere dificultad en hallar entre ellos gentes dignas de esta ocupación, existían en la clase superior muchos tan afligidos por las miserias de los trabajadores, que no vacilarían en hacer el sacrificio de su vida cumpliendo con ese deber caritativo.

Esta brillante oporunidad no la echaron en saco roto todos los sobrantes en el gobierno de Ogronio y que lloraban su descontento en la familia. Surgidos en continuadas tandas de las escuelas universitarias que los preparaban para las tareas elegantes de la corte, se encontraban luego con que todas las tetas de esta ubre pródiga tenían sus mamones; y entonces venía el rempujarse y el gruñir y el morderse en el afán de buscar cada cual un acomodo.

—¿Y por qué no establecían turnos para la mamadera?

—¡Mirá! ¡Buenos eran los que engullían para darles el sitio a otros! Pero ahora la astucia de Ogronio abría una nueva vía a éstos sus hijos en desgracia.

Así fué que de la noche a la mañana, como hongos en un prado, aparecieron entre los trabajadores, estas gentes de Ogronio, quienes simulando reconocer la justicia que les asistía, decían estar de su parte, encareciendo la necesidad de tomar medidas radicales y razonables. Que la organización de los trabajadores era cosa muy conveniente, pero del modo que ellos la efectuaban adolecía de muchas fallas, en cuya corrección ellos los ayudarían de buen grado. Además decían—haciéndose los chanchos rengos—que si bien los hombres de Ogronio eran muy útiles y necesarios para la conducción de los negocios, los trabajadores también lo eran y que no era justo que aquéllos les vedasen su intervención en los asuntos directivos, en los que todos por igual estaban necesariamente interesados. Por esto ellos, que miraban por su felicidad, les aconsejaban desechar la quimera que alimentaban de apoderarse de los bienes de Ogronio para administrarlos por cuenta común. Que esto último podía conseguirse fácilmente sin recurrir a criminales violencias y sin grandes fatigas, siendo para ello sólo necesario que los trabajadores solicitaran a la corte de Ogronio el derecho prometido de intervenir en ella. De este modo llevarían allí su espíritu y sus deseos, interviniendo eficazmente en las deliberaciones de las juntas establecidas por Ogronio para asesorarlo en la dirección de los negocios, trabajando allí con el pensamiento en la producción de reglamentos beneficiosos para ellos. Que era muy conveniente llevar allá sangre nueva y sana para purificar aquel organismo directivo, que día a día venía corrompiéndose y degenerando. De esta manera lograrían en poco tiempo tener la dirección en sus manos, de una manera suve y segura, instaurando el bienestar de todos.

—Muy bien, tío Nicanor; esto es hablar en plata.

—Callate, charabón; te engolosinás con palabras. Así le sucedió a gran parte de aquellos pobres, tan lerdos para ejecutar planes propios como listos para secundar los ajenos sin ver lo que les perjudica. A partir de estas prédicas ogronianas, lo que había comenzado por ser claridad se hizo turbio en la mente de aquellos hombres. Dudando de sí mismos los lazos de unión se rompieron, y en tanto unos continuaban tenaces aunque amargados el camino inicial, los demás se desviaron por diversos rumbos guiados en el extravío por los emisarios de Ogronio que atizaban, felices de su éxito, la irritación de unos contra otros.

Cuando Ogronio, luego de una calculada resistencia para camelarlos mejor, los autorizó a designar sus representantes en las juntas, que denominaba parlamentos, celebraron el acontecimiento con discursos los trabajadores y con abundante comilona los cortesanos. Se había instaurado la política; el golpe estaba dado.

Los obreros se pasarían ahora las horas del sueño discutiendo sobre quiénes los representarían; si uno era mejor o peor el otro; si éste era de más aguante que aquél para la lata, sin echar de ver que sólo contribuían a aumentar

el número de los que se repartían el producto d: su trabajo.

En cuanto a Ogronio, se sentía dichoso, viajero por el mundo de su explotación, había detenido las acciones peligrosas de sus esclavos con menjurjes políticos permitiéndole continuar su carrera victoriosa. Después de todo, siendo él el propietario, poco le importaba la procedencia de sus colaboradores.

—Bueno, tío, lo dejo con la palabra. ¡Vea donde vino a meterse! Sin embargo, no hay vuelta: la política es más rendidora q'el *laburo*. Pero ya volveremos a hablar de esto.

—Esperate, el agua está caliente y podemos chupar unos mates.

—No; porque usted los toma amargos y a mí me gustan las cosas dulces.

"Quien miente es capaz de robar"

Reproducimos a continuación la carta del prestigioso militante obrero camarada Francisco J. García, secretario de la Federación Obrera Marítima, publicada en el número 87 de «La Unión del Marino», por la cual se emplaza al «líder» del partido socialista, doctor Juan B. Justo, a que concrete la acusación formulada en una reunión de delegados del «Comité socialista de información gremial», de la cual, por otra parte, nos ocupamos en el presente número.

He aquí la carta:

«*Al doctor Juan B. Justo, líder del partido socialista y delegado del Comité Ejecutivo del mismo ante la asamblea de afiliados convocada por el Comité de información gremial:*

« He leído la versión que sobre su informe dió un militante obrero » en el órgano oficial de la Unión Sindical Argentina, y, posteriormen- » te, la versión oficial que sobre el mismo informe diera «La Van- » guardia», en su edición correspondiente al 26 de junio próximo pa- » sado.

» Las afirmaciones que usted hiciera en ese acto son tan temera- » rias y antojadizas, que únicamente podrían estar en los labios de » irresponsables e inconscientes, cuya moralidad excusaría tomarlos » en cuenta. Pero tratándose del líder de un partido que se considera » de clase, quien le confiriera su representación en los actos más tras- » cendentales de su existencia, y siendo usted—según mentas—su ce- » rebro más robusto, su militante más sereno y su representante más » genuino, creo de mi deber emplazarle para que demuestre que los » sindicalistas que «*han manejado a la F. O. R. A. hasta enterrarla*», » habían «*hecho de ella una dependencia del jefe de policía*».

» Las pruebas que demuestren esa afirmación son indispensables » para que no se confunda a usted, doctor Justo, con los vulgares char- » latanes que no tienen inconveniente ninguno en mentir para justi- » ficar las propias desviaciones e inconsecuencias.

FRANCISCO J. GARCÍA. »

Acción deletérea de las crisis de trabajo

Su influencia sobre la moral obrera

El viejo concepto anárquico de que la miseria y el hambre provocarán la revolución, vuelve en estos tiempos de confusión a manifestarse como una teoría que pretende tener todos los visos de real y efectiva.

Ocurre que hombres realistas, que no viven de teorías, que, por el contrario hablan de la conquista del pan como el supremo bien de los trabajadores, sostienen que las crisis de trabajo significan de hecho la más elocuente demostración "que el sistema capitalista está en los últimos estertores de su agonía".

El hambre y la miseria es madre de la indolencia y desarma al individuo para tomar parte en cualquiera acción de fuerza. No se podrá tomar como regla hechos individuales que en nada pesan en la historia de humanidad, sino debemos tomar por base los hechos y acciones colectivos, que son los que pueden determinar tal o cual situación de fuerza o dominación en un momento dado.

En los lugares de producción, en los cuales los trabajadores carecen de su arma específica para defenderse y mejorar sus condiciones de vida—que es la organización sindical—viven a merced de la voluntad imperialista del burgués que los explota.

Imaginémosnos por un momento que los trabajadores de un determinado sitió de producción no sufran las consecuencias de la falta de trabajo, pero que, en cambio, sufran de una gran crisis de voluntad combativa. Bien o mal estos trabajadores comerán y tendrán un trapo con que cubrirse. Guay de ellos si les llegara la oportunidad de tener que sufrir una crisis de trabajo de cierta duración, que prolongará los días de vigilia, haciéndoles carecer de ropas para cubrir sus carnes y exponiéndolos a las penurias a que se ven condenados los obreros cuando no trabajan.

Frente a este crisis de trabajo, ¿estará tambaleando el poder del capitalista que explota a esos obreros? ¡No! Los que tambalean son los mismos trabajadores, por su estado anémico, por la falta de trabajo que les obliga a tener que carecer de lo más necesario para poder continuar viviendo.

Los obreros, faltos de alimentación, como es lógico, su único anhelo, su gran anhelo, es que lo ocupen en algo, aunque se les retribuya con un mísero jornal.

Las crisis, en vez de debilitar el predominio del capitalismo lo afianzan porque cuenta en cualquier momento con elementos productores a su antojo y capricho, sin temer para nada que pueda existir el propósito entre esos trabajadores la más mínima pretensión de rebelarse contra la explotación de que son víctimas por parte del industrial.

A los trabajadores que sufren hambre no se les puede tener en cuenta como factores revolucionarios.

La falta de trabajo arroja un gran superávit de brazos productores de los cuales el capitalismo puede echar mano en cualquier momento; hasta por conveniencia de sus intereses puede prolongar esa misma crisis cuanto tiempo le convenga, y esto no significa que la clase dominante esté entregando el rosquete ni mucho menos.

Cuando la organización sindical profana el templo de la explotación capitalista, es muy común oir decir al capitalista, o realizarlo, que "antes que ceder a las pretensiones de los obreros prefiere cerrar su fábrica o taller".

Esto, aunque en pequeña escala, significa provocar una crisis de trabajo que si adquiere más tarde gravedad con un lacaut en una determinada industria, es a causa de una inteligencia entre los que explotan la misma. En este caso la lucha se agrava y se presentan las probabilidades de perder o ganar por parte de los trabajadores, según sea el grado de capacidad o espíritu combativo de los mismos.

Los trabajadores, sin organización frente a una crisis, son nulidades y pasto de la voracidad burguesa, como lo mismo lo son aunque tengan trabajo. Esta situación no es nada lisonjera para los propósitos revolucionarios que animan a la clase obrera.

¿Cuál es el estado de ánimo de los trabajadores en los primeros tiempos en que la acción sindical profana los dominios capitalista? Aparentemente vigoroso, pero resulta como un chico cuando comienza a dar sus primeros pasos... Con mucho entusiasmo, pero también con mucha falta de aplomo en sus movimientos para evitar las caídas.

¿Convendría provocar una crisis de trabajo en los primeros tiempos en que los trabajadores van fortaleciendo su organismo de clase. Le ocurriría lo que a un organismo humano, que después de un período de que ha ingerido una mediana alimentación lo tuvieran a dieta: se debilitaría y perdería las energías adquiridas en la situación anterior.

No debemos olvidar que aún son muchos los millares de trabajadores que no tienen un concepto de lo qué es para los mismos el estar organizados, y que son muchos, también, los que están en la organización pero que no por ello tengan una noción clara del por qué están en la misma y cómo deben comportarse cuando se les presenta una falta de trabajo. Comúnmente estos también se someten incondicionalmente a la voluntad del capitalista. Para ellos se les presenta igualmente el problema de tener que ganarse el pan, aunque esto no lo harían, estamos seguros, si hubiera abundancia de trabajo, pues entonces la organización se impondría y establecería un severo contralor en las condiciones de trabajo impuestas.

Sabemos perfectamente que en ciertos períodos de florecimiento sindical la misma clase capitalista provoca el cierre de fábricas o talleres con el propósito de matar los sindicatos o de debilitarlos. Prácticamente sabemos que toda crisis de trabajo trae como consecuencia que los trabajadores pierden sus energías combativas y que sólo esperan que haya un poco de actividad industrial para que disminuya el número de los desocupados y poder mejorar o hacer que sean respetadas las conquistas ya alcanzadas en el taller.

¿Y cómo es posible, entonces, que se diga que las crisis de trabajo son un síntoma evidentísimo de que la clase capitalista está en bancarrota, cuando en realidad los que se ven maltrechos en esas circunstancias e incapacitados para toda acción son los mismos sindicatos y por ende el espíritu de lucha de los obreros componentes de los mismos completamente abatido?

La existencia de los organismos obreros es lo que en parte conserva latente el espíritu revolucionario entre los trabajadores.

En vez de propagar el concepto arcaico de que la miseria y el hambre—fruto de la misma crisis—enciende la hoguera de la revolución, robustezcamos nuestro concepto de sindicalistas que el hambre y la miseria sólo tienen la virtud de encender, no la hoguera de la revolución, sino de los apetitos y de las ambiciones.

Lo más fundamental de nuestro problema a resolver es el de poder obtener los medios para llenar nuestras necesidades, que son las primeras en la vida, para después tener equilibrado nuestro cerebro y el organismo recién entonces está en condiciones de accionar. Esto aunque parezca demasiado prosaico y grotesco, sin embargo es así.

Cuando en tiempo de una crisis pasamos hambre y nos paramos en una vidriera llena de ricos jamones, lo menos que pensamos es en la revolución, sino que, desgraciadamente, pensamos en la gran satisfacción que tendríamos si pudiéramos ingerir aunque fuera un pan y un plato de sopa para poder soportar un día más en nuestra vigilia forzosa.

Si el hambre y la miseria provocaran la rebelión en los hambrientos no habría en la actualidad vidriera sana en la Capital, ni mercados para la venta pública de los elementos prosaicos y grotescos... tan necesarios a nuestro organismo para poder prolongar nuestra existencia.

Es engañarse a sí mismo el creer o sostener que estamos próximos a presenciar el derrumbe del sistema capitalista porque exista la crisis ganadera, monetaria o industrial.

Para poder sostener este criterio la realidad tendría que demostrarnos que nuestros organismos de combate se fortalecen en medio de un período de crisis. Pero ocurre exactamente todo lo contrario, por lo cual resulta muy peregrina por no decir infantil la idea de que a causa de la misma la burguesía está al borde del abismo.

Con motivo de la actual situación de superabundancia de brazos los capitalistas, casi en su generalidad, hacen sentir todo el peso de su autoridad. La falta de trabajo le proporciona millares de brazos y elige a quien le conviene para explotarlo.

Es cierto, también, que existen en la actualidad muchos sindicatos que hacen respetar sus condiciones de trabajo; pero también es verdad que ha diminuído el número de huelgas, boicott y otras acciones solidarias características del espíritu revolucionario entre los trabajadores; detención de la actividad revolucionaria producida en virtud de la paralización reinante y por el temor de ser reemplazados por el ejército de desocupados en el caso que se provocara una situación de fuerza al capitalismo.

Esta situación nos demuestra a las claras que quienes salen gananciosos en medio de las crisis de trabajo son los capitalistas, porque en sus dominios es en cierto modo reducido el número de obreros que ocupan y por lo mismo la influencia de la organización se ve neutralizada por los que no trabajan y que, no obstante necesitan encontrar dónde ocuparse.

En épocas de mucho trabajo es cuando mayor es el número de los conflictos entre los capitalistas y obreros. Las exigencias nuestras son superiores a las pretensiones de nuestros explotadores, y éstos no se atreven a quitar las mejoras en el trabajo porque saben que tienen que chocar con la falta de brazos. No ocurre así cuando los brazos sobran en demasía.

Para demostrar que las crisis no son síntomas pronunciados del tambaleo capitalista, basta con echar un vistazo a la vida de la organización sindical del país en el momento actual. En el interior de la República, a causa de la falta de trabajo, las organizaciones sindicales están muy mal paradas. En la Capital ocurre algo parecido en determinadas industrias o trabajos.

Debemos ver la realidad y ante la crudeza de la misma no debemos cubrir el cielo con un harnero.

La crisis de trabajo no nos puede hacer ver que el sistema capitalista agoniza. Por el contrario, lo que se observa es que quienes están en mejores condiciones y dominan casi en general la situación es la burguesía. Ahí están los hechos que cantan.

Ahora estamos en un período de reorganización de nuestros cuadros de pelea; pero estamos muy lejos de presenciar el derrumbe del capitalismo a causa de la crisis ganadera. Aquel se producirá no por virtud de una crisis más o menos sino cuando la clase trabajadora esté en condiciones de provocarlo, lo que no será por obra de hambrientos y míseros obreros sino de los trabajadores que han alcanzado a gozar buenas condiciones de vida y aprecien a su vez el valor de su personalidad como productores. Esto es, cuando se llegue a esa situación será porque la clase trabajadora habrá adquirido mayor grado de capacidad combativa en el terreno de la lucha de clases.

Las crisis de trabajo perjudican grandemente a la organización sindical, y es sabido que estando debilitadas las organizaciones sindicales, los obreros carecemos de nuestros medios combativos; y al carecer de estos medios, por causa, especialmente, de las crisis de trabajo, no podemos afirmar que estamos asistiendo al velorio del régimen capitalista.

La falta de trabajo es un factor importante para aplacar el espíritu revolucionario en los trabajadores, y mal se puede sostener que si no hubieran crisis deberíamos provocarlas para así provocar la caída del régimen de explotación capitalista.

En el fondo, el concepto anárquico de que la miseria y el hambre serán los que provocará la revolución social y el otro que las crisis ganaderas o industriales son los síntomas de la descomposición y tambaleo del régimen capitalista son los mismos, aunque sean sostenidos por camaradas de distintos sectores.

Si el hambre y la miseria por un lado, y las crisis de trabajo por el otro, fuesen los sepultureros de la clase capitalista, ésta, muy cuerdamente, y por espíritu de conservación no las provocaría y ni siquiera pasaría por su imaginación, como explotadores inteligentes, de que la clase obrera careciera de trabajo o sufriera hambre y penurias como sufre actualmente.

Eduardo PEREYRA.

El Trabajo padre de la Música

Hay que amar al trabajo por sí mismo, porque sólo él es fecundo; hay que respetarlo por sus creaciones inmediatas y por sus obras futuras; pero hay que venerarlo también por su pasado. El trabajo no fué solamente el primer capital, el mejor elemento moral y a sola la causa activa del valor económico; fué también el motor de las Artes, cuyo maravilloso desenvolvimiento ha hecho cantar que "el hombre es un dios caído que se acuerda de los cielos".

Se ha dicho a menudo que el dolor es la madre de la música y de poesía: esas "voces de desesperación" que claman, por tanto, la "Oda a la alegría", de Beethoven, y el optimismo de Emilio Verhaeren. Se ha blasfemado también, hasta el extremo de pretender que sólo la guerra había engendrado las obras maestras de la música.

Han podido decir con mayor verosimilitud aún que el Arte es fruto del amor, siempre insatisfecho, y que nuestras melodías no son sino imitaciones de los cantos de pájaros en pareo.

Todo ello es aceptable si no queremos remontarnos a los orígenes y si nos limitamos a las abstracciones, donde la estética se complica por la evolución lenta.

Pero si acudimos hasta las fuentes de la erudición y si nos acordamos de que los elementos primarios del lenguaje musical son la "medida" y el "ritmo", descubriremos bien pronto que el trabajo aporta la principal contribución a la técnica de las artes.

La medida, fórmula completamente mecánica, en la que el ritmo es el desenvolvimiento lógico hacia la composición, es inherente al individuo mismo; ella se manifiesta fisiológica e inconscientemente en los latidos del pulso y en la marcha normal, que no es sino una sucesión de tiempos fuertes y de tiempos débiles; pero porque da lugar a las manifestaciones de la voluntad se ha producido la época en que los hombres, reunidos para actuar, han sentido toda la obligación de una disciplina que era también un auxiliar.

En las sociedades primitivas, en las que la ociosidad estaba desterrada, la falta de utensilios perfeccionados se suplía con las incomodidades y aun sufrimientos del cuerpo. El trabajador estaba obligado a repetir sus actitudes, idénticas en el espacio y en el tiempo. Pero ello fué a su vez motivo de que entre las unidades de un mismo grupo trabajador se estableciese una medida que evitara los momentos de energía, de celo excesivo o de negligencia, provocando un movimiento uniforme, un movimiento de armonía.

Luego ya se inventó algo que pudo servir de metrónomo; algunos emplearon como tal la voz humana, cuya flexibilidad hizo que tomase desenvolvimiento, hasta llegar a la canción. Y en el trabajo en el campo, como sobre la piragua, el esfuerzo humano se va acomodando, hasta llegar, sin duda, a lo inconsciente. La medida, convertida ya en hábito, de donde nacen posteriormente las necesidades, ha hecho que el antepasado haya tocado el tambor de júbilo para distraer su descanso—del mismo modo que el africano lo hace sonar extasiado, en las noches rojas, ante su choza amarilla.—El hombre primitivo habrá cantado porque el trabajo se lo ha dictado improvisadamente como una necesidad, que, satisfecha y llevada adelante, se convierte en satisfacción, al mismo tiempo que lanzaba una plegaria a los espíritus reputados como detentadores del bienestar.

La euritmia inicial de los gestos socializados, factor económico, abstrayendo en parte la pena del obrero y creando un estado cenestésico, esto es, de sensibilidad general del cuerpo, más agradable, debía llevar gradualmente al individuo a las abstracciones sabias de la música, donde nosotros buscamos hoy día un olvido y una distracción a nuestras preocupaciones diarias.

A los que se permitan poner en duda la legitimidad de esta tesis, mal defendida por Walaschek y Carlos Bucher, y lejos de sostener que la música ha salido del trabajo mantengan lo contrario, yo les afirmaré que en las grandes panaderías la masa se elabora al ritmo de una canción, y que la producción de estos melómanos está reconocido que es superior; recordaré la cadencia con que los empedradores hacen mover su pisón y la canción disciplinada de los mayaleros en las granjas. Y añadiré que para Combarieu, el forjador, que hace seguir de dos golpes breves su gran golpe de martillo sobre la bigornia, ello no es otra cosa que la invención del anapesto.

Es el obrero, ese creador de bellezas y de alegrías, quien da la impulsión al Arte más completa y más sutil. Y, sin embargo, es el obrero quien hoy menos se aprovecha del Arte. ¡Parece que se le niega el derecho a las grandes emociones de la música!

Hoy no se le procura gratuitamente más que las marchas militares, con el fin de llevarles a las matanzas colectivas entre pueblos o el ruidoso charivari de las insidiosas máquinas, o los cánticos sociales de los patriotismos oficiales que cloroformizan el instinto de rebeldía y laudanizan los menores deseos de justicia.

Se reprocha al obrero su falta de cultura y se obstinan en creerlo ineducable.

Abrid de par en par al pueblo las puertas de los Conservatorios; no establezcáis derecho alguno para acudir a las audiciones que organizáis, inspirados en vuestras posibilidades burguesas. En los conciertos públicos introducid una a una, y según las exigencias pedagógicas, las obras de los maestros inmortales. Multiplicad en los teatros las representaciones populares y a ser posible completad los programas con conferencias explicativas. En fin, burgueses, dad a los trabajadores este placer incomparable que antes ellos crearon para todos.

Mauricio DETHIER.

Camaradas: No olvidéis que en nuestra Biblioteca podéis leer, sin erogación alguna, obras de gran valor literario y filosófico, cuya adquisición es difícil para un trabajador.

GRAN FUNCION

En conmemoración del **XXVI** aniversario de la fundación de nuestro Sindicato, que se realizará el día

SABADO 29 DE JULIO A LAS 15 HORAS

En el TEATRO NUEVO - Calle Corrientes 1528

PROGRAMA

Himno de los trabajadores.

Apertura del acto por un camarada. La compañia Renacimiento, que actúa en este teatro, pondrá en escena la comedia en tres actos del malogrado **Florencio Sanchez,**

LOS DERECHOS DE LA SALUD

Concierto de violín, por **Theo Massun.**

Acto poético, por **Gloria Bayardo** y **Alemany Villa.**

Sorteo de la rifa.

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

Palcos bajos con cinco entradas	$ 8.—
Palcos altos con cinco entradas	„ 6.—
Plateas	„ 1.50
Tertulias	„ 1.—
Gradas	„ 0.50

Las entradas se hallan en venta en Secretaría y en la Boletería del Teatro el día de la función.

El sindicato frente a los partidos políticos

Cuando las organizaciones obreras surgieron a la vida como una necesidad impuesta por el progresivo desarrollo de la explotación capitalista, sus propósitos no estaban claramente definidos.

Los hombres más capaces que participaban de la "organización gremial", conceptuaban a ésta como un medio eficaz para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, pero no para realizar transformaciones radicales en la estructura del régimen capitalista.

De esta manera la acción de los trabajadores se reducía a cumplir deficientemente una función de mejoramiento económico, relegando en el "partido de clase" la misión de efectuar la transformación en el orden político, de lo cual resultaría también un cambio radical en el orden económico.

Esta era la misión que se le asignaba al "gremio", según la denominación que se le daba antiguamente.

La experiencia de los hechos vino a confirmar más tarde,que mientras "el partido de clase" limitaba su acción a legislar sin ningún provecho para los trabajadores, éstos mediante sus instituciones de clase, iban paulatinamente dignificando el trabajo en detrimento del predominio absolutista que en el terreno económico ejerce la clase patronal.

Esto mismo influía en los hombres de estado, quienes, a fin de salvar el prestigio de esta institución, legislaban las conquistas que el proletariado realizaba por su propia acción, para darle carácter legal.

El hecho de que el estado legalizara estas conquistas, no garantizaban a los trabajadores el disfrute de las mismas, por cuanto los patronos, contra todo precepto legal, no desperdiciaban la oportunidad que se le presentara para violar los contratos de trabajo.

De suerte que, así como los trabajadores tenían que apelar a su propia fuerza para imponer condiciones al capital, de la cohesión y potencia de sus organismos dependía también la conservación de las conquistas realizadas.

Esto vino a demostrar tres razones fundamentales:

1o. Que las relaciones políticas están determinadas por las relaciones económicas, siendo imposible transformar aquéllas, sin realizar previamente la transformación económica.

2o. Que los partidos políticos están inhabilitados para efectuar estas transformaciones, por que concretan su acción en un círculo legalitario, no ejercen una influencia decisiva en el campo económico.

3o. Que la acción que realizan en el parlamento, tiene que encuadrarse en un plano reformista, es decir: debe tender a perfeccionar el orden actual, en lugar de propender a su completa destrucción.

Estas concepciones, fruto de la experiencia adquirida en la lucha diaria, dieron lugar a que surgiera el sindicalismo revolucionario, reivindicando para los trabajadores el derecho exclusivo de transformar el régimen capitalista, tanto en el orden económico como político.

Al "gremio", institución corporativista, sucedió el sindicato, consagrándose como el órgano de emancipación económica y política de los trabajadores.

Haciendo suyo el axioma marxista de que "la emancipación de los trabajadores debe ser obra los trabajadores mismos", sentó como principio de la lucha "la acción directa", en oposición a la acción parlamentaria, sosteniendo como objetivo la necesidad de arrebatar al capitalismo los instrumentos de producción, y como base para instaurar las nuevas formas de convivencia social "el deber de ser productor para tener derecho a consumir productos."

El sindicato, instrumento de combate en el régimen capitalista, será, pues, en el futuro, el órgano de la producción y distribución de los productos, ejerciendo al mismo tiempo por intermedio de las centrales obreras la dirección política del estado proletario.

He aquí esbozadas sintéticamente las razones fundamentales, que excluyen la intervención de los partidos políticos en el campo sindical. Sin embargo, los "partidos de clase" se empeñan celosamente en conquistar la dirección de las organizaciones obreras, y esto se debe a que no puede concebirse la existencia de esos partidos de "clase", sino cuentan con el apoyo de los trabajadores.

Si las organizaciones obreras reconocieran a los susodichos partidos, se desconocerían a si mismas, y esto no haría sino retardar el advenimiento de la emancipación proletaria.

La organización sindical debe ser completamente independiente de los partidos políticos y grupos doctrinarios.

Si la clase obrera admitiera el tutelarismo de estas fracciones, no haría más que agravar la dominación que sobre ella ejercen los poderes del privilegio.

J. A.

Por el diario de la U.S,A.

El Comité Central de la Unión Sindical Argentina ha adoptado la encomiable resolución de convertir en diario el órgano oficial de dicha institución, que aparece semanalmente, y con el objeto de recaudar los fondos necesarios para materializar tan loable iniciativa ha designado una Comisión, a cuyo cargo estarán los trabajos pertinentes.

A ningún obrero organizado que verdaderamente sienta la necesidad de superiorizar las instituciones de clase para elevarlas al nivel de inexpugnables baluartes anticapitalistas puede pasar inadvertida la importancia de esta iniciativa, ya que si ella se llevara a cabo no sólo se extendería y reforzaría la propaganda sindical, sino que—y esto es de suma necesidad,—se podría contrarrestar con más eficacia la obra rastrera que realizan los elementos divisionistas empeinados en malograr la importante concentración de fuerzas que el proletariado regional ha realizado en el seno de la Unión Sindical Argentina.

Si esta propaganda funesta a que aludimos se realizara sin tergiversar intencionadamente las acciones, resoluciones o iniciativas que emanan de la U. S. A. o de los sindicatos que la integran, aunque no por esto dejaría de ser igualmente perjudicial para el movimiento obrero, la necesidad de un diario que orientara a los trabajadores sindicados no se haría sentir con tanto apremio.

Pero la realidad es muy otra. Incapaces los elementos divisionistas de defender sus puntos de vista con altura y hombría, como cuadra a verdaderos caballeros del ideal, apelan a los únicos medios de que usan y abusan los seres desprovistos de vergüenza y dignidad: la calumnia y la intriga.

De esta manera, si bien es cierto que al adoptar esos procedimientos no hacen sino colocarse a la altura de los mezquinos propósitos que persiguen, no es menos cierto que logran a medias sus fines, embaucando a muchos trabajadores que, por ignorancia y, mayormente por exceso de ingenuidad, dan crédito a las falsedades propaladas por los elementos espúrios que componen la cofradía barrerista.

Las informaciones remitidas periódicamente por los delegados de la U. S. A. actualmente en jira y las crónicas de los corresponsales de "Unión Sindical", son bastante elocuentes a este respecto, y constituyen, por sí mismas, el estimulante más poderoso para que los sindicatos que integran la U. S. A. presten preferente atención a la iniciativa del Comité Central Sindical.

Si esto no fuera suficiente para que los sindicatos de la U. S. A. se decidieran a abordar este problema con la resolución y el cariño que se pone en la atención de una gran obra, los trabajadores organizados se colocarían, en lo que respecta a esta cuestión, en un nivel de inferioridad frente a los partidos políticos y grupos ideológicos.

En efecto, a pesar de no haber en esta región ninguna fracción política que cuente siquiera con la mitad de los afiliados que tiene la U. S. A. por intermedio de 600 sindicatos adheridos, aquéllos cuentan con su respectiva prensa que aparece cotidianamente.

Esta anomalía se acentúa aun más si consideramos que grupos minúsculos, que en muchos casos no suman tan siquiera un centenar de adherentes, mantienen regularmente sus periódicos respectivos, sin que la estrechez económica—como le ocurre a "Unión Sindical"—los apremie para que continúen apareciendo sin peligro de su existencia.

¿Por qué, pues, la institución central de los trabajadores no ha de contar con un diario que, por sobre los menguados intereses de círculos y de partidos vele por la integridad de la organización, defendiéndola de los ataques de que es objeto por parte de los capitalistas y logreros?

Sólo una lamentable indiferencia por parte de los trabajadores sindicados, ha podido el mantenimiento de esta anomalía que de continuar no sería extraño malograra los ingentes esfuerzos y sacrificios realizados en estos últimos tiempos en pro de la unidad del proletariado regional.

Esto deben tenerlo bien en cuenta los trabajadores que forman en las filas de la Unión Sindical Argentina.

La crítica sistemática y malevolente de los golfos que están al frente de la que llaman infundadamente F. O. R. A. C., como la que realizan los comisionistas de esta institución comercial diseminados por los sindicatos, tiende a un solo fin: dividir a los trabajadores. Con tal objeto despliegan una actividad sorprendente, digna de mejor causa, y para ello no les faltan recursos.

¿Será posible que sabiéndonos defensores de una causa cuya justicia sólo los pillos discuten y constituyendo una abrumadora mayoría en relación con la cofradía barrerista, nos encontremos imposibilitados para contrarrestar eficazmente los efectos perniciosos de la prédica divisionista por escatimar unos miserables centavos para convertir el órgano oficial de la U. S. A. en diario?

Nos resistimos a creer esto, ya que, si por una inconsecuencia inexplicable así resultara, los sindicatos de la U. S. A. demostrarían con ello que no les interesa la conservación de la importante concentración de fuerzas realizada mediante el Congreso de Unidad verificado recientemente, y que tampoco los preocupan las

consecuencias perjudiciales que traería aparejada la división.

Ha llegado el momento, pues, que los sindicatos adheridos a la U. S. A. demuestren prácticamente sus inclinaciones unionistas, evitando que la propaganda disolvente eche por tierra lo que tantos sacrificios ha costado crear, y que representa, actualmente, la comunión de los intereses y propósitos solidarios del proletariado regional, hermanado en un ideal común de liberación: la Unión Sindical Argentina.

Independientemente de las medidas tomadas por el Comité Pro Diario de la U. S. A. para arbitrar recursos, los sindicatos y militantes deben poner en práctica todas aquellas iniciativas que juzguen convenientes para tales fines.

Estas podrían ser: subscripciones, donativos individuales y colectivos, funciones teatrales o cinematográficas, y hasta podrían crearse subcomités en cada localidad o distrito encargados exclusivamente de recaudar fondos para el diario de la U. S. A.

El que estas líneas escribe recuerda que en circunstancias en que "La Organización Obrera", órgano oficial de la ex F. O. R. A. atravesaba una situación económica bastante difícil, motivo por el cual el Consejo Federal solicitó de los sindicatos adheridos la contribución de un peso por cada sindicato para cubrir el déficit contraído con la caja federal, los ferroviarios de Tráfico y Talleres de Ingeniero White realizaron una velada a beneficio del órgano federal, con resultados relativamente halagüeños, ya que como beneficio obtuvieron más de cien pesos.

Si los sindicatos adheridos a la U. S. A. se dispusieran a poner en práctica la iniciativa que los ferroviarios de Ingeniero White llevaron a cabo en aquellas circunstancias, aun suponiendo que el beneficio que dejara cada acto fuera menor, unido a lo que se recaudara de otras formas distintas, permitiría reunir en muy poco tiempo el dinero necesario para hacer frente a los gastos que demanda la aparición regular de un diario.

P. R.

El parásito del tren

(Cuento)

—Sí—dijo el amigo Pérez a todos sus contertulios de café,—en este periódico acabo de leer la noticia de la muerte de un amigo. Sólo le vi una vez, y sin embargo, le he recordado en muchas ocasiones. ¡Vaya un amigo!

Le conocí una noche viniendo a Madrid en el tren-correo de Valencia. Iba yo en un departamento de primera; en Albacete bajó el único viajero que me acompañaba, y al verme solo, como había dormido mal la noche anterior, me estremecí voluptuosamente, contemplando los almohadones grises. ¡Todos para mí! ¡Podía extenderme con libertad! ¡Flojo sueño iba a echar hasta Alcázar de San Juan!

Corrí el velo verde de la lámpara, y el departamento quedó en deliciosa penumbra. Envuelto en mi manta me tendí de espaldas, estirando mis piernas cuanto pude con la deliciosa seguridad de no molestar a nadie.

El tren corría por las llanuras de la Mancha, áridas y desoladas. Las estaciones estaban a largas distancias; la locomotora extremaba su velocidad, y mi coche gemía y temblaba como una vieja diligencia. Balanceábame sobre la espalda impulsado por el terrible traqueteo; las franjas de los almohadones arremolinábanse; saltaban las maletas sobre las cornisas de red; temblaban los cristales en sus alveolos de las ventanillas, y un espantoso rechinar de hierro viejo venía de abajo. Las ruedas y frenos gruñían; pero conforme se cerraban mis ojos, encontraba yo en su ruido nuevas modulaciones, y tan pronto me creía mecido por las olas, como me imaginaba que había retrocedido hasta la niñez y me arrullaba una nodriza de voz bronca.

Pensando tales tonterías me dormí, oyendo siempre el mismo estrépito y sin que el se detuviera.

Una impresión de frescura me despertó. Sentí en la cara como un golpe de agua fría. Al abrir los ojos vi el departamento solo; la portezuela de enfrente estaba cerrada. Pero sentí de nuevo el soplo frío de la noche aumentado por el huracán que levantaba el tren con su rápida marcha, y al incorporarme vi la otra portezuela, la inmediata a mí, completamente abierta, con un hombre sentado en el borde de la plataforma, los pies afuera, en el estribo, encogido con la cabeza vuelta hacia mí y unos ojos que brillaban mucho en su cara obscura.

La sorpresa no me permitía pensar. Mis ideas estaban aún embrolladas por el sueño. En el primer momento sentí cierto terror supersticioso. Aquel hombre que se aparecía estando el tren en marcha, tenía algo de los fantasmas de mis cuentos de niño.

Pero inmediatamente recordé los saltos en las vías, los robos de los trenes, los asesinatos en un vagón, todos los crímenes de esta clase que había leído, y pensé que estaba solo, sin un mal timbre para avisar a los que dormían al otro lado de los tabiques de madera. Aquel hombre era seguramente un ladrón.

El instinto de defensa, o más bien el miedo, me dió cierta ferocidad. Me arrojé sobre el desconocido, empujándolo con codos y rodillas; perdió el equilibrio; se agarró desesperadamente al borde de la portezuela, y yo seguí empujándole, pugnando por arrancarle sus crispadas manos de aquel asidero, para arrojarlo a la vía. Todas las ventajas estaban de mi parte.

—¡Por Dios, señorito!—gimió con voz ahogada.—Señorito, déjeme usted. Soy un hombre de bien.

Y había tal expresión de humildad y angustia en sus palabras, que me sentí avergonzado de mi brutalidad y le solté.

Se sentó otra vez jadeante y tembloroso en el hueco de la portezuela mientras yo quedaba en pie, bajo la lámpara, cuyo velo descubrí.

Entonces pude verle. Era un campesino pequeño y enjuto; un pobre diablo con una zamarra remendada y mugrienta y pantalones de color claro. Su gorra negra casi se confundía con el tinte cobrizo y barnizado de su cara, en la que se destacaban los ojos de mirada mansa y una dentadura de rumiante, fuerte y amarillenta, que se descubría al contraerse los labios con sonrisa de estúpido agradecimiento.

Me miraba como un perro a quien se ha salvado la vida, y mientras tanto sus obscuras manos buscaban y rebuscaban en la faja y los bolsillos. Esto casi me hizo arrepentir de mi generosidad, y mientras el gañán buscaba, yo metía mano en el cinto y empuñaba mi revólver. ¡Si creyó pillarme descuidado!...

Tiró él de su faja, sacando algo, y yo le imité sacando de su funda medio revólver. Pero lo que él tenía en la mano era un cartoncito mugriento y acribillado, que me tendió con satisfacción.

—Yo también llevo billete, señorito.

Lo miré y no puede menos de reirme.

—¡Pero si es antiguo!—le dije.—Ya hace años que sirvió... ¿Y con esto te crees autorizado para asaltar el tren y asustar a los viajeros?

Al ver su burdo engaño descubierto, puso la cara triste, como si temiera que intentase yo arrojarlo otra vez a la vía. Sentí compasión y quise mostrarme bondadoso y alegre, para ocultar los efectos de la sorpresa, que aún duraba en mí.

—Vamos, acaba de subir. Siéntate dentro y cierra la portezuela.

—No, señor—dijo con entereza.—Yo no tengo derecho a ir dentro como un señorito. Aquí, y gracias, pues no tengo dinero.

Y con la firmeza de un testarudo se mantuvo en su puesto.

Yo estaba sentado junto a él; mis rodillas en sus espaldas. Entraba en el departamento un verdadero huracán. El tren corría a toda velocidad; sobre los yermos y los terrosos desmontes, resbalaba la mancha roja y oblicua de la abierta portezuela, y en ella la sombra encogida del desconocido y la mía inclinado sobre él. Pasaban los postes telegráficos como pinceladas amarillas sobre el fondo negro de la noche, y en los ribazos brillaban un instante, cual enormes luciérnagas, los carbones encendidos que arrojaba la locomotora.

El pobre hombre estaba intranquilo, como si le extrañase que le dejara permanecer en aquel sitio. Le di un cigarro y poco a poco fué hablando.

Todos los sábados hacía el viaje del mismo modo. Esperaba al tren a su salida de Albacete; saltaba a un estribo con riesgo de ser despedazado, corría por fuera todos los vagones buscando un departamento vacío, y en las cuatro estaciones, hasta el pueblo donde iba, apeábase poco antes de la llegada y volvía a subir después de la salida, siempre mudando de sitio para evitar la vigilancia de los empleados, unos malas almas enemigos de los pobres.

—¿Pero a dónde vas?—le dije.—¿Por qué haces este viaje, exponiéndote a morir despedazado?

Iba a pasar el domingo con su familia. ¡Cosas de pobres! El trabajaba algo en Albacete y su mujer servía en un pueblo. El hambre les había separado. Al principio, hacía el viaje a pie; toda una noche de marcha, y cuando llegaba por la mañana caía rendido, sin ganas de hablar con su mujer ni de jugar con los chicos. Pero ya se había espabilado, ya no tenía miedo y hacía el viaje tan ricamente en el tren. Ver a sus hijos le daba fuerzas para trabajar toda la semana. Tenía tres: el más pequeño era así, no levantaba dos palmos del suelo, y, sin embargo, le reconocía y al verle entrar tendíale los brazos al cuello.

—Pero tú—le dije—¿no piensas que en cualquiera de estos viajes tus hijos van a quedarse sin padre?

El sonreía con confianza. Entendía muy bien aquel *negocio*. No le asustaba el tren cuando llegaba como caballo desbocado, bufando y echando chispas; era ágil y sereno; un salto y arriba; y en cuanto a bajar, podría darse algún coscorrón contra los desmontes, pero lo importante era no caer bajo las ruedas.

No le asustaba el tren, sino los que iban dentro. Buscaba los coches de primera, porque en ellos encontraba departamentos vacíos. ¡Qué de aventuras! Una vez abrió sin saberlo el reservado de señoras; dos monjas que iban dentro gritaron ¡ladrones!, y él, asustado, se arrojó del tren y tuvo que hacer a pie el resto del camino.

Dos veces había estado próximo, como aquella noche, a ser arrojado a la vía por los que despertaban sobresaltados con su presencia; y buscando en otra ocasión un departamento obscuro, tropezó con un viajero que sin decir palabra le asestó un garrotazo, echándole fuera del tren. Aquella noche sí que creyó morir.

Y al decir esto, señalaba una cicatriz que cruzaba su frente.

Le trataban mal, pero él no se quejaba. Aquellos señores tenían razón para asustarse y defenderse. El comprendía que era merecedor de aquello y más, ¡qué remedio, si no tenía dinero y deseaba ver a sus hijos!

El tren iba limitando su marcha como si se aproximara a una estación. El, alarmado, comenzó a incorporarse.

—Quédate—le dije—aún falta otra estación para llegar a donde tú vas. Te pagaré el billete.

—¡Quiá! No, señor—repuso con candidez maliciosa.—El empleado, al dar el billete, se fijaría en mí. Muchas veces me han perseguido sin conseguir verme de cerca, y no quiero que tomen la filiación. ¡Feliz viaje, señorito! Es usted la más buena alma que he encontrado en el tren.

Se alejó por los estribos, agarrado al pasamano de los coches, y se perdió en la obscuridad, buscando sin duda otro sitio donde continuar tranquilo su viaje.

Paramos ante una estación pequeña y silenciosa. Iba ya a tenderme para dormir, cuando en el andén sonaron voces imperiosas.

Eran los empleados, los mozos de la estación y una pareja de la guardia civil, que corrían en distintas direcciones como cercando a alguien.

"¡Por aquí!... ¡Cortadle el paso!... Dos por el otro lado para que no escape... Ahora se ha subido sobre el tren... ¡Seguidle!"

Y, efectivamente, al poco rato las techumbres de los vagones temblaban bajo el galope loco de los que se perseguían en aquellas alturas.

Era, sin duda, el *amigo*, a quien habían sorprendido, y viéndose cercado, se refugiaba en lo más alto del tren.

Estaba yo en una ventanilla de la parte opuesta al andén, y vi cómo un hombre saltaba desde la techumbre de un vagón inmediato, con la asombrosa ligereza que da el peligro. Cayó de bruces en un campo, gateó algunos instantes como si la violencia del golpe no le permitiera incorporarse, y al fin huyó a todo correr, perdiéndose en la obscuridad la mancha blanca de sus pantalones.

El jefe del tren gesticulaba al frente de los perseguidores, algunos de los cuales reían.

—¿Qué es eso?—pregunté al empleado.

—Un tuno que tiene la costumbre de viajar sin billetes—contestó con énfasis.—Ya le conocemos hace tiempo: es un parásito del tren, pero poco hemos de poder o le pillaremos para que vaya a la cárcel.

Ya no vi más al pobre parásito. En invierno, muchas veces me he acordado del infeliz, y le veía en las afuefas de una estación, tal vez azotado por la lluvia y la nieve, esperando el tren que pasa como un torbellino, para asaltarlo con la serenidad del valiente que asalta una trinchera.

Ahora leo que en la vía férrea, cerca de Albacete, se ha encontrado el cadáver de un hombre despedazado por el tren... Es él, el pobre parásito. No necesito más datos para creerlo: me lo dice el corazón. "Quien ama el peligro en él perece." Tal vez le faltó inesperadamente la destreza: tal vez algún viajero asustado por su repentina aparición fué menos compasivo que yo y le arrojó bajo las ruedas. ¡Vaya usted a preguntar a la noche lo que pasaría!

Desde que le conocí—terminó diciendo el amigo Pérez—han pasado cuatro años. En este tiempo he corrido mucho por dentro y fuera de España y viendo cómo viaja la gente, por capricho o por combatir el aburrimiento, más de una vez he pensado en el pobre gañán, que separado de su familia por la miseria, cuando quería ver a sus hijos, tenía que verse perseguido y acosado como alimaña feroz, y desafiara la muerte con la serenidad de un valiente.

Vicente BLASCO IBAÑEZ.

La internacional de los negociantes

En este momento los hombres de negocios llevan el timón del gobierno en la Gran Bretaña. No están en el Gabinete; pero según el análisis desprevenido de un colaborador de "The Nation" forman las cuatro quintas partes de la Cámara baja. Además de esto, cada vez que el Gabinete siente de manera aguda el peso de la responsabilidad que carga sobre sus hombros, al encarar la solución de problemas nuevos, acude siempre al expediente de nombrar comisiones formadas por hombres de negocios, en cuyas capacidades descansa para cumplir su grave misión administrativa. Hubo, hasta hace poco, una junta de hombres de negocios encargada de señalarles, a ministros y diputados, con cifras perentorias, cuáles son las economías posibles, en el lago revuelto de las finanzas británicas. No só lo en la dilucidación de problemas domésticos sino también en la dirección de las relaciones internacionales, hay de parte de todos los gobiernos la tendencia a dejarse guiar por el industrial dueño de grandes empresas. Es cierto que el hombre de negocios usa de la discreción necesaria para que su nombre no aparezca en estas complicadas faenas. Pero es innegable que es él, y no los gobiernos, quien está preparando la felicidad de las generaciones futuras o el desastre final de la civilización.

Los obreros no han logrado internacionalizarse. Con una aguda comprensión del futuro, los hombres de negocios han logrado mañosamente desacreditar la palabra internacional. Saben muy bien que el socialismo será internacional plena y francamente internacional o dejará de existir. Con mayor empeño, los intereses creados vierten sobre el internacionalismo todo el descrédito de que son capaces sus órganos más autorizados; pero, a la sombra y sin que nadie lo proclame en alto, los hombres de negocios se han organizado internacionalmente antes que los obreros. Lo que de éstos es evitando y contrario a la civilización, de ningún género, pues, en rigor, han comprendido que las conquistas científicas de la hora presente hacen del mundo un solo mercado, aunque no aceptan que sea una sola familia.

B. Sanín CANO

¡A la obra!

No podemos menos que felicitarnos por el triunfo obtenido por los trabajadores en el Congreso de Unificación, en el cual, después de una apasionada discusión, todos los representantes de los sindicatos, como uno solo, han sellado la unidad del proletariado del país.

Y también han resuelto terminar su mandato llamando a la reflexión a todos aquellos que por cuestiones ajenas a los intereses de los trabajadores, no han querido participar para que el frente único hubiera sido sellado de un solo pronunciamiento.

Ahora nos queda a nosotros, los trabajadores, hacer lo propio en los talleres donde se vive una vida de discordia entre los que ocupamos las fábricas y talleres, debido a causas ajenas a los intereses que todos perseguimos: la lucha de clases contra la explotación del hombre por el hombre.

¿No comprenden los compañeros que esa actitud que asumimos muchos de nosotros; que por diferencia de tendencias ideológicas, vivimos muchas veces una vida de riña en los talleres, en la cual se apoya el burgués para conseguir su intento divisionista entre nosotros por intermedio de sus serviles?

Pues entonces, hagamos nosotros lo propio que la magna asamblea obrera de unificación: cada uno de nuestros representantes a la misma, han unificado las fuerzas todas para luchar todos contra nuestro único enemigo: el capital.

Demostrémoles, compañeros, a nuestros enemigos de clase que ya entre nosotros no existe ninguna disparidad de criterio y que ya no hay aquellos tropiezos que ellos creían que no subsanaríamos nunca, los trabajadores, con un sano ideal revolucionario.

PASCUAL PLEXIA.

EL PETROLEO

Por FRANCIS DELAISI

(*Continuación, ver núms.* 106, 107, 108, 109, 110 *y* 111.)

CAPÍTULO V

LA CONVENCION DE SAN REMO

(*Continuación.*)

IV.—La Convención de San Remo.

El *Temps* del 25 de julio de 1821 publicó la citada convención (1). Un breve análisis realizado a la luz de los hechos que acabamos de exponer, permitirá comprender su sentido y su alcance.

Nótese sobre todo que el primer parágrafo nos advierte que: *"el presente memorándum tiene relación con los Estados o países siguientes: Rumania, Asia menor, territorios del antiguo imperio ruso, Galitzia, colonias francesas, colonias británicas de la Corona. El presente acuerdo podrá extenderse a otros países por mutuo consentimiento."*

No es, pues, solamente de los yacimientos de la Mesopotamia que se hace abandono—como ha querido hacérselo creer a la Cámara en ocasión del apasionado debate referente al Mosul—; se trata, al contrario, de los intereses petrolíferos franceses presentes y futuros, tanto en las colonias como en el extranjero.

a) Rumania es el país donde los intereses franceses son de mayor importancia: y aun serán aumentados con los despojos de la *Deutsche Bank* y de la *Disconto-Gesellchaft*, dado que las concesiones petrolíferas de éstas deben ser divididas entre los Aliados. Queda convenido que para estas concesiones ex enemigas, así como para las que pueda obtener Francia del gobierno rumano en el porvenir, constituiránse sociedades franco-inglesas en las cuales cada uno de los dos países tendrán la mitad del capital y la mitad de votos en el consejo administrativo.

Esta igualdad no es un favor, pues los capitales franceses invertidos en los petróleos rumanos son por lo menos tan importantes que los ingleses.

Por otra parte, como el *trust* británico, gracias a su personal y a su utilería especial, es el único que está en condiciones de explotar, el papel de los hombres de negocios franceses limitaráse, como siempre, a proporcionar capitales; pero, ligados por la naturaleza misma de sus sociedades, no podrán dirigirse, para la valorización, a otros empresarios que no sean sus socios los ingleses. Los norteamericanos vense rigurosamente excluídos de la parte que pueda corresponderle a Francia en los yacimientos rumanos. Y esto es lo esencial para sir Marcus y sus socios.

b) En Rusia, donde los intereses franceses son mucho menos importantes que los de sus aliados, no está previsto el reparto por partes iguales de los títulos y de los votos; esto habría redundado en favor de los franceses. Pero se establece que los dos gobiernos acordarán su *"apoyo común"* a aquellos de sus connacionales que realicen *"esfuerzos comunes"* para obtener concesiones y exportar petróleo. De modo que si personas francesas pensaran asociarse con norteamericanos—en todo el vasto territorio que constituía el imperio ruso—, el gobierno francés no podría sino apoyar a sus concurrentes.

c) En la Mesopotamia, los petróleos serán explotados por una sociedad privada "que estará bajo el contralor británico permanente" (y donde, en consecuencia, los norteamericanos no tendrán ninguna participación.)

Los franceses podrán subscribir el 25 por ciento del capital, más el 7 1|2 por ciento de la parte reservada a los indígenas, o sea la tercera parte del capital total. Mediante lo cual, tendrán derecho a la *cuarta parte* del petróleo producido, entregado al mismo precio que a los demás socios.

A cambio de esto, el gobierno francés autorizará a la *Anglo-Persian Oil Co.* a establecer, a través de su zona de influencia y en los puertos de la costa siria, todas las tuberías (*pipe-lines*), depósitos-tanques y refinerías necesarias para su explotación; prohíbese fijar sobre estos petróleos ninguna clase de impuesto por tránsito o exportación; estarán también exentos de todo derecho de exportación o tránsito los materiales necesarios a los trabajos de construcción. Dicho en otros términos: el gobierno francés trata a la *Anglo-Persian Oil Co.* como si se tratase de una sociedad francesa privilegiada, esto no obstante asumir la responsabilidad de garantir, *gratuitamente*, la seguridad de estas empresas en toda la extensión de su zona de influencia. Como se ve, los gastos del cuerpo de ocupación comandado por el general Gouraud no serán inútiles para todos!...

Hasta aquí, sólo se trata de yacimientos existentes en países extranjeros: Francia no puede adquirirlos más que mediante presiones diplomáticas, por lo cual se concibe que sean objeto de regateos.

d) Pero los que se hallan en territorios franceses, conquistados penosamente con sangre y oro franceses, deberían haber sido reservados, nos parece, únicamente a hijos de Francia. ¡Están sin embargo comprendidos en el mercado, y qué mercado!

"En las colonias francesas, protectorados, zonas de influencia, comprendidas Algeria, Túnez y Marruecos (nada es echado en olvido), el gobierno francés facilitará la adquisición de concesiones a todo grupo franco-británico de *"buena reputación"* que *"ofrezca las garantías necesarias"* (¿se ha temido que algún grupo norteamericano se disfrazase de grupo franco-británico?) Para calmar toda inquietud, recuérdase que el parlamento francés exige que en esas combinaciones los intereses franceses estén representados en una proporción del 70 por ciento por lo menos.

En cambio, el gobierno británico acordará las mismas ventajas a los promotores franceses que quisieran operar en el Imperio; pero esta generosidad se limita *"a las colonias de la Corona"*, pero *"en la medida en que la permiten los reglamentos actuales"*, y, por fin, "a condición de que las concesiones pedidas *no sean objeto de negociaciones iniciadas* por intereses privados, sean franceses o británicos."

¡Con tales restricciones, cabe en verdad preguntarse qué quedaría para los promotores franceses, si acaso existiesen! Esa cláusula ha sido evidentemente incluída para mantener la simetría y dar la apariencia de "cooperación cordial y reciprocidad" a un acuerdo en el que todas las ventajas reales están de un solo lado.

V.—Un desastre industrial.

En adelante, en virtud de ese pacto infernal, Francia estará ligada al *trust* inglés en todos los puntos del globo—en su territorio y en el extranjero—, así en el presente como en el porvenir. Si por acaso un ciudadano francés se propusiera trabajar solo o con un grupo norteamericano, el gobierno francés veríase en el caso de rehusarle su apoyo, o desalentarlo.

En todas partes no veremos ya más que grupos franco-ingleses.

¿Los franceses formarán parte de ellos, al menos, en condiciones de igualdad? No. Pues no basta, en efecto, para tener el contralor de un negocio, poseer la mitad, o las tres cuartas partes, de sus acciones.

De hecho sabe todo el mundo que los accionistas no asisten nunca—en Francia—a las asambleas generales en que se resuelve el nombramiento de los jefes; y menos harán el viaje a Londres, donde por lo regular tendrán su sede oficial. Los bancos ingleses son hábiles en el arte de "sindicar" las acciones para asegurarse la mayoría en las asambleas.

Pero aun cuando los ingleses resulten batidos en ese juego por los franceses, éstos no serán por ello más dueños de la situación. No hay—no habrá jamás, cualesquiera que sea el número de acciones presentes—igualdad entre esos dos compañeros. El grupo francés sólo aportará capitales; el grupo inglés también aportará capitales, y además su utilería, su personal técnico, su experiencia en los negocios. ¿Qué podrá decir un consejo administrativo, aun siendo exclusivamente compuesto por franceses, si los agentes de la *Shell Transport* o de la *Royal Dutch* le aseguran que tal yacimiento no es explotable, o que su rendimiento será muy ínfimo, o que los gastos de tal instalación serían excesivos? ¿Qué medios tendrá para contralorear esas previsiones, siendo que todas las búsquedas, las perforaciones, el material, los directores y los agentes técnicos pertenecen al *trust* inglés?

Forzosamente triunfará la técnica apoyada por el capital sobre el capital sin técnica.

Precisamente es esto lo que tienen en cuenta los asociados franceses y por lo cual han querido excluir a los norteamericanos.

Les hemos entregado nuestras colonias: nuestro parlamento ha creído ser muy prudente exigiendo que, allí al menos, las tres cuartas partes de las acciones—y sin duda también del consejo, aun cuando el texto no lo diga claramente—sean francesas.

¿Pero quién nos asegura que el o los grupos franco-británicos previstos por el acuerdo del 24 de abril explotarán realmente nuestros petróleos coloniales? El *trust* anglo-holandés tiene ya, y bien suyas, inmensas concesiones en todas las regiones del globo; posee concesiones mucho más ricas que las francesas, o mejor ubicadas, por ejemplo las que se hallan próximas al canal de Panamá. ¿Es admisible creer que vaya a dispersar sus esfuerzos y su utilería al mismo tiempo en todos los campos petrolíferos, y por qué habría de dar preferencia a los franceses? No olvidemos que si ha querido tener un derecho de preferencia sobre los yacimientos franceses, no es para explotarlos, sino para impedir que un rival pueda sacar partido de ellos. Esta política malthusiana, que consiste en obtener concesiones para *impedir* que se las valorice, la hemos visto practicar, en Francia mismo, por sociedades muy francesas. ¿Por qué los extranjeros, aun siendo amigos, habrían de ser más escrupulosos con respecto a nosotros? Los pretextos honorables, técnicos o de otra índole, por otra parte, no han de faltar. Y si nos parece que la explotación de nuestras riquezas algerinas, marroquíes, etc., demora mucho, ¿qué podremos hacer si carecemos de utilería y estamos impedidos de recurrir a los norteamericanos?

Igual engaño en cuanto se refiere al precio a que nos venderán el petróleo. El de nuestras colonias—si acaso es extraído—, se nos cederá al precio corriente del mercado, lo cual no constituye un favor. Lo mismo ocurrirá con los petróleos de la Mesopotamia, cuyos gastos de custodia deberemos pagar; además, las entregas serán por mucho tiempo reducidas, desde que sólo tenemos derecho a la cuarta parte de la producción.

En el contrato no se prevé nada con respecto a los petróleos rumanos, galitzianos y rusos explotados en colaboración; sobre todo, nada se dice del precio de los demás, de aquellos que sean extraídos y refinados por la *Shell* y la *Royal Dutch*, los cuales son por mucho la principal fuente de nuestro consumo, pues los demás se venden principalmente en la Europa Central.

Entonces, ¿quién impedirá que el *trust* inglés nos venda el petróleo refinado y el mazout más caro que a sus connacionales? ¡No faltarán pretextos plausibles para justificarlo, sobre todo el del flete, dado que nuestra flotilla especial es insuficiente, y, por otra parte, enarbola pabellón británico!

Y no se diga que éste sería un procedimiento "inamistoso", cosa de que son incapaces nuestros amigos los ingleses. Pues es precisamente el mismo que nos aplican para otro combustible: la hulla.

Sabe todo el mundo, en efecto, que a partir del armisticio todas las variedades de carbón británico se venden a los franceses más caras que a los británicos.

Y no es esto sólo efecto de una "combinación" de mercaderes ávidos, como los hay en todas partes; es la aplicación de un designio político de extensas proyecciones. Uno de los principales "objetivos de guerra" de la Gran Bretaña fué abatir a la gran metalurgia alemana, que hacía una competencia victoriosa en todo el mundo a Birminghan y a Sheffield. Cosa que ha logrado arrebatando a su rival los ricos yacimientos de Lorena y haciéndolos atribuir a Francia. De golpe, ésta se ha convertido en la más rica propietaria de minerales de Europa.

Pero se supondrá que Inglaterra no ha arruinado por veinte años a su competidora germánica para permitir que surja, al oeste del Rin, otra tan peligrosa como ella.

Afortunadamente, el coke tiene por lo menos igual importancia que el hierro en el costo de fabricación del acero: es preciso, entonces, que Francia pague caro el carbón; he ahí por qué se le vende la hulla inglesa a un precio recargado; he ahí también por qué Mr. Lloyd George ha exigido que los franceses paguen el carbón del Ruhr cinco marcos oro más que el precio de costo. En adelante, la metalurgia francesa pagará 200 francos la tonelada del mismo carbón que los ingleses obtendrán por 84 francos y los alemanes por 72 francos. El desarrollo de la industria francesa se hace imposible.

Pero el petróleo desempeñará en el porvenir—particularmente en el porvenir de la construcción mecánica—un papel casi equivalente al de la hulla. Es entonces útil poder—si esto es necesario—recargar el precio también para los extranjeros, y ello podrá hacerse holgadamente si se dispone de todos los recursos petrolíferos de Francia.

No tenemos el derecho de censurar a los hombres de Estado ingleses porque razonen y obren de tal modo: están en sus papeles.

¿Pero qué decir de los hombres de Estado y de los hombres de negocios franceses que les facilitan los medios de desarrollar ese juego contra Francia?

VI.—Política de rentista.

Sin embargo, es preciso ser justo; la convención de San Remo tiene también sus ventajas para Francia. Desde el momento en que los intereses franceses se hallen en todas partes asociados a los de los ingleses, y sociedades mixtas exploten en común los yacimientos, las emisiones se harán a un mismo tiempo sobre el mercado de Londres y de París: y esto dará materia a los banqueros para realizar lucrativos corretajes, y a los bolsistas para especulaciones ventajosas. Títulos tan prestigiosos como los del *trust* inglés, anunciadores de dividendos del 35 por ciento, son de fácil colocación y de alza casi segura. Todos los pequeños burgueses de Francia los comprarán con entusiasmo. ¿No son ya poseedores de una gran parte de las acciones de la *Royal Dutch* y de la *Shell Transport?*

¿Y si por acaso aumenta en Francia el precio de la esencia, quién se lamentará? ¡Cuanto más caros sean el petróleo y el mazout, tanto más elevaránse los dividendos del *trust*, y más se enriquecerán los accionistas franceses!

No cabe duda de que por este juego continuarán saliendo de Francia considerables capitales, con gran perjuicio del cambio y de la industria francesas. ¡Pero quién se preocupa, en las altas esferas, de las fábricas y de la producción! ¿Francia no es ante todo un pueblo de rentistas, y no le basta con satisfacer al "ahorro nacional"?

Esta política nefasta, muy a menudo denunciada, desvía, por divorcio, la banca de la industria, alejándola de las empresas nacionales.

¿Cómo no habrían de sacar partido de esa política los ingleses, si colocando en Francia los títulos de su *trust* interesan al rentista francés en el debilitamiento de la industria francesa?

No nos indignemos ni hablemos de maquiavelismo. Este género de maniobra nos es conocido desde hace mucho tiempo. Es el modo de asociación que los alemanes proponían a los franceses para el famoso ferrocarril de Bagdad: facilítennos ustedes los capitales, decían aquéllos, y obtendréis los mismos dividendos que nosotros, pero sólo nuestras usinas fabricarán el material, y vuestros comerciantes gozarán de ventajas en las tarifas. Así Alemania se enriquecía con el complemento del ahorro francés.

En la actualidad Alemania está caída, pero el estado de espíritu de los dirigentes franceses no ha cambiado: tienen siempre la misma afición al corretaje y a los cupones, igual fobia al esfuerzo y al riesgo. Ahora, como no encuentran "boches" que exploten sus riquezas por ellos, las entregan a los ingleses. Mal harían éstos sus amigos y aliados en no aprovecharlas. En el fondo, la culpa no la tienen ellos; el mal está en los franceses.

Desde la muerte de los últimos sansimonianos, Francia sufre, al parecer, de la "abulia" de sus hombres de negocios. En esta grave cuestión del petróleo, han buscado la solución "perezosa": una asociación de rentistas y de hombres de acción, donde los unos tendrían el trabajo y el riesgo—y también el poder—, y los otros una modesta ganancia, pero fácilmente obtenida y sin inquietudes.

VII.—Eliminación de la Standard Oil.

Desde el momento en que Francia contrajo obligaciones comunes con Inglaterra, habría sido quizá leal informar a los Estados Unidos. Desgraciadamente, la confesión hacíase difícil; pues en el instante mismo en que Francia le cerraba todos sus yacimientos petrolíferos, descontaba el concurso de los norteamericanos para capitalizar la indemnización alemana y para obtener créditos destinados a las regiones devastadas. Por esto mismo decidióse mantener secreta la convención de San Remo.

Entretanto, nada sospechaba la *Standard Oil*. Orgullosa de haber suministrado—durante la guerra—a los Aliados el 80 por ciento del petróleo que salvara los ejércitos de éstos; y sabiendo, además, que las nuevas condiciones industriales y la carencia de petróleos rusos y rumanos harían acrecer las necesidades en todas partes; persuadida asimismo de que Francia, por carecer, más que ningún otro país, de combustible, acogería con prontitud el petróleo norteamericano, organizóse como para proveer en gran escala el mercado francés. La *Standard Oil* esperaba encontrar en el gobierno francés un apoyo resuelto y muestras de reconocimiento.

Pronto hubo de desengañarse.

Para abastecer a Francia, lo primeramente necesario era procurarle barcos-tanques, dado que los pequeños tanques de 5.000 toneladas pertenecientes al "cartel" eran notoriamente insuficientes. Precisamente, antes de la guerra, la filial alemana de la *Standard Oil*—la *Deutsche-Amerikanische Petroleum*—, poseía una flotilla de navíos modernos. Naturalmente, Inglaterra se había apresurado a ponerlos bajo secuestro. Inmediatamente después del armisticio, la *Standar Oil* pidió que les fueran devueltos, comprometiéndose a ponerlos a disposición de los petroleros franceses. Con gran sorpresa suya, el gobierno francés la apoyó flojamente; el *Foreing Office* (ministerio de relaciones exteriores de Inglaterra) hizo una resistencia enérgica; más de un año se perdió en inútiles tramitaciones; los navíos fueron por fin devueltos, pero cuando ya era demasiado tarde.

Mientras dichas tramitaciones se proseguían en Londres, el *trust* norteamericano, constatando la insuficiencia de las instalaciones de los puertos de Francia, pedía autorización al gobierno francés para construir en el Havre amplios depósitos.

El ministerio acogió favorablemente este pedido y lo elevó para su estudio a la administración competente. Ya se conoce a la burocracia francesa: incapaz de crear nada por sí misma, es un instrumento incomparable cuando se trata de paralizar las iniciativas.

El proyecto norteamericano comenzó, pues,

una lenta peregrinación a través de los expedientes. Pero, de pronto, como por casualidad, se supo—por conducto de las cien voces de la prensa—que una sociedad había propuesto la creación de un acueducto (*pipe-line*), cuyo costo ascendería a 200 millones de francos, entre El Havre y París. Esto exigía un estudio complementario para comparar los dos proyectos.

En fin, cuando la *Standard Oil*, impaciente por todas esas dilaciones, envió al embajador de los Estados Unidos para pedir al presidente del Consejo hiciera acelerar el trabajo de sus oficinas, se le contestó que no había en eso ninguna mala voluntad hacia los Estados Unidos—al contrario,—pero que las formalidades impuestas eran indispensables, y eran, por otra parte, las mismas tanto para la *Standard Oil* como para su competidora; por lo tanto, la actitud de Francia era absolutamente correcta. No cabe duda; mas es el caso que, gracias a semejante juego, Francia no posee al presente ni *pipe-lines* (acueductos) ni depósitos, y el mazout falta en sus fábricas. El *trust* inglés ha paralizado a su competidor y por añadidura a la industria francesa.

No obstante esto, la *Standard Oil* mantenía su confianza. Sabía que el *Commissariat général aux pétroles et combustibles* (Comisaría general de los petróleos y combustibles) debía cesar en abril 21 de 1920. Era creencia general de que el contralor del gobierno sobre los petróleos—que ejercía desde 1918—cesaría en aquella fecha y que el comercio recobraría su libertad.

En previsión de ese acontecimiento, la *Standard Oil* constituía, el 1º de abril, una filial franco-norteamericana con un capital de 25 millones de francos. Esta sociedad celebró de inmediato importantes negocios de mazout con varias refinerías y compañías de navegación: tal era su confianza que adquirió, costándole algunos millones, un magnífico palacio para instalar en él su sede social.

Efectivamente, fué suprimida el 21 de abril la Comisaría general. Pero el 24, Millerand subscribía en San Remo el acuerdo por el cual se libraban al *trust* anglo-holandés todos los petróleos franceses. Cuatro días más tarde—el 28 de abril—, el gobierno francés volvía a hacerse cargo del contralor de los petróleos; y tan pronto como entró en funciones el nuevo comisario, se negó a reconocer los contratos celebrados entre la *Standard Oil* y sus clientes franceses (2).

Esta vez los norteamericanos sintieron inquietud.

La *Standar Oil* pidió la protección de su gobierno, y el 17 de mayo el embajador de los Estados Unidos, Mr. Wallace, transmitía oficialmente al gobierno francés las quejas de sus connacionales. Señalaba todos los obstáculos opuestos por la administración a los proyectos de construcción de depósitos formulados por la firma norteamericana; constataba que las sociedades británicas no encontraban esas dificultades; y, advirtiendo que las necesidades de Francia en mazout son diez veces superiores a las cantidades suministradas, que muchas fábricas francesas estaban clausuradas por falta de combustible, hacía notar que en el mercado francés había lugar para las firmas inglesas y norteamericanas a la vez y pedía fuesen tratadas bajo un pie de igualdad.

El nuevo comsiario, M. Laurent-Eynac, sin referirse a la convención que lo ligaba a los ingleses, contestó "a la normanda": haciendo recaer todo el mal sobre la necesaria lentitud de los estudios o encuestas administrativas, análogas para todo el mundo.

Pero algunos días después—el 25 de mayo—, el *Temps* publicaba un análisis, por otra parte incompleto, de la Convención de San Remo.

Los norteamericanos empezaron entonces a comprender que se quería eliminarlos del mercado francés.

¿Qué hacía el gobierno de Wáshington? Sin disgutarse, quiso aun ensayar una conciliación.

El 26 de junio reunióse en París la asamblea constitutiva de la Cámara de Comercio internacional. Ciento cuarenta delegados de las Cámaras de comercio norteamericano se encontraron en ella con sus cofrades de Francia Inglaterra, Bélgica e Italia. Mr. Thomas A. D'Onnel, presidente de la *American Institute of Petroleum*, presentó la tesis oficial de su país. Más arriba se ha visto que las delegaciones inglesas y francesas la hicieron descartar.

Entretanto, después de laboriosas discusiones en Hythe, Boulogne y otros lugares, los gobiernos aliados habían conseguido ponerse de acuerdo respecto de la parte que le correspondería a cada uno de la indemnización alemana. Desde entonces, ya sólo se trataba de fijar el monto de las anualidades que debería entregar el vencido, y luego de preparar un gran empréstito internacional que, capitalizando esas anualidades, permitiría a cada uno de los beneficiados—a Francia en particular—ingresar de inmediato los millones necesarios para su reconstitución. Mas para esto el concurso del ahorro norteamericano era absolutamente necesario.

¿Los Estados Unidos hicieron entender que, dada la situación de su mercado financiero—sobrecargado por los 75 millones de francos oro prestados a los aliados durante y después de la guerra—, érales imposible participar, por el momento, en una operación de esa envergadura? Es probable. El hecho es que la gran Conferencia internacional, especialmente convocada en Bruselas con ese objeto, ha sido postergada *sine die* (3).

Desde entonces parecióles, sin duda, a los diplomáticos franceses que no había ya lugar a incomodarse más. Y el 25 de julio, el *Temps* publicó la copia del texto oficial de la Convención de San Remo...

La suerte estaba echada: todos los interes petrolíferos de Francia, en sus colonias como en otros países, habían sido entregados a Inglaterra.

(*Continuará.*)

(*Traducción de* Julio Celta.)

---

(1) Ver la copia del texto en los Anexos.

(2) Para justificar tal actitud, un dario de la extrema derecha aseguró que inmediatamente después del armisticio, la *Standard Oil* reclamaba que en adelante las entregas de petróleo le fueran pagadas al contado, en tanto que la *Royal Dutch* ofreció generosamente al gobierno francés créditos a largos plazos.

El parlamento procurará seguramente saber cuánto le costarán a Francia esos "generosos" créditos cuando haya que reembolsarlos al precio actual del florín (cuatro francos 79 en vez de dos francos 31, que es el que regía a fines de noviembre de 1918).

Sería inocente creer que uno de esos dos grandes *trust* haya sido más desinteresado que el otro.

Nosotros no tenemos por qué inclinarnos a un lado ni a otro en esta querella. Pensamos, sencillamente, que, puesto que existe rivalidad entre los dos grupos, el interés evidente de Francia es el de dejar campo libre a la competencia de los mismos, a fin de tener petróleo barato y abundante; luego, una vez satisfechas sus necesidades inmediatas, aprovechar la situación para crear en Francia, lo más pronto posible, una industria petrolífera independiente.

(3) Tuvo lugar a principios de octubre de 1920: el delegado "oficioso" del gobierno norteamericano declaró en ella que su país no participaría en ningún empréstito internacional destinado a capitalizar la indemnización alemana, y dicha solución fué abandonada.

Por el Diario de la U. S. A.

El Comité Central resolvió iniciar la publicación del diario, órgano oficial de la U. S. A., el día primero de septiembre del corriente año, y ha decidido que la actual denominación del semanario, una vez que se convierta en diario, sea substituída por la de Bandera Proletaria.

Las causas que determinaron esta substitución de nombre son varias e importantes, y la principal responde a una conveniencia de la venta popular del diario, especialmente en la Capital Federal. Como sería largo enumerar las razones que concurrieron a la determinación de este cambio omitimos ese trabajo. Por otra parte no se trata de una cuestión fundamental que pudiera afectar el buen funcionamiento de la organización, sino de un mero detalle, y esto basta para que el Comité Central juzgue innecesario extenderse en una exposición de argumentos tendientes a justificar su proceder al respecto.

Los sindicatos comprenderán el enorme esfuerzo que para la U. S. A. significa el editar un diario propio a los pocos meses de su constitución. Sin embargo, este esfuerzo debe ser realizado sin titubeos. Algunos de los diarios que se pretenden obreros, lejos de constituirse en apoyo de la U. S. A., son sus más encarnizados enemigos. En forma franca o encubierta la combaten, empleando en sus propósitos de destrucción, tanto la calumnia que siembra la duda entre los trabajadores como la ocultación de hechos que la U. S. A. realiza, y que por su magnitud, su alto espíritu de clase y el noble propósito que les da origen, significan la más concluyente demostración de que la U. S. A. es la central obrera que en el país posee las condiciones necesarios para combatir con éxito a la clase enemiga.

Frente a esa prensa enemiga que se complace en unirse a los propósitos del capitalismo para destruir la U. S. A., no podía permanecer impasible el C. C., cuyo cometido es el de velar por la integridad de la institución y su progresivo engrandecimiento. Y fiel a sus deberes tomó la resolución de dotar a la U. S. A. de un elemento tan importante como el diario. De ese modo, la calumnia vertida a diario por los enemigos de la unión proletaria será destruída de inmediato, la obra separatista será combatida y se pondrán al descubierto las actividades divisionistas de todos los sujetos que en nombre de un partido o de un ideal trabajan por cuenta y en beneficio de la clase capitalista.

El C. C. está convencido de que la necesidad que lo indujo a tomar tan importante resolución es harto sentida por todos los trabajadores, y por consiguiente han de compartir con él la tarea costosa de sostener el diario. La causa común, en cuya defensa estamos todos empeñados debre obrar el milagro de convertirnos en obligados lectores de nuestro diario. Bandera Proletaria debe estar en la calle, en el taller, en el hogar, en el bolsillo de todo proletario; debe ser exhibida en todas partes como la defensora cotidiana de nuestros derechos y como la más alta expresión de nuestros ideales revolucionarios y emancipadores.

Y para que todo eso sea, es necesario que desde ya cada trabajador aporte su concurso, bien como subscriptor, ya adquiriendo bonos solidarios y difundiendo por todas partes el nombre y los ejemplares de Bandera Proletaria.

De la Circular general número 6 de la Unión Sindical Argentina

Concepto de patria

Cuando todo cambia y se modifica y evoluciona, ¿por qué no ha de modificarse y evolucionar solo un nombre? El concepto de patria no puede ser el mismo que ayer, una forma de egoísmo, cuando no un aspecto de la iniquidad. En nombre de la patria se ha querido perpetuar el absurdo, cerrando la inteligencia humana a toda libre indagación. Si ha osado afirmar un enunciado, se le ha presentado el recuerdo de la campaña de aldea, que llama a la oración cuando el sol se oculta tras las montañas y hacen sonar los rebaños su esquila; de la hierba florida, bajo a cual dormitan nuestro progenitores sombríios; de la majestad de nuestros concilios, de la magnificencia de nuestras catedrales, de nuestra epopeya de siete siglos contra mulsumanes, herejes y apóstatas. Si ha pretendido emanciparse, se le ha hablado, en nombre de la patria, de instituciones seculares que cobijó el pendón castellano, aragonés, catalán, vasco; de inmarcesibles glorias jamás marchitas de Clavijo y las Navas, de los caudillos y de los Césares, de Indibil y Viriato, del Cid y Gonzalo de Córdoba. Si ha querido acabar con la explotación y la iniquidad, se ha mostrado el *in hoc signo vinces*, que predica humildad, sumisión, mansedumbre, la tradición gloriosa, los blasones y privilegios. Si ha sido prudente ante temerarias empresas, se le ha dicho, llevando a la juventud a la muerte, como los carneros tras el morrueco, que España era fuerte, invencible, heroica, protegida de Dios, como atestiguaban con sus ruinas Numancia, sus cenizas Murviedro, sus murallas Gerona. Si ha soñado con civilización y progreso, se ha invocado la sombra de Cisneros, el severo perfil del segundo Felipe, la supuesta misión dominadora que anegó en sangre nuestros campos. En nombre de la patria, el pasado, ¡siempre el pasado! Y así el canto a la patria, que en los labios de Castelar era, como en Tirteo, un himno de avance, o como en Byron, un salmo de alegría, se trocó en canto de funerario, cuando no en triste *De profundis.*

La patria era aquello, lo que fué, lo que quedó entre el limo, inmóvil y petrificado. Su negación era el progreso, la fraternidad, la justicia. Y en nombre de la patria se consumaron las mayores iniquidades e infamias, se llevó el luto a la familia, la desolación a la aldea, la miseria a la región, la desesperación a la colonia y el oprobio a la Humanidad.

¡Una patria! Sí. Pero la patria del gran tribuno, que mire adelante, que abra los ojos al futuro, que luche por la verdad y la justicia, que acabe de una vez para siempre con todas las falsas leyendas, cuyo nombre sirva de lábaro y signo a los irredentos. Antes que patriotas debemos ser hombres; antes que españoles, ciudadanos del mundo. ¿Se quiere salir de la barbarie, de la esclavitud, del oprobio, de la miseria y la cobardía? ¡Ah, sí! Una patria. Pero una patria nueva.

Antonio ZOZAYA.

Posibilidades

Los Sindicatos despues de la Revolución

Nosotros no creemos que una revolución social pueda hacerse de arriba a abajo, por el método de la revolución política. Eso de la conquista del Poder público por el proletariado y la instauración de la dictadura proletaria nos ha parecido siempre de una ineficacia absoluta y de una pasmosa simplicidad. Son ideas que corresponden a un estadío social menos orgánico que el nuestro; son ideas de los comienzos del siglo XIX, correspondientes a la infancia del maquinismo y la gran industria, cuando la organización tenía escasa importancia en la sociedad humana, y sólo el Estado estaba realmente organizado.

Pero actualmente, esas ideas llegan con retraso. La evolución social camina mucho más adelante que ellas. Actualmente, por debajo de la organización del Estado existe una vasta red de organizaciones parciales, y la existencia misma de la gran industria y del maquinismo en gran escala imponen, no sólo la necesidad de su absoluta permanencia, la necesidad de que su funcionamiento no se interrumpa un momento.

Poco importa en tal situación apoderarse del Estado con todo su aparato de fuerza. Ese aparato de fuerza no dará al Estado poder para suplir la función de esas organizaciones, ni para dar a las masas la nueva capacidad orgánica indispensable para un cambio en la vida social.

La revolución es un proceso de eliminación. También es un traspaso de poderes y de funciones. Pero este traspaso tiene un carácter orgánico. Si no existe este traspaso orgánico de poderes y de funciones, no hay tal revolución, porque no puede haber verdadero cambio en la vida social, que es lo que en substancia significa la revolución.

Y es lo que acontece con el método de la conquista del Estado. El Estado puede ser conquistado por una clase, pero continúa siendo Estado, el centro de dirección y ordenación de la vida social. En el caso de los trabajadores esta conquista del Estado no puede pasar de una conquista nominal, puesto que no puede su gestión ser realizada por los trabajadores. Esta gestión tiene que ser encomendada a una burocracia, tanto más numerosa cuanto más grande se quiera hacer su eficacia. Y esta burocracia sería una burocracia como todas las burocracias que son y han sido. Ella formaría el nuevo Estado, el cual, después de haber sido conquistado por los trabajadores, acabaría en seguida por conquistar a éstos.

El Estado no puede ser nunca el órgano de la emancipación humana. Es una organización superpuesta por encima de la vida social de la humanidad, cuyas raíces no están en lo hondo de la vida del pueblo, y que por su carácter no pueda jamás llegar a nutrirse de su savia.

Siempre ha sucedido lo mismo: después de las revoluciones, los individuos que pasan a formar parte del Estado, además de haber sido formados en la lucha y haber vivido entre el pueblo, tienen el compromiso de ser fieles a un orden de ideas y de principios, que son las que les han llevado allí. El Estado entonces se humaniza. Pero esos individuos son más tarde substituídos por otros, y como el Estado no

Las frases mandan...

Por CARLOS PETER

Nos resulta excesivamente de moda el hábito de referirse y repetir isocronamente un lenguaje mecanizado, como es el que se refiere a la "dictadura del proletariado", el cual es presentado como algo nuevo, como si fuera condición especial de los tiempos presentes, llamado a encarrilar al proletariado en el sendero que lo conduzca a su soberanía política y a su libertad económica. La cuestión, a pesar de créerse nueva, es excesivamente vieja; tan vieja como antigua es la voluntad de la clase obrera de anular la hegemonía del capitalismo como grupo o clase directora de la sociedad. Tan antigua como las primeras luchas, los primeros esfuerzos efectuados por los trabajadores cuando en los albores de su conciencia de clase recién comenzaban a vislumbrar para sí el derecho histórico y el deber moral de dirigir los destinos sociales, por ser el núcleo social superior para satisfacer las necesidades inherentes a la vida colectiva.

Desde entonces ha surgido en el espíritu de los trabajadores, se ha encarnado en su personalidad, la convicción de bastarse a sí mismos, de anular, por consiguiente, las prerrogativas del capitalismo como tutor político y económico.

No sé si a ese deseo del proletariado puede ajustársele el término de "dictadura", dictadura que, en ese caso, no sería el atributo de dictarse sus propias normas sin la intervención coercitiva del poder capitalista por intermedio de su órgano autorizado: el Estado. Si eso es lo que se entiende por dictadura, en buena hora la vulgarización del término, porque no sería sino que una expresión ajustada y fiel intérprete de una idea.

Sin embargo, aceptar esa acepción del vocablo cometeríamos un grave error, más grave aún si consideramos que prácticamente se aplica a un motivo ideológico que dista mucho de ser el puro y genuino concepto revolucionario que informa toda la actividad sindicalista del proletariado.

La dictadura del proletariado nos resulta simpática, sublime, promisora de nuevos días de libertad y de justicia. Sólo significaría con ella que ha quedado al resago, en la defensa de los intereses económicos, un núcleo más o menos grande de la clase enemiga a quien hay que aplicarle las normas sociales tendientes a estabilizar la situación revolucionaria que después de tantos esfuerzos ha creado el proletariado. En ese caso se trataría de "dictar" contra una parte de la clase enemiga, o contra la clase capitalista en su totalidad.

Y en ese caso, ¿quién debería dictar? ¿Quién sería el encargado de fijar las normas y la materialización de la dictadura? ¿De qué órganos deberíase valer para practicar esa dictadura?

Son preguntas éstas que tal vez compriman demasiado el asunto, al concretarlo en tan pocos puntos, siendo de un carácter tan amplio y poseyendo tantos y variados aspectos. Pero es que nos interesa sumamente saber qué se entiende por "dictadura", ya que estableciendo el carácter de la interpretación del concepto se puede después colegir fácilmente los órganos que han de dictarla, y que, en resumen, dado el carácter de los instrumentos, se puede saber, a su vez, cuáles son los elementos que los compondrán.

En un principio he dicho que desde hace mucho tiempo el proletariado lucha por implantar su dictadura; dictadura que, posiblemente, no sea la misma que han hecho circular en la plaza los novedosos en materia de principios y doctrinas sociológicas. Además, hay un sinnúmero de opiniones de autores que cuando las emitieron fué al solo deseo de satisfacer un juicio propio y nunca esperando o suponiendo que en la época, para nosotros contemporánea, se crearan condiciones especialísimas para implantar la dictadura del proletariado. Desde entonces creyeron en una revolución social que diera a los trabajadores, además de los útiles de labranza y en general todos los instrumentos de la producción, la libertad de vida y de acción que supone el más amplio concepto humano. Y se dijeron que, en efecto, debían imponerla. Imponerla, sí, pero a la clase enemiga y ¡nunca! al propio proletariado. ¡Imponer la "dictadura al proletariado" es un absurdo!

La aceptamos, la queremos y la deseamos, pero no ha de ser sobre el proletariado que ha de aplicarse esa dictadura, sino a la clase enemiga. Porque si se acepta que se puede aplicar a pesar del proletariado, ella no sería obrera, no respondería y no podría responder a los deseos y fines de los trabajadores, porque éstos carecerían de representación en los órganos encargados de aplicarla.

Sin embargo, estos absurdos, estas enormidades tienen asidero hoy día en muchos buenos compañeros, quienes al hablar de dictadura y de revolución no recuerdan siquiera por asomo al proletariado.

Suponen que un cataclismo fatalmente hará caer estrepitosamente "las ya carcomidas bases de la sociedad burguesa". Y así se conforman. Las frases hechas y muchas veces sin sentido suplen el lugar de la idea que ha de surgir al amparo de un razonamiento. Se trata de engañar al espíritu, de satisfacer un prurito cruelmente desdeñoso de la realidad y de la vida. Parecería que la ciega idea de la religiosidad ha entrado en el área mental de muchos obreros. Se enfurecen, se indisponen cuando piensan que la revolución no vendría hasta tanto el proletariado la quiera y la pueda hacer.

¿Para qué esperar?—se dirán.—¿Para qué sufrir?—repetirán cansados y exhaustos de fuerza y de voluntad para proseguir la tarea... ¡Ella debería estar más cerca, debería golpear nuestras puertas, cerradas—¡oh ironía!—por un olvido nuestro... Sino la revolución ya estaría hecha... la viviríamos, la saborearíamos deliciosamente y ya nadie osaría hablar de "dictadura"...

Lo más interesante de todos los argumentos que exponen los que perifrasean con su "dictadura" es aquel de la guerra.

Que la guerra ha devastado inmensos campos dorados de mieses, lo sabemos; que ha producido un desgaste muy notable en todo el engranaje de la sociedad capitalista, también lo aceptamos; y tan es así—agregamos nosotros—que por ello se han producido con tanta continuidad esas conferencias internacionales disfrazadas convenientemente de un ropaje de cordialidad. En una palabra: Nosotros también creemos que el capitalismo ha salido profundamente afectado de la guerra, porque ha demostrado a los ojos de todo el mundo su impotencia para dirigir la sociedad sin ese necesario atributo de sangre y de muerte que ha de condenar quien quiera que estime a la vida humana.

Pero es que no es eso lo más interesante de la guerra. Estos, en verdad, son hechos que deben tenerse en cuenta en los momentos de compulsar su origen y resultados; pero nosotros que componemos el ejército de los trabajadores, debemos considerarnos como soldados que han peleado, por error o por prejuicio, en defensa de principios y de intereses que no son los nuestros.

¿Qué hemos sacado con ello? ¿Qué nos ha demostrado la guerra? ¿Hemos comprobado, una vez más que en en las guerras únicamente están en juego las necesidades del capitalismo?

Si hemos obtenido esto último podemos darnos por satisfechos, aun a costa de tantos e inútiles sacrificios humanos.

Si queremos tener en cuenta la situación embarazosa que ella ha creado al capitalismo no olvidemos la otra situación que ha originado al proletariado organizado.

Es verdad que en el transcurso de la guerra y después de su terminación se ha intensificado el espíritu de solidaridad de clase en el seno del proletariado; posiblemente ha sido por intuición o por antonomasia a los degradantes reflejos que llegaban de los campos de batalla.

Ha sido un hecho evidente que la organización ha vuelto a resurgir con más bríos y con más potencia que antes.

¿Pero y este solo hecho ha bastado para trasladarnos automáticamente a la revolución? ¿Esa debilidad producida en el cuerpo del capitalismo ha sido reemplazada por una mayor potencia y capacidad de dirección por parte de la clase obrera?... Entonces, que no se diga que el momento es de "dictadura", que se hace inminente la "dictadura del proletariado".

¿Y por qué decreto?—pregunto yo.—Grande habría sido la desgracia nuestra si debíamos saborear la "dictadura" que, importada de Moscú, nos trajera un partido político...

La guerra nos enseñó una cosa: que debemos prepararnos con más eficiencia práctica y con un alto espíritu de autodirección. Unicamente así sabremos impedirlos y a su vez estaremos colocados en el terreno que ha delineado con exactitud la experiencia de los muchos años de lucha. Y habríamos hecho un acto de verdadera "dictadura" obrera..., la única que debe aceptar el proletariado: la revolución.

Donde más se nota el espíritu quijotesco que guía a los "virtuosos" y nuevos propagadores de la "dictadura proletaria" es en su olvido—intencionado por cierto—de los actos que las organizaciones sindicales realizan todos los días, actos que son de verdadera dictadura; hechos cuya moral se halla enaltecida por la personalidad que forma en los que los efectúan, evidenciándolos con un inquebrantable ánimo de dictar para la sociedad, al hacer que dicte su clase por intermedio de los únicos órganos acreditados para ello: los sindicatos obreros.

Estos hechos se olvidan. Deliberadamente se descarta esa mención honrosa, ¡eminentemente necesaria!—por qué no decirlo.—Ignorar ese esfuerzo, ese heroísmo que sin protocolos ni aparatosidades despampanantes encierran el *summum*, el factor de la revolución, es sospechosos a todas vistas.

La reducción de las horas de trabajo ¿para qué?... Eso no es dictadura, y los patrones intentan alterar el horario de las ocho horas.

¿El aumento del salario?... ¡Pavadas "reformistas"... "paneismo" puro!... Eso no es "dictadura proletaria"... Y los patrones intentan rebajar los salarios.

¿Pedir la expulsión de un carnero o un capataz y conseguirlo!... Eso es cosa vieja, ya pasada a la historia y que no pertenece a los tiempos que corremos...

—Se han transmutado los valores, amigazo—me decía no hace mucho un buen camarada.—Ya no es posible ocuparse de esas cosas; eso estaba bien para entonces, pero para hoy no.

Con un esfuerzo inmenso admití la lógica de ese compañero y me conformé diciendo mentalmente: Pues entonces a desorganizarse...

Y desorganizados, con la rebaja de los salarios y con el aumento de las horas de trabajo implantemos la "dictadura del proletariado"...

Y así quedé convencido que había cosas que en verdad habían sido "transmutadas"...

Buenos Aires, julio de 1922.

---

es un organismo sujeto a la influencia directa del pueblo acaba por corromperse.

Por eso, si ha de hacerse una revolución social, no se hará tomando al Estado como instrumento. El verdadero instrumento de la revolución social es el Sindicato. Mientras el Sindicato no se halle en condiciones de asumir la dirección de la vida social y de convertirse en el centro de ordenación de ella, la revolución no será un hecho. El Sindicato, y no el Soviet, es el único órgano de la emancipación de los trabajadores, antes de la revolución y después de la revolución.

El Sindicato ofrece sobre el Estado la superioridad de fundir la vida social de la humanidad en un tipo de unidad orgánica, que no ha sido posible realizar todavía en la humanidad, y que es la única forma de coordinar el interés colectivo con el individual. Además, tiene sobre el Estado la ventaja de ser un método más completo y más directo de la organización, de unir la vida política y la económica, y de ampliar al infinito la esfera de la vida legal.

Haciendo a los Sindicatos conscientes de su completa misión y de todas sus posibilidades, inmediatamente después de la revolución, y hasta en pleno fragor de la lucha, podrían encargarse de tomar posesión de fábricas y talleres y establecimientos y poner en marcha la máquina económica de la sociedad. Teniendo los trabajadores en sus manos la producción y la riqueza, para ganar la batalla no les hacía falta más que saber defenderla y esperar.

Y a esto es a lo que se deben concretar las ideas de la revolución: a la toma de posesión por los Sindicatos de los instrumentos de trabajo y de la organización y dirección del trabajo, y a la eliminación del Estado, pasando a los Sindicatos sus funciones indispensables.

La forma de organización del trabajo y de la distribución del consumo son detalles que no tienen importancia, ya que corresponden a otra fase evolutiva, a la fase evolutiva que empieza al terminar la revolución.

Máximo ARACEMI.

La tristeza de Maese Pitaut

Refunfuñando, blasfemando, escupiendo, maese Pitaut ataviaba a los caballos y se preparaba a marcharse para la labor.

Una linterna con vidrios de cuerno alumbraba el cielorraso entre cuyas tablas horadadas pendían mechones desgreñados de lienzo; y sobre los sórdidos muros, salpicados de estiércol, movíase la sombra desmesurada de las bestias. Luisa, la sirviente, se asomó a la puerta de la caballeriza:

—¡Hola, mi amo, mi amo!

—¿Qué hay?—preguntó maese Pitaut juntando los tiros de cuerda de la yunta de caballos y atándolos en un gran nudo.—¿Qué hay?

—¡Es preciso que vengáis pronto, muy pronto! No sé lo que tiene la Alondra. A pesar de haberle dado zuecazos en el trasero, no se mueve. ¡Y después sufre!... ¡Dios mío, cómo sufre!...

—¡Qué, qué! ¿Y dices que no quiere levantarse esa roñosa?

—¡No!

—¡Qué... qué!... Espérame...

Maese Pitaut desenganchó la linterna y siguió a la sirviente.

Afuera el alba aparecía apenas, toda friolenta y toda pálida, en la niebla, una de esas nieblas amarillas de noviembre, sin tierra y sin cielo; una niebla donde los árboles y las casas se bosquejaban débilmente y después se borran, se confunden con la atmósfera condensada, descolorida, imagen entristecedora de la nada. En el corral de la granja, las gallinas, despertadas por la corneta de los gallos, picoteaban el estiércol; a la orilla del baño fangoso, los patos alisaban sus plumas, y, lentamente, pesadamente, mientras el pastor, seguido de su manada, se hundía en la bruma, como un espectro, las vacas salían del establo, se dirigían, hacia su cama de arena, mugían, alargando el pescuezo, y venían unas tras otra a frotarse las espaldas contra el tronco del nogal, cuyas ramas peladas, chorreantes de humedad, se desaguaban, sobre el suelo con un ruido de lluvia.

Pitaut entró, delante de Luisa, por una puerta abierta, y he aquí lo qué vió:

En la obscuridad, al fondo del establo, caliente como una estufa, todo lleno de olores acres de estiércol, la vaca descansaba, acostada sobre una cama de helechos fangosos. Sus flancos enormes, todos blancos, se henchían y se aplanaban, semejantes a un fuelle de fragua en movimiento; sus cuartos, marmoleados de manchas rojas, estaban sucios de orina y de excremento verduzco, y de su hocico, alargado sobre la inmundicia de la litera, salía el silbido de una respiración corta.

Alumbrado por Luisa, a quien había confiado la linterna, Pitaut se inclinó sobre la vaca, la examinó minuciosamente, le palpó los miembros con sus gruesas manos violáceas, le palpó los párpados, descubriendo un ojo dulce y sin pensamiento, donde brillaba una llama de fiebre.

—¡Vamos, Alondra!...—dijo con ternura.—¡Vamos, mi hermosa Alondra!... ¿Qué es lo que tienes? ¿Dónde te duele, mi reina?... ¿Dónde te duele?

Tomó del pesebre una remolacha, que partió y presentó después de haberla olfateado, a la vaca, que movió la cabeza y no se movió más.

—¡Qué... qué!...—murmuró.

Su rostro, semejante a un pedazo de tierra cubierto por un gorro, quedó de repente perplejo. Maese Pitaut se raseó la cabeza repetidas veces y se abismó en reflexiones profundas y penosas, mientras Luisa, miraba distraídamente el establo vacío y los pesados maderajes que se perdían en el ángulo negro del techo. Dejando nuevamente la remolacha en el pesebre, se arrodilló sobre el estiércol, aplicó su oído contra el pecho de la vaca y cerró los ojos para abstraerse más y oír mejor. Una rata asquerosa corrió sobre el montante del pesebre, se deslizó en una hendidura del muro de barro y las gallinas invadieron el establo.

—¡Dios mío, cómo ronca!—exclamó Pitaut levantándose.—Le hierve el pulmón, casi, casi como la sidra nueva en una pipa... ¡Está en ferma esta bestia; seguro que está muy enferma, muy enferma! ¡Caramba, caramba!... Pero, ¿qué es lo que tiene, Luisa?...

—¿Decíais?

—¡Vete a buscar los sacos de patatas en el horno y el toldo viejo, a la derecha, sobre el colador!... ¡Dios mío, cómo sufre!

La sirviente tendió la linterna a su amo y salió, haciendo sonar sus zuecos.

Inquieto, las cejas fruncidas, Pitaut se puso a girar alrededor de la vaca, cuyos flancos jadeaban cada vez más.

El miedo de perderla, de verla allí, tal vez pronto, sin aliento, los miembros rígidos, le oprimía el corazón llenándolo de angustia; un estremecimiento sacudiale todo el cuerpo. ¡Una vaca tan hermosa, la mejor del rebaño! ¡Una vaca que le daba todos los días diez y seis litros de leche y todos los años un ternero que vendía por 90 francos en la feria libre de Echauffer! ¿Por qué estaba enferma? ¿Con qué derecho quería privarle de un beneficio justo y seguro? ¿Acaso se le cuidaba mal? ¿No tenía siempre buena hierba, zanahorias y remolachas, tanto como quería? Al palparle el lomo, el vientre, la papada, la ubre; al levantarle los párpados cerrados, Pitaut no sabía muy bien si debía encolerizarse contra ella o complacerla.

Si embargo, temiendo aumentar su mal si la

maltrataba, le habló dulcemente, prodigándole caricias.

—¡Vamos, mi hermosa Alondra!... ¡Vamos, mi reina, mi gatita, mi chiquita!...

Pero, en el fondo, hubiese querido decirle "roña", sacudirla rudamente por los cuernos y desencadenar sobre ella a los perros, que la habrían mordido en las patas.

Luisa entró, trayendo los sacos y el viejo toldo. Los dos, con delicadas precauciones, la envolvieron blandamente en pañales, como se hace con los niños.

—¡Vamos, mi pobre Alondra!—decía Pitaut.

Y Luisa repetía a su vez:

—¡Vamos, mi queridita, mi pollita, mi lechoncito!... ¡Vamos, mi pobre Alondra!

—¿Quieres callarte, pícaro?—gritaba la Pitaut que, encorvada ante un vasto caldero, las mangas de su chambra levantadas hasta el codo, aplastaba patatas entre sus manos y las batía después con afrecho y leche agria.—¡Espera, espera! ¡Voy a azotarte!... ¡Te enseñaré a chillar así!

Pero los gritos, que partían de una cunita de mimbre colocada entre las dos camas de la pieza, continuaron y, de repente, fué como un ruido ronco, algo como el estertor de un niño a quien se ahoga.

—¡Ah, maldito pillete!— ¡Ah, rabioso!—clamó la campesina.—Pero ¿no quieres callarte?

Ante la alta chimenea, tapizada de hollín, Riquet, el perro favorito, sentado sobre su trasero, miraba fijamente los restos de un haz de leña que acababa de consumirse, y dos gatos dormitaban, estirados sobre la ceniza caliente.

La Pitaut se aproximó a la cuna donde el niño gritaba siempre. Su pequeña cara, flaca, pálida, arrugada y toda gesticulante, daba pena a la vista. Un pellejo flojo cubría sus ojos, y la raya de sus párpados unidos parecía una herida que rezumase. Los gritos eran arrancados con esfuerzo de su garganta contraída, y su cuerpo se agitaba convulsivamente bajo las sábanas de lienzo gris.

—¿Cuándo acabarás de chillar, pillete?—dijo la campesina, que, inclinándose hacia la cuna, levantó al niño y sacudió el jergón de paja lleno de inmundicia.—¡Vamos—añadió volviendo a acostarlo,—vamos, duerme!... ¡Si te hicieran caso, no podría hacerse nada!...

Abandonó la cuna, fué a arrodillarse ante la chimenea y reavivó el fuego, que estaba a punto de apagarse. El perro se levantó, dió vuelta a la sala, olfateando las baldosas; los gatos, desesperados, se desperezaron y treparon sobre una silla. En ese momento entró maese Pitaut, seguido de Luisa.

—¡Creo que la Alondra está enferma, muy enferma!

La campesina, que soplaba sobre las brasas, se levantó vivamente:

—¿Qué es lo que cuentas?... ¿Qué es lo que dices?—preguntó palideciendo un poco.

—¡Digo que la Alondra está muy enferma! ¡Eso es lo que digo!... ¡Muy enferma!...

—¿Qué es lo que tiene?

—¡No lo sé!... ¡Es en un pulmón donde está atacada!... ¡No come nada... y se hincha!...

—¡Y sufre!—apoyó Luisa.

—¡Y está muy, muy, muy enferma!—concluyó Pitaut arrojando su gorro sobre la mesa, con un ademán desesperado.

Consternada, la Pitaut no decía nada.

Saber de repente que su hermosa vaca, la hermosa lechera, la Alondra, jadeaba, se inflaba, no comía nada, estaba muy enferma, le había revuelto el estómago. Había quedado toda aturdida. Sin embargo, se repuso pronto y, lanzando a Pitaut una mirada cruel, gritó:

—¡Se hincha, sufre!... ¿Y tú te estás ahí como un tonto, rascándote la cabeza?... ¿Crees acaso que los veterinarios son para los perros? Los animales pueden reventar, no valen la pena... no te mueves siquiera un paso... ¿Has puesto solamente paja fresca?... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

El niño gritaba nuevamente, y la cuna gemía bajo el esfuerzo de ese pobre pequeño sér que se debatía contra el sufrimiento. Su voz, tan pronto débil como un quejido, tan pronto sorda con un estertor, tenía imploraciones dolorosas. Pero ni el padre ni la madre oían sus llamadas, que no se expresaban sino por sonidos inarticulados. Los dos continuaban disputando. La Pitaut, furiosa, gesticulaba, diciendo:

—¿Tú crees que sanará mientras estés mirándome así, con el pico abierto?

Y volviéndose hacia la sirviente, vociferó:

—Eres tú la causa, maldita criatura... La habrás llevado al prado de las avelinas y habrá comido mala hierba.

Cayendo sobre una silla, se cubrió la cara con el delantal y lloró.

—¡Mi pobre Alondra está envenenada!... ¡Ju, ju, ju!

El niño tuvo un violento ataque de tos; se hubiera dicho que su cuerpo iba a quebrarse en un supremo hipo. Pitaut levantó los ojos en dirección de la cuna, cuyo mimbre crujía, y donde se observaba por encima de la orilla dos pequeñas manos flacas que se retorcían.

—¡Qué! ¿Es el pequeño quien chilla?—preguntó.—¿Qué tiene para chillar así?

—¡No tiene nada!... ¡Son los dientes!... ¡Mi pobre Alondra!... ¡Ju, ju!

—Vamos, voy en busca del veterinario... No ha muerto todavía. No hay por qué hacerme mala sangre de antemano.

—¡Mi pobre Alondra!... ¡Nunca encontraré otra igual, nunca!... ¿Quieres callarte, cochino? Espera, voy a azotarte.

Luisa había tomado al niño, y mientras Pitaut se ponía la blusa, sentada cerca del fuego, atracaba con una papilla espesa y mugrienta al pequeñuelo, que se debatía, vomitaba, jadeaba.

El doctor Ragaine, calientemente arrebujado con una piel de lobo, conducía su birloche. Trataba de evitar los hondos surcos y las gruesas piedras, cuyas cabezas redondas abrían la tierra del camino aquí y acullá. A pesar de su prudencia y de la docilidad de su caballo, las ruedas chocaban a veces contra las piedras o se deslizaban en los agujeros, y el coche bailaba sobre sus resortes como un barco sacudido por las olas. Había escarcha. Algunos cuervos pasaban muy altos, en el cielo gris, y bandadas de zorzales, atraídos por los callejones de acebo y de rosales silvestres de que estaba bordado el camino, se levantaban azorados e iban a posarse sobre las ramas de los manzanos vecinos.

—Buenos días, señor Ragaine—dijo un hombre gordo que, atravesando de una brecha del vallado, se puso de repente en medio del sendero.

Estaba vestido con una chaqueta muy corta y un pantalón mugriento que terminaba en botas destalonadas y cubiertas de fango.

El doctor detuvo a su caballo.

—¡Ah, señor Thorel!—dijo.—¡Buenos días, señor Thorel!... ¡Cómo andáis temprano por la campaña!

El señor Thorel respiró un instante, quitóse la bufanda de lana gris que le rodeaba el cuello. Respondió:

—Pero sí, señor Ragaine... Tengo en El Espino un caballo atacado de muermo e iba, atravesando los campos, hasta la casa de maese Pitaut, por su vaca, que tiene neumonía y que euro hace cuatro días... Hay mucha neumonía en este momento.

—¡Hombre, pues yo también voy a casa de maese Pitaut!

—Sí, sí, ya sé... para su niño... Yo le aconsejé que os viera. Me parece muy enfermo ese niño... Pero no os detengo, señor Ragaine.

—Haremos el camino juntos, señor Thorel; subid conmigo...

—Es que mis botas están llenas de barro, señor Ragaine.

—¡No importa; venid, señor Thorel!

—En fin, bien, señor Ragaine... con mucho gusto...

Un campesino que andaba de prisa apareció en el recodo del camino.

—¡Hombre, hombre! Aquí está maese Pitaut—exclamó el señor Thorel, que tenía ya una pierna sobre el estribo del birloche.—¡Hola, maese Pitaut!... ¡Buenos días, maese Pitaut!...

—Muy buenos días, señor Thorel y compañía—dijo el campesino, que se había detenido y se descubrió respetuosamente.

—Y bien. ¿Y vuestra vaca?—preguntó el veterinario.

—Sois muy bueno, señor Thorel... Ha muerto esta mañana... ¡Dios mío, sí! En el tiempo de colocar una duela nueva a una pipa... ¡ha muerto! ¡Iba a vuestra casa para deciros que no os molestaseis. ¡Ha muerto!

Tuvo un ademán de cólera.

—¡Tenemos muy mala suerte!... ¡Hace tres años hemos perdido dos potrillos y un ternero, salvando el respeto!... El año pasado se nos ha muerto una yegua que estaba preñada. Esta vez, no se sabe cómo ha ocurrido, todas las gallinas han muerto, y ahora es una vaca, una hermosa vaca, una vaca muy rara, ¡completamente rara!... ¡No hay Dios, señor Thorel; seguramente nos han echado un maleficio!... ¡No me quitarán la idea de que nos han echado un maleficio!...

Pitaut golpeaba la tierra con el aire y se arrancaba los cabellos.

—¡Es que representan mucho dinero todas esas pérdidas!... ¡mucho dinero!... ¡Y después el trigo no anda bien! ¡con una sequía como la que ha habido, los animales no han engordado!... ¡Es mucho dinero!... ¡Sangre de Dios!...

—¿Y el niño?—preguntó el señor Ragaine.

Mase Pitaut miró al doctor como si no comprendiera.

—¿Decíais?—interrogó.

—¿Cómo está el pequeño enfermo que voy a ver?

—¿Nuestro niño?

—¡Claro!

—¡Ah, sí, ha muerto también!...

Octavio MIRBEAU.

MOVIMIENTO SINDICAL

INFORME DE SECRETARIA. — NOMBRAMIENTO DE UN COMITE DE REORGANIZACION Y AGITACION

De acuerdo con lo resuelto por la asamblea, la Comisión Administrativa nombró a tres compañeros para que se encargaran de todos los trabajos pertinentes a la reorganización de algunos talleres que desde un tiempo a esta parte se mantienen alejados de la organización.

Dicho Comité ya entró en funciones, empezando a citar a varios personales.

Dado el loable propósito que se persigue con esta campaña, es un deber de todos los camaradas contribuir con todos los medios a su alcance para que esta labor llegue a buen término.

Es indispensable la cooperación de todos, pues de continuar esos talleres en las malas condiciones en que hoy se encuentran, los perjuicios que ellos acasionan repercutirán en todo el gremio.

No es posible que nos despreocupemos de tan importante asunto. Debemos abatir un mal que, para desgracia de la organización—que representa nuestros intereses,—amenaza extenderse.

Es menester hacer todos los esfuerzos necesarios para conseguir que esos talleres vuelvan a colocarse dentro de las condiciones que tiene establecido el Sindicato, para, en esa forma, oponer un freno no sólo a los malos compañeros que no cumplen con su deber con la organización, sino también a los capitalistas, a quienes hay que impedir por todos los medios el derecho de fijar las condiciones de trabajo, la de retribuirnos con los salarios irrisorios que ellos pretenden y obligarles a que respeten las mejoras ya obtenidas por el Sindicato en luchas anteriores.

Por otra parte es necesario prepararse para conquistar otras mejoras, entre ellas la abolición de la herramienta chica.

Para esto es imprescindible que los obreros respondan a la organización y que todos los talleres estén en armonía con el Sindicato.

Si los compañeros no cooperan en esta labor tan útil que realizará el Comité no sólo no podremos abocarnos a la materialización de esos anhelos sino que los capitalistas, aprovechando la situación favorable que se les ofrecería, tratarán de dar su zarpazo para intentar romper la organización en los talleres e imponer después condiciones deprimentes para los obreros, como lo intentó hace poco el capitalista Sage, pero que, en virtud de la decisión del personal, fracasó en su propósito de reducir los salarios.

Esto lo pretendía hacer porque otros talleres desorganizados lo habían hecho antes.

En vista de este peligro, todos como un solo hombre dispongámonos a trabajar por el afianzamiento de nuestra organización.

Secundemos, pues, en cuanto podamos al Comité de reorganización y habremos contribuído en esa forma a mejorar nuestra propia situación.

TALLER FOREST

Los obreros que trabajan en este taller lograron expulsar al sujeto *Justo Palmeiro*, carnero en varias oportunidades y que se prestó en una ocasión de instrumento de la Liga tenebrosa para hacer procesar a dos compañeros nuestros.

No tuvieron necesidad nuestros camaradas de apelar a la huelga para obtener su expulsión.

Es una buena lección la que recibió este carnero contumaz en pago a sus traiciones a la causa de los obreros conscientes y altivos.

CASA LA PALMA

Dos semanas de huelga, motivada por haberse negado la casa a expulsar del taller a un obrero que había sido designado capataz, y por la provocación de éste al querer trabajar a toda costa, fueron suficientes para hacer comprender al capitalista que toda resistencia le resultaría inútil.

Es un triunfo digno de los obreros que trabajan en ese taller, al par que una demostración elocuente para el capitalista, quien comprenderá ahora que frente a la unión de los obreros no hay poder alguno capaz que pueda vencer.

TALLER GARCIA

(*En huelga*)

Continúa en huelga el personal de este taller.

El burgués logró reunir dos o tres carneros, con los cuales cree poder salir del apuro y salvarse de la ruinosa situación a que lo condujo su estúpido capricho. No ha de tardar mucho tiempo en comprobar su equivocación y por lo tanto el fracaso de su pretendida resistencia. Entonces verá que no le queda otro remedio que arreglar con el Sindicato si es que quiere continuar con su taller.

OTROS TALLERES

Además de los conflictos que más arriba informamos hubo otros de menor importancia en los siguientes talleres:

Epelman, donde se impuso la readmisión de un obrero injustamente despedido.

—*Fuentes*, que se negaba a pagar los jornales a un obrero accidentado, debiendo abonarlos por imposición del personal.

La Burocracia de la U. S. A.

UN CAMBIO DE NOTAS ILUSTRATIVO

Sindicato de Estibadores Unidos—Arteaga, junio 26 de 1922. — Compañero secretario de la U. S. A.—Buenos Aires.—De nuestra estima: Hoy en la asamblea que ha tenido este sindicato, ha sido nuevamente acusada la Comisión Administrativa por un compañero llamado Lucas Barotovich, de filiación anarquista. Dicho compañero declaró ante la asamblea que la Comisión Administrativa de la U. Sindical Agentina estaba compuesta de traidores de la clase trabajadora, que son unos amarillos y vividores, que ganan dieciseis mil pesos por mes, y que por lo tanto protestaba contra la unificación.

Es necesario que dicha comisión acusada levante esos cargos, pues de lo contrario este sindicato tomará nuevas disposiciones.

También si le es posible manifieste cuánto gana cada uno de los componentes de la U. S. A. Esto ha sido pedido por la asamblea de este sindicato.

Lo saluda cordialmente, por la comisión, **Pedro B. GENART**, secretario general.

UNION SINDICAL ARGENTINA

(Comité Central)

Compañero secretario general del Sindicato de Estibadores Unidos. Arteaga.—El Comité Central, después de considerar debidamente vuestra nota de fecha 26 del mes próximo pasado, lamenta que la asamblea se haya dejado sorprender por un calumniador en una forma que habla muy poco en favor de la capacidad de los compañeros que integran ese sindicato.

El Comité no tiene ningún inconveniente en contestar a vuestras preguntas, pues este es su deber, y más bien se siente complacido por la oportunidad que se le brinda para demostrar que los enemigos de la U. S. A., vale decir, de la unidad del proletariado, vense precisados a recurrir al arma policial de la calumnia para combatir la institución central de los trabajadores.

El amarillismo del Comité Central

Para que el Comité Central levante los cargos formulados por la asamblea de ese sindicato, se hace necesario concretarlos en hechos que lo justifiquen.

La asamblea, o el individuo que hizo de guía de la asamblea no especifica un solo caso por el cual este Comité se hace acreedor a los epítetos de traidor y amarillo. Ante esas acusaciones, la situación del Comité es embarazosa. Se encuentra en el mismo trance por que pasaría ese sindicato en el supuesto de que este Comité u otra entidad, lo acusase de amarillo sin determinar un sólo hecho que sirvise de base a la acusación.

De producirse tal circunstancia, lo que no ocurrirá, puesto que el Comité no está constituído por inconscientes, lo primero que se le ocurriría a ese sindicato, sería pedir la exposición del concreto que justificase la acusación para luego desvirtuarla si eso era posible.

Pues bien; ante semejante acusación hecha al Comité, no le queda otro recurso a éste, como medida previa a toda explicación ulterior,

Informe de la Comisión de Estudios sobre las subcomisiones internas auxiliares del Sindicato de Ebanistas y Anexos

Camaradas de la Comisión Administrativa:

Los que subscriben, nombrados por la Comisión Administrativa a los efectos de confeccionar un proyecto de reglamento por el cual deberán regirse las Subcomisiones internas auxiliares, que funcionan en nuestro Sindicato, cumplen con el deber de someter a la consideración de ustedes un proyecto de reglamento que considera el más adecuado y el que mejor consulta las necesidades de nuestra organización.

La Comisión de Estudio ha tratado de aprovechar todas las experiencias y conocimientos recogidos en el período que funcionan las Subcomisiones, y cree que, sin haber hecho lo más perfecto, nos permitirá sin duda normalizar en gran parte su funcionamiento, sin perjuicio de ir introduciendo, a medida que las necesidades lo indiquen, las modificaciones y reformas que el Estatuto reclame.

A fin de ilustrar debidamente a los camaradas de la Comisión Administrativa respecto a las razones que esta Comisión ha tenido para introducir ciertas modificaciones de relativa importancia a la reglamentación anterior, hemos considerado conveniente hacer algunas reflexiones de orden general y particular, que facilitarán a la Comisión Administrativa el estudio de nuestro informe y la colocará, en consecuencia, en mejores condiciones para resolver con entera conciencia su aprobación o rechazo.

CONSIDERACIONES GENERALES

Desde su iniciación, las Subcomisiones auxiliares, salvo excepciones, han actuado en forma irregular y deficiente.

Actualmente son pocas las que llenan debidamente su cometido, notándose en todas ellas falta de dirección y de actividad.

La Comisión de Estudio entiende que en esto como en otras actividades juega un rol importantísimo el factor voluntad, hasta el punto de ser en algunos casos, decisivo. No obstante considera que ha faltado hasta el presente una norma que hiciera recaer sobre los compañeros que aceptan dichos cargos una mayor responsabilidad que la que hoy tienen; responsabilidad que deberá tenerse directamente ante la asamblea general.

Por estas razones aconseja esta Comisión, tal como lo determina en el proyecto de Estatutos, que dichas Comisiones sean designadas directamente por la asamblea de asociados, de conformidad con lo que se dispone a continuación.

Si tomamos como base de nuestra observación las Comisiones Administrativas de nuestro Sindicato, notaremos que todas ellas funcionan con bastante regularidad.

Si se observa que los mismos compañeros que forman parte de unas integran también las otras, nos explicaremos que el no cumplimiento de las obligaciones en las Subcomisiones se debe únicamente a lo que dejamos dicho más arriba.

Aconseja también esta Comisión de Estudio la celebración de reuniones periódicas ordinarias entre la Comisión Administrativa y las distintas Subcomisiones, a los efectos de facilitar un mayor entendimiento en sus tareas y permitir que la orientación de sus respectivas actividades sean encaminadas en un mismo sentido.

Esto, como no escapará al criterio de los compañeros de la Comisión Administrativa, es de gran valor para regular la marcha de las Subcomisiones y para evitar los trastornos que se pueden producir, debido a la falta de vinculación e inteligencia entre las distintas Comisiones.

Por otra parte, la composición de las Subcomisiones con una buena cantidad de compañeros recién iniciados en las actividades del Sindicato hacen tanto más necesario una constante vinculación entre todas ellas, a fin de educar a los camaradas recién iniciados.

Esto lo dejamos establecido en el proyecto de reglamentación que sometemos a la consideración de ustedes.

Además de las reuniones que mencionamos juzga esta Comisión que es de conveniencia que los secretarios de las distintas Subcomisiones estén en contacto permanente con la Secretaría General del Sindicato, a los efectos de mantener a ésta constantemente informada del movimiento y actividades que le son propias, adoptándose, para este fin, el sistema de información por escritos sintéticos y bien documentados.

Esto se explica igualmente en sus detalles en la reglamentación.

Otra modalidad que esta Comisión de Estudio considera inconveniente, y que hasta aquí ha creado dificultades a las Subcomisiones—especialmente para la de Organización—es el horario de trabajo, que tiene lugar a la salida del taller.

La mayor parte de los militantes que dedican sus actividades al Sindicato son refractarios a las reuniones de tarde, debido a lo incómodo que le resulta para todo aquel que deba dedicarse durante un período permanentemente. Esto no ocurriría si las horas fueran de noche, pues la vuelta a la casa no apremia tanto como antes de cenar.

A pesar de considerarlo de importancia, no aconseja esta Comisión de Estudio su aplicación inmediata, por entender que ello sería por ahora de resultados contrarios a los deseados. No obstante opina que debe hacerse en ese sentido la mayor propaganda posible hasta conseguir este propósito.

Para todo esto se exceptuarían aquellos personales cuyo caso no les permitiría hacer posible la medida aconsejada.

Debemos hacer notar a la Comisión Administrativa que, además de las razones expuestas en favor del cambio de horario para las reuniones de las Subcomisiones y personales, se contaría con la ventaja de que los camaradas que no concurren con asiduidad a la Secretaría, podrían, al hacerlo de noche, ir conociendo mejor y más ampliamente las múltiples actividades del Sindicato, las cuales nunca mejor como en esas horas tienen una manifestación más notable. La concurrencia de un mayor número de compañeros beneficiaría directamente a la organización, en el sentido de que ésta podría educar más y mejor a sus componentes.

Con respecto a la Subcomisión de Expedición propone esta Comisión de Estudio una reforma que considera dará en la práctica mejor resultado que con el procedimiento usado hasta ahora, debido a que el trabajo recae únicamente sobre una pequeña cantidad de compañeros, los cuales, en casi todos los casos, no dan cumplimiento a sus cargos por lo que sus tareas resultan demasiado abrumadoras.

El sistema que propone esta Comisión consistiría en hacer que la expedición se hiciera por riguroso turno entre los personales de los talleres organizados, y en especial modo entre aquellos que más se distinguen por su falta de afecto a la organización.

La Comisión de Propaganda, aconseja esta Comisión de Estudio, deberá ser nombrada con una cantidad de camaradas que puedan formar los comités de biblioteca, redacción del periódico y atender la propaganda en general dentro del gremio.

Esta reforma la proponemos con el objeto de que haya entre esas Subcomisiones la necesaria vinculación, ya que toda su actividad se limita a la obra de propaganda e ilustración de los socios.

El proyecto de reglamentación lleva en detalle lo referente a la composición de la Subcomisión antedicha.

Con respecto a la Subcomisión de Estadística la Comisión de Estudio no ha podido opinar debido a que no se conoce con exactitud la labor que haya podido realizar la misma.

REGLAMENTO INTERNO DE LAS SUBCOMISIONES TECNICAS, DE PROPAGANDA, ORGANIZACION, ESTADISTICA Y EXPEDICION

DISPOSICIONES GENERALES

A los efectos de subdividir el trabajo en los distintos órdenes dentro del Sindicato, funcionarán cuatro Subcomisiones técnicas, que tendrán a su cargo las diferentes tareas establecidas.

Los candidatos para formar parte de dichas Comisiones auxiliares serán propuestos a la asamblea general, por la Comisión Administrativa, la cual lo hará teniendo en cuenta las aptitudes y capacidad de los compañeros, para que ellas sean aplicadas convenientemente en las tareas para que se les designe.

Se darán a conocer los nombres de los componentes de las Subcomisiones por medio del órgano oficial del Sindicato, a los efectos de su debido conocimiento en el gremio.

La Comisión Administrativa estará autorizada a separar de su cargo a cualquier camarada que no cumpliera con su deber. En caso de falta grave pasará el asunto a la asamblea.

Los miembros que integrarán las mismas serán elegidos por un año, debiéndose renovar por mitades cada seis meses.

Todas las Subcomisiones deberán tener un secretario, que tendrá en su poder una lista de los miembros que la componen y sus respectivos domicilios.

Deberán reunirse ordinariamente un día por semana, por lo menos. En casos extraordinarios, cuantas veces sean necesarias.

Los compañeros secretarios estarán en contacto permanente con la Comisión Administrativa o con el Secretario General del Sindicato, a quien deberán informar del movimiento y resoluciones de las respectivas Subcomisiones.

Deberán estar presentes en todas las reuniones de la Comisión Administrativa, a fin de conocer sus acuerdos y actividades, lo que permitirá una mejor colaboración y entendimiento.

Informarán a la misma de los acuerdos tomados por las Subcomisiones, semanalmente y por escrito.

Entregarán todos a la Subcomisión de redacción un informe de la labor desplegada a fin de que sea publicado un resumen en el periódico social.

SUBCOMISION DE PROPAGANDA

Estará compuesta de veinte miembros titulares y ocho suplentes. De entre los veinte titulares se formarán tres Comités especiales, a saber:

Comité de Biblioteca (doce miembros titulares y cuatro suplentes).

Comité de Redacción del periódico oficial (tres miembros titulares y dos suplentes).

Comité de Propaganda general (cinco miembros titulares y dos suplentes).

Cada uno de estos Comités tendrá un secretario adjunto al secretario general, el cual será el que determinen sus componentes.

Serán obligaciones de los mismos:

Comité de Biblioteca: Tendrá a su cargo todo lo que se relacione con la Biblioteca Social, como ser: Adquisición de libros, entrega de los mismos a los socios, cobranza de las multas a los morosos y a los que extravíen o pierdan libros de la Biblioteca.

Deberán atender la Biblioteca por turno riguroso de dos miembros, durante las horas de noche, que funciona la Secretaría General.

Los sábados será por la tarde y con arreglo al mismo horario que aquélla.

Las noches de los sábados será atendida voluntariamente.

Los gastos que efectúe dicho Comité serán controlados por el tesorero del Sindicato.

Comité de propaganda e ilustración general: Tendrá a su cargo la tarea de organizar conferencias de ilustración sobre temas de interés para la organización sindical.

Preparará las veladas y pic-nic que realice el Sindicato.

Editará los folletos que estime conveniente para la difusión y propaganda entre los obreros del gremio. Esto lo hará de acuerdo con la Comisión Administrativa.

Tomará a su cargo toda iniciativa que tienda a los fines para que es creado dicho Comité.

Comité de redacción: Tendrá a su cargo la tarea de editar el periódico oficial del Sindicato, debiendo reclamar la colaboración de los compañeros asociados.

Deberá ajustar su conducta a las normas establecidas por el Sindicato, ante el cual es responsable.

Ordenará y arreglará todo el material de informes que para su publicación le entregue la Secretaría General y la de las demás Subcomisiones auxiliares.

SUBCOMISION DE ORGANIZACION

Se compondrá de trece miembros titulares y cuatro suplentes.

Harán turno de a dos todos los días de la semana, de las 17 a las 19 horas.

Serán obligaciones de esta Subcomisión:

Organizar y reorganizar personales, de conformidad con la Comisión Administrativa.

Atender los compañeros o personales que se presentaran durante las horas de turno en la Secretaría.

Levantar acta en cada caso, dejando constancia de las causas que dan lugar a la intervención de los compañeros del Comité.

Extenderá credenciales a los delegados, ru-

---

que solicitar los datos que comprueben los cargos de que se le hace objeto.

Cuando esos datos lleguen a poder del Comité, no habrá ningún inconveniente en considerarlos para dar las satisfacciones a que hubiera lugar.

Lo que ganan los miembros del Comité Central

Los componentes del Comité Central, pertenecen a distintos sindicatos, es decir, ejerce cada cual un oficio por lo general distinto al de los demás; y como al mismo tiempo no hay entre ellos uniformidad en lo relativo a la capacidad de trabajo y a las condiciones impuestas por sus respectivos sindicatos, ocurre que algunos de esos compañeros perciben diez pesos por día, mientras otros no alcanzan a percibir seis.

Está demás decir, que esos salarios se los pagan los burgueses que los explotan y no la Unión Sindical Argentina, como parece desprenderse de la nota de ese sindicato.

El único miembro del Comité que percibe un sueldo de la U. S. A. es su secretario general, sueldo que alcanza a doscientos cuarenta pesos por mes, y que el Comité le asignó como un equivalente al jornal de diez pesos diario que gana en su oficio de ebanista, cuando por necesidades de la organización tuvo que abandonar el taller para hacerse cargo de la secretaría.

Ningún otro compañero del Comité percibe sueldo de la organización ni siquiera el subsecretario por más que la Carta Orgánica admite que el desempeño de esa función puede ser retribuída por el Comité.

Que no pertenecen al Comité y que por consiguiente no tiene voz ni voto en el mismo, existen dos compañeros con sueldo y que desempeñan funciones indispensables. Uno es contador y otro dactilógrafo. El primero percibe ciento ochena pesos por mes y el segundo ciento sesenta.

En total la U. S. A. gasta por mes, en concepto de sueldos a sus servidores quinientos ochenta pesos.

Como puede constatarse, de dicha cantidad a la de dieciseis mil pesos que por el mismo concepto le asignan a la U. S. A., va una diferencia que no llamaremos apreciable, sino escandalosa.

Sólo un microcéfalo puede pensar en semejante asignación. Una persona sensata, medianamente inteligente, comprende de inmediato que no es posible en un país de nueve millones de habitantes, con menos de tres millones de productores asalariados, donde la industria es incipiente y la organización no comprende al cinco por ciento de los trabajadores, pueda alimentarse una burocracia que consume dieciseis mil pesos al mes, y eso con la ínfima cuota de cinco centavos por asociado.

La consignación de ese solo hecho, basta para demostrar a ese sindicato, el enorme error en que se encuentra.

Para finalizar, este Comité llama la atención de ese sindicato sobre lo siguiente: antes de constituirse en vehículo de infamias que no sabemos si son propaladas por un obtuso o un agente patronal, es mejor que los camaradas que integran esa corporación, estudien nuestra circular n. 5 y traten de responder como buenos revolucionarios a la proposición formulada por la Unión Obrera Local de Tandil, tendiente a libertar a nuestros camaradas de las garras del capitalismo.

Creyendo haber satisfecho ampliamente vuestras preguntas sólo nos resta saludarlo cordialmente, por el Comité Central.—*Alejandro Silvetti*, secretario general.

AVISOS IMPORTANTES

Notificamos a los compañeros que los números de la rifa que han recibido deben ser abonados antes del día de la fiesta, la que se efectuará el día 29 de Julio. De no hacerlo así no se tomarán en cuenta los números que salgan premiados y que no hayan sido abonados previamente.

Comunicamos a los compañeros delegados de los talleres que pueden pasar por nuestra Secretaría a retirar los nuevos carnets que los acredite como tales.

Esperamos que los camaradas delegados sabrán cumplir con su deber.

PORTE PAGO

EL OBRERO EBANISTA

Organo del Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

Redacción y Administración: RIOJA 835

bricadas previamente por el Secretario General del Sindicato.

Citará aquellos personales que no hayan cumplido con las condiciones establecidas por el Sindicato dentro de los talleres.

Si lo estimara conveniente y de acuerdo con la Comisión Administrativa podrá provocar agitaciones parciales de personales tendientes a organizarlos o reorganizarlos.

Cuando en dichos actos debiera usar de la palabra algún camarada que no sea de la Subcomisión, éste lo nombrará la Comisión de Propaganda, o, en su defecto, la Comisión Administrativa. En todos estos casos procederá de acuerdo con la Comisión Administrativa y la de Propaganda.

Los oradores que se nombren para estos actos deberán ajustarse única y exclusivamente a las cuestiones de índole sindical.

El secretario de esta Subcomisión estará obligado a entregar semanalmente un informe sintético del movimiento habido durante ese período de tiempo a la secretaría General.

Otro tanto hará mensualmente con la Comisión de Estadística, determinando en detalle la labor realizada a los efectos de la estadística.

En todas las reuniones de la Comisión Administrativa deberá estar presente el secretario de dicho Comité, o, en su defecto, un miembro cualquiera debidamente autorizado.

SUBCOMISION DE EXPEDICION

Se compondrá de tres miembros titulares y dos suplentes.

Tendrá las siguientes obligaciones:

Organizar y realizar las expediciones del periódico, folletos y todo lo relacionado con dicha tarea.

Atender la máquina de direcciones, fichas y todo lo relacionado con ella.

Enseñar el manejo de las máquinas a su cargo a los suplentes o a los compañeros autorizados por la Comisión Administrativa.

En los casos que deba hacer las expediciones citará de acuerdo con la Secretaría General a uno o más personales, a fin de que ayuden a efectuar dicho trabajo.

Controlará con el delegado o delegados de dichos personales la concurrencia de los camaradas.

En caso de falta de cumplimiento por parte de los personales informará a la Secretaría General, la cual tomará las medidas del caso.

Los personales para ayudar en esas tareas serán citados por riguroso turno.

El secretario de la Subcomisión tendrá la lista de los personales citados y la nómina de compañeros que por correctivos deban concurrir a ayudar en esas tareas.

SUBCOMISION DE ESTADISTICA

Esta Subcomisión tendrá a su cargo todo lo relacionado con la estadística sindical, y, para llenar debidamente esa tarea extraerá de las actas de la Comisión de Organización y de los libros de la Comisión Administrativa los informes de los personales, huelgas declaradas, motivos que las determinaron y cantidad de obreros en ellas comprendidos.

Asimismo llevará un censo de desocupación, de acuerdo con los datos suministrados por la Secretaría y delegados de taller.

JOSÉ A. ANGIOLILLO—ISRAEL LANDAN—FRANCISCO PÁEZ.

De la Biblioteca Social

La Comisión de Biblioteca se hace un deber en comunicar a los socios que la Biblioteca del Sindicato permanece abierta todos los días, de las 20 a las 22 horas, con excepción de los sábados, que es de 15 a 17 horas, que es cuando pueden todos los socios retirar libros, ya sea para consultarlos o para llevarlos a sus domicilios con sólo la presentación del carnet sindical.

Encarecemos a los compañeros que retienen indebidamente libros que los devuelvan a la brevedad posible. Al propio tiempo pedimos a los camaradas que conozcan el domicilio o el lugar donde trabajan los siguientes compañeros, se sirvan dar aviso inmediatamente a esta Biblioteca:

Del Valle José, matrícula 373.
Novellino Antonio, matrícula 78.
Donato Deve, matrícula 356.
Cachot A., matrícula 466.
Luis Bonadeo, matrícula 466.
José C. Bonadeo, matrícula 556.
Ordines E., matrícula 88.
Pereyra José, matrícula 643.

MOVIMIENTO DE LIBROS DURANTE LOS MESES DE MARZO AL 30 DE JUNIO DE 1922

Durante el período consignado en las líneas precedentes se retiraron de la Biblioteca 892 libros, distribuídos en las siguientes materias:

Literatura, 625; Sociología, 92; Historia, 52; Teatro, 48; Bellas artes, 31; Ciencias aplicadas, 15; Críticas, 14; Filosofía, 13; Ciencias puras, 2.

Concepto de la revolución

La función crea el órgano, eso es lo que nos enseña la ciencia. En virtud de esa ley natural, es necesario que una sociedad que se propone organizar la producción y el cambio, en un país, cree los propios órganos para esa función.

La burguesía creó sus órganos—la comuna y el parlamento—en el seno de la sociedad feudal, para fundar la sociedad que ella misma concibió, basándola en la igualdad de los derechos políticos y en el sufragio universal como principio.

Hoy, es la clase obrera que se propone esa función. ¿Y ha creado los órganos necesarios? Si los ha creado se trata ahora de darles el poder y las atribuciones que les son necesarios para poder funcionar. De este modo es como se plantea bien la cuestión de la revolución.

Tengamos una finalidad clara y la acción nos llevará fatalmente al fin. Y la finalidad es: *la toma del poder en el taller, en la comuna, en el campo, para suprimir la autoridad patronal y la del Estado burgués.*

...El proletariado no puede realizar su revolución, administrar y dirigir la sociedad, sino cuando haya establecido su dominación directa por intermedio de los sindicatos de obreros y campesinos. La palabra de orden debe ser: "Todo el poder a los sindicatos".

G. VERDIER.

BALANCES

MES DE MARZO

ENTRADAS

Saldo del mes anterior	$	5.706.33
Cotizaciones según recibos números 361 al 395, por las estampillas 16.501 al 20.000.......	„	3.500.—
Entradas según recibo de Tesorería números 899 al 906, como sigue:		
Siete carnets	„	2.10
Alquiler de la F. O. L. de Buenos Aires (octubre a marzo 1922)	„	[illegible]
Solidaridad Pro Rusia:		
Mil cien recibos de un peso..	„	1.100.—
Mil cien estampisas de 0.30..	„	330.—
Total de entradas	$	10.878.43

SALIDAS

Libros para la Biblioteca......	$	53.60
Jornales para comisiones	„	19.94
Gastos de tranvías	„	21.74
Jornales y gastos para el Congreso de Unidad Obrera	„	338.90
Sueldo al cobrador	„	220.—
Jornales para atender Secretaría.	„	220.—
Sueldo al conseje	„	130.—
Cotizaciones a la F. O. R. A. (meses de diciembre 1921 a marzo 1922 inclusive)	„	585.—
Gastos para compañeros detenidos	„	4.80
Gastos de luz eléctrica	„	39.—
Por porte pago	„	189.15
Por gastos de salón	„	100.—
Entregado a la F. O. R. A., solidaridad a Rusia	„	6.000.—
Cotizaciones a la F. O. L. de Buenos Aires, meses de octubre de 1921 a marzo de 1922	„	531.—
Limpieza para la máquina de hacer direcciones	„	15.—
Por útiles de limpieza	„	28.70
Por útiles de Secretaría	„	15.30
Por alquiler de Secretaría	„	430.—
Aporte para jiras de propaganda de la F. O. R. A.	„	500.—
Total de salidas	$	9.442.13

RESUMEN

Entradas del mes de marzo ...	$	10.878.43
Salidas del mes de marzo	„	9.442.13
Saldo que pasa a abril	$	1.436.30

DISTRIBUCION

Activo	$	1.436.30
Pasivo:		
Ayuda Pro Rusia .. $ 250.—		
Periódico israelita .. „ 150.—	„	400.—
Restan	$	1.036.30

DISTRIBUCION GENERAL

Saldo que pasa a abril	$	1.436.30
Depósito del alquiler	„	2.000.—
Depósito a la C. A. T. E.	„	50.—
Préstamo a los E. de Comercio.	„	1.000.—
Prestamos a los Bronceros ...	„	500.—
Préstamos a los Marítimos	„	2.000.—
De los obreros Greiser, restan.	„	281.15
Depósito por salones	„	100.—
Cuarenta acciones de la Biblioteca Obrera	„	400.—
Por porte pago	„	100.—
Total general	$	7.867.45

Israel Landan, tesorero. — *V. Tidone* — *Félix Mussini* — *Luis Suárez*, revisores de cuentas.

MES DE ABRIL

ENTRADAS

Saldo del mes anterior	$	1.436.30
Cotizaciones según recibos números 1 al 3.300, serie A......	„	3.300.—
Ayuda Pro Rusia:		
Seiscientos bonos de un peso.	„	600.—
Seiscientas estampillas de 30 centavos cada una	„	180.—
Cuatro carnets	„	1.20
Alquiler de la ex F. O. R. A., meses de enero, febrero y mitad de marzo	„	500.—
Deuda de un compañero al Sindicato de Carpinteros de la ciudad de Córdoba	„	5.—
Por las herramientas Greiser ..	„	10.—
Alquiler de la U. O. L., abril..	„	40.—
Alquiler de la U. S. A. (medio mes de marzo)	„	100.—
Alquiler de la U. S. A., abril ...	„	200.—
Total de entradas	$	6.372.50

SALIDAS

Utiles de Secretaría	$	23.40
Aporte para jiras de propaganda a la F. O. R. A., marzo ..	„	500.—
Trabajos de imprenta	„	235.—
Comité de Inmigración	„	50.—
Por estampillas	„	62.50
Libros Biblioteca Social	„	83.70
Por gastos de expedición	„	9.54
Cotizaciones a la U. S. A. y U. Obrera Local	„	224.—
Por tranvías	„	16.93
Por útiles de limpieza	„	4.—
Por gasto de electricidad	„	58.35
Impresión de EL OBRERO EBANISTA, 1º de Mayo	„	435.—
Alquiler de Secretaría	„	430.—
Huelga taller Silberglit	„	288.40
Sueldo al cobrador	„	220.—
Jornales para atender Secretaría.	$	220.—
Gastos de propaganda el 1º de Mayo	„	20.—
Total de salidas	$	2.880.82

RESUMEN

Entradas en el mes de abril....	$	6.372.50
Salidas en el mes de abril	„	2.880.82
Saldo que pasa a mayo ...	$	3.491.68

DISTRIBUCION

Activo	$	3.491.68
Pasivo:		
Ayuda Pro Rusia. $ 1.030.—		
Periódico israelita. „ 150.—	„	1.180.—
Diferencia	$	2.311.68

DISTRIBUCION GENERAL

Saldo que pasa a mayo	$	3.491.68
Depósito por el alquiler	„	2.000.—
Depósito a la C. A. T. E.	„	50.—
Préstamo a los E. de Comercio.	„	1.000.—
Idem a los Obreros Bronceros ..	„	500.—
Idem a los Obreros Marítimos..	„	2.000.—
De los obreros Greiser, restan..	„	271.15
Depósitos por salones	„	100.—
Cuarenta acciones B. Obrera....	„	400.—
Por porte pago	„	100.—
Total general	$	9.912.83

Israel Landan, tesorero. — *V. Tidone* — *Félix Mussini* — *Luis Suárez*, revisores de cuentas.

MES DE MAYO

ENTRADAS

Saldo del mes anterior	$	3.491.68
Cotizaciones según recibos números 3.301 al 7.100, serie A.....	„	3.800.—
Deuda del compañero Casciano al Sindicato Carpinteros Córdoba.	„	10.—
Dos carnets	„	0.60
Alquiler de la U. S. A.	„	200.—
Alquiler de la U. O. L.	„	40.—
Total de entradas	$	7.542.28

SALIDAS

Limpieza de Secretaría (meses de abril y mayo)	$	200.—
Utiles de limpieza	„	18.10
Salones para asambleas	„	110.—
Utiles de Secretaría	„	50.27
Traslación del casillero	„	7.70
Libros para la Biblioteca Social.	„	204.45
Estampillas para expedición ..	„	118.—
Gastos porte pago	„	197.21
Aviso en el diario "Di Presse".	„	8.—
Por gastos de tranvías	„	19.27
Por luz eléctrica	„	45.70
Alquiler de Secretaría	„	430.—
Cotizaciones a la U. S. A. y U. Obrera Local	„	344.—
C. de Huelga del taller Silberglit.	„	204.80
Jornales y horas para comisiones.	„	25.50
Sueldo al cobrador	„	220.—
Jornales para atender Secretaría.	„	220.—
Total de salidas	$	2.423.—

RESUMEN

Entradas en el mes de mayo...	$	7.542.28
Salidas en el mes de mayo	„	2.423.—
Saldo que pasa a junio	$	5.119.28

DISTRIBUCION

Activo	$	5.119.28
Pasivo	„	1.180.—
Diferencia	$	3.939.28

DISTRIBUCION GENERAL

Saldo que pasa a junio	$	5.119.28
Depósito del alquiler	$	2.000.—
Depósito a la C. A. T. E.	„	50.—
Préstamo a los E. de Comercio.	„	1.000.—
Préstamo a los O. Bronceros ...	„	500.—
Préstamos a los O. Marítimos ...	„	2.000.—
De los obreros Greiser, restan...	„	271.15
Depósito por salones	„	100.—
Cuarenta acciones a la Biblioteca Obrera	„	400.—
Por porte pago	„	100.—
Total general	$	11.540.43

Israel Landan, tesorero. — *V. Tidone* — *Félix Mussini* — *Luis Suárez*, revisores de cuentas.